

Nathalia Cedillo Carrillo

**PRENSA PARTIDARIA Y CANCIÓN POPULAR
EN LA CONTIENDA POLÍTICA
DISCURSOS SUBALTERNOS
EN ECUADOR AÑOS 70 Y 80**



FLACSO
FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

2012

323.042
C 326 P
Ej. 2

**PRENSA PARTIDARIA Y CANCIÓN POPULAR
EN LA CONTIENDA POLÍTICA
DISCURSOS SUBALTERNOS
EN ECUADOR AÑOS 70 Y 80**

Diagramación: Jaime Villarroel
ISBN: 978-9978-67-334-8

© FLACSO - Sede Ecuador
Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Telf.: (593-2) 3238888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, Marzo 2012

*Tesis para obtener el título de Maestría en Ciencias Sociales con
mención en Comunicación, FLACSO - Sede Ecuador.*

*Autora: Nathalia Cedillo Carrillo
Asesora de Tesis: Isabel Ramos*

*A nuestras clases subalternas,
por su inquebrantable necesidad de luchar
como un principio de desarrollo colectivo.*

Índice

Introducción	7
Corpus	14
La prensa partidaria y la canción popular como productos de su época	20
CAPÍTULO .I	
Referencias teórico-conceptuales	31
La relación estructura-superestructura desde el materialismo histórico.....	33
Construcción de hegemonía	39
Proceso de emancipación de las clases subalternas.....	48
Contienda política y oportunidades para la acción colectiva	54
El discurso y su componente ideológico	59
Estado actual del conocimiento sobre el tema	62
CAPÍTULO .II	
Aproximación socio-histórica a las décadas del setenta y ochenta en el Ecuador	69
Ecuador: entre la bonanza petrolera y los gobiernos dictatoriales	70
Características del Golpe de Estado de 1972.....	72
El periodo de transición bajo el mando del triunvirato militar	79
Lucha contra el neoliberalismo y el autoritarismo de Estado.....	89

CAPÍTULO .III

Representaciones de la acción colectiva en el periódico partidario En Marcha.....	109
El partido como soporte organizacional del discurso	109
Género-P: prensa partidaria.....	113
Estructura general del periódico En Marcha.....	117
Proceso de producción del periódico	118
Análisis de la enunciación y lo enunciado en el discurso del En Marcha..	127

CAPÍTULO .IV

La canción popular y su construcción de sentidos: una práctica social.	151
El cantautor como actor político	151
La lucha social como soporte organizacional de la canción popular..	153
Género: canción popular.....	157
Estructura de la canción popular	160
Proceso de producción de la canción popular en la lucha social	162
Análisis de la enunciación y lo enunciado en el discurso de la canción popular.....	176

CAPÍTULO .V.....187

Reflexiones finales: la lucha de las ideas durante la contienda política	187
Bibliografía.....	195
Entrevistas	199
Periódico En Marcha.....	199
Discografía y canciones de Jaime Guevara	199
Periódicos consultados.....	199

Introducción

En este libro se analizan los procesos de producción discursiva del órgano de prensa del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador durante la dictadura del triunvirato militar 1976-1977 y de la canción popular de Jaime Guevara entre 1984-1988 en el gobierno de León Febres Cordero, para conocer y reflexionar sobre el rol que cumplieron como herramientas políticas y productos culturales en los episodios de contienda política promovidos, en aquellos años, desde las clases subalternas.

El estudio, que está orientado por la teoría general del marxismo gramsciano, recoge dos expresiones de lucha política en torno a la hegemonía, manifestadas a través de la militancia orgánica y del activismo social de sujetos subalternos y busca conocer cómo en la dinámica de los conflictos y contradicciones inherentes a las relaciones sociales de producción, las clases subalternas, a través de la construcción de sentidos sobre sí mismos y sobre la lucha social, configuran una autoconciencia que intenta desafiar el orden dominante y disputar a través de la conformación de una voluntad colectiva, un proyecto político dirigente. La investigación propone una lectura de la contienda desde la lucha económica, política y de construcción de sentidos de actores que, a partir de elementos culturales, intentaron constituirse en fuerzas contrahegemónicas de movilización popular. Para ello, se realizó un estudio del proceso de producción discursiva del periódico partidario y la canción popular, a partir de una estrategia

metodológica que fusiona la propuesta de análisis de discurso de Eliseo Verón (2004) y de María Cristina Mata y Silvia Scaraffia (1993), la misma que nos permitió realizar una observación diferenciada de las categorías que lo componen y su forma de interrelacionarse.

A partir de la indagación y reconstrucción del proceso productivo de cinco editoriales del periódico *En Marcha* y de ocho canciones de Jaime Guevara, evidenciamos la manera en que dichas herramientas constituyeron canales colectivos diversos, a través de los cuales las clases subalternas se involucraron en la acción colectiva de aquellos años, desafiaron al poder, construyeron identidades políticas y disputaron símbolos de reconocimiento para generar oportunidades de lucha.

Según Verón (2004), lo que se dice da forma a la enunciación, es decir a las maneras de comunicar, donde intervienen la construcción que el enunciador hace sobre sí mismo y sobre el destinatario, y la relación entre ellos que se propone en el discurso. Todos estos elementos son fundamentales para nuestro estudio, porque están inmersos en la dinámica de construcción de sentidos de la contienda política, producidos desde las clases subalternas ecuatorianas en los años 70 y 80.

Partimos de la articulación de tres etapas que constituyen el proceso productivo del discurso, desde la perspectiva de Eliseo Verón (2004): El contexto, la enunciación y lo enunciado. Para conocer la dinámica de elaboración de productos discursivos, en este caso de la prensa partidaria y de la canción popular, necesitamos acercarnos a sus condiciones sociales de producción, es decir, dar cuenta “del funcionamiento de la sociedad en el interior de la cual se produjeron tales discursos” (Verón: 2004, 41).

Según el autor, “toda producción de sentido es necesariamente social: no se puede describir ni explicar satisfactoriamente un proceso significativo, sin explicar sus condiciones sociales productivas” (Verón: 1993, 125), por lo cual, es indispensable partir de una reconstrucción de las condiciones socio-históricas de los episodios en los que se insertaron los discursos. Para esto, se consultaron libros de historia del movimiento obrero del país, de análisis económico y político referentes a las épocas a estudiar y publicaciones de la prensa masiva.

Se procedió al reconocimiento de las nociones de tipos y géneros discursivos, según la propuesta de análisis de producción de Eliseo Verón

(2004), que se explican en el capítulo teórico y se segmentó la información derivada del corpus (el periódico y la canción) en base a la propuesta de Mata y Scarafía, de la cual recogemos dos *dimensiones* para el análisis del discurso, “llamamos *dimensión* al enfoque especial desde el cual observamos un *objeto* para poder describir mejor los elementos que lo componen y estudiar el modo en que ellos coexisten y se relacionan” (Mata y Scarafía, 1993: 31-32); éstas son: *Referencial* (lo que se dice) y *Enunciativa* (quiénes dicen y cómo se relacionan con aquellos a quienes hablan). Es importante señalar que dichas dimensiones están enlazadas y constituyen una totalidad en los productos discursivos, sin embargo, el aporte de esta herramienta metodológica a nuestro estudio consiste precisamente en la posibilidad de hacer un análisis integral a partir de una lectura diferenciada de los elementos que componen el discurso.

La dimensión referencial que plantean las autoras corresponde al orden de lo enunciado: “El orden del enunciado es el orden de lo que se dice (de manera aproximativa, podría afirmarse que el enunciado es del orden del contenido)” (Verón, 2004: 172).

Lo que dice el discurso o su dimensión referencial, es el nexo que establece el emisor entre lo que se dice y aquello de lo que se habla, es decir, entre el plano del discurso y el plano de la realidad (Mata y Scarafía, 1993). Existe una marcada diferencia entre la realidad empírica y la construcción discursiva de la misma, en donde interviene la visión del mundo del emisor o su componente ideológico, categorías que se desarrollan en el capítulo teórico.

El análisis de la dimensión referencial del periódico y la canción adquieren sentido porque se trata de productos comunicacionales con un marcado posicionamiento político, desde donde se construyen sentidos sobre la realidad empírica o dicho de otra manera, desde donde se vincula la realidad social con el discurso que la representa.

Entre el plano referencial y el plano del discurso el emisor interpone sus nociones y modos de conocer, sus puntos de vista y creencias. Además interpone su lenguaje, su estilo. Pero en ese proceso también intervienen los aspectos institucionales, técnicos y económicos con que se cuenta para realizar esa tarea (Mata y Scarafía, 1993: 39).

Por esta razón, a través del análisis de lo enunciado daremos cuenta de la realidad discursiva construida por los emisores (en nuestro caso por sujetos subalternos) a través de sus productos comunicacionales.

En el nivel de lo enunciado, definiremos lo que dice el discurso y cómo se lo produce, es decir, daremos cuenta de sus mecanismos técnicos de elaboración, así como de las normas concernientes a las estructuras de sus textos; el conocimiento detallado de estos aspectos es un elemento indispensable para comprender e identificar la construcción de sentidos posteriormente.

Tuvimos acceso a un archivo privado del periódico *En Marcha* de los años 1976-1977, así como del repertorio de canciones publicadas por Jaime Guevara que dan cuenta de algunos de los acontecimientos sucedidos entre 1984-1988, lo que nos permitió recoger el material de análisis necesario y, puesto que, no existen fuentes escritas de índole cualitativo que analicen los procedimientos técnicos de elaboración del periódico partidario ni de la canción popular, recurrimos al testimonio de sus creadores a través de entrevistas.

Además, las entrevistas a ex militantes del PCMLE y al cantautor en mención, nos permitieron recoger información, no sólo referente a los procesos productivos, sino también sobre la visión del mundo de sus productores y sobre las redes de relaciones sociales en las que se articulaban los mismos, lo cual es importante para nuestro estudio, porque todos estos elementos intervinieron en el hecho comunicativo y dimensionaron la construcción de sentidos de sus discursos.

Para el análisis de lo enunciado, tanto de la prensa partidaria como de la canción popular, identificaremos los ítems y temas tratados, temporalidad, actores, roles, transformaciones de los actores, conflictos y consensos entre actores.

La clasificación de los ítems, es decir, de “los aspectos específicos que se abordan en un fragmento del discurso y, en general, forman parte de una problemática global” (Mata y Scarafía, 1993: 45), nos permitirá reconocer los temas o problemáticas planteadas en los discursos y dar cuenta del sentido que se propone a los receptores a partir de los aspectos de la realidad a los que se les otorga mayor interés.

Se identificará la temporalidad del discurso, es decir, “la forma en que sus temas se ubican en relación al devenir histórico, al transcurrir

del tiempo” (Mata y Scarafía, 1993: 56). Un discurso puede proponer distintas visiones históricas según Mata. La visión presentista del discurso es aquella que incorpora elementos del presente, como el momento de ocurrencia real de un hecho determinado; la retrospectiva, cuando además del presente se hacen referencias al pasado; prospectiva, cuando existe una proyección del presente al futuro; y, diacrónicas, cuando se hace referencia al pasado, presente y futuro de un hecho (Mata y Scarafía, 1993). Conocer el tipo de visión temporal de los discursos nos permitirá examinar la propuesta que ofrecen el periódico y la canción para generar en el receptor una comprensión articulada de los acontecimientos, que promueva alguna forma de acción colectiva. Además, nos es útil para analizar la manera en que los actores sociales comparten definiciones, diagnósticos y medidas a tomar frente a los hechos del acontecer político.

Sobre el análisis de los *actores*, que son los protagonistas del discurso, es importante comprender que no se trata del estudio de personas reales sino de los personajes creados en el marco de una determinada propuesta discursiva. Los actores representan a sujetos referenciales de la realidad empírica. Dicha representación social es elaborada por el emisor en su discurso (Mata, 1993). “El modo de nombrar a los sujetos que representa en su discurso, la construcción que se hace de ciertos personajes, la actorialización de ideas u objetos, todo ello nos da pistas para comprender el modo en que el emisor piensa la realidad” (Mata y Scarafía, 1993: 65).

De igual manera, el reconocimiento de los *roles* sociales de los actores del discurso nos permitirá identificar su posicionamiento en la sociedad, para ello es importante registrar sus atributos (quiénes son), actividades (lo que hacen) y espacios en los que son representados (Mata y Scarafía, 1993). El análisis de los roles, en el marco de la presente investigación, sirve para evidenciar la forma en que, en los productos comunicacionales analizados, se otorga o se niega a determinados actores sociales la capacidad y posibilidad de ser agentes de transformación.

Según la autora, “el análisis de las transformaciones que experimentan los actores o su ausencia nos permite advertir el sentido estático o dinámico del discurso, su capacidad para incorporar la idea de cambio, de pugna, de proceso, o su rigidez, su mirada estática sobre la realidad” (Mata y Scarafía, 1993: 80). Las transformaciones de los actores en el relato se

registrarán como positivas o negativas, dependiendo de sus intereses y, al cruzarlas con el análisis de los actores y sus roles, podremos acercarnos al proceso de producción de identidades políticas (Tilly, 2007).

Finalmente la identificación de *conflictos* y *consensos* entre actores nos permitirá conocer el tipo de representación que se hace de las clases subalternas en relación con sus antagonistas y entre sí, lo que contribuye también a nuestro estudio para indagar en el proceso de búsqueda de aliados y la identificación de adversarios, necesarios para la movilización.

La segunda dimensión para el análisis de discurso que utilizaremos y que proponen Mata y Scarafía se refiere al orden de la enunciación que plantea Verón (2004) en su teoría de análisis de los discursos, y detalla las maneras de decir o la relación del emisor con lo que dice.

El análisis de la enunciación nos permite descubrir la relación que se ha construido entre el enunciador y el destinatario a través de lo que se dice, es decir, del discurso. “Los emisores entablan unas relaciones, producen unos mensajes para los que buscan aceptación, adhesión, consumo” (Mata y Scarafía, 1993: 24), lo que para efectos de nuestro estudio significa la posibilidad comprender cómo, en el marco de la contienda política, los sujetos subalternos buscan la manera de compartir definiciones de los hechos para responder a los conflictos, mediante la acción colectiva. Es importante aclarar que, cuando nos referimos a *enunciador* y *destinatario*, no hablamos de personas empíricas, sino de entidades discursivas, creadas en el discurso.

Para analizar la enunciación del discurso priorizaremos la categoría de *apelación* al destinatario, en su modo directo de aparecer en el discurso, la misma que hace referencia a la presentación explícita del destinatario en el enunciado a través de interpelaciones, convocatorias, invitaciones, llamados, etc. (Mata y Scarafía, 1993). También daremos cuenta de las *Referencias*, es decir, “el tipo de palabras que el emisor utiliza para nombrar, designar o referirse al receptor. Ese comportamiento verbal nos dirá qué tipo de vínculo se pretende sostener: basado en la familiaridad, la distancia, la afectividad, la semejanza, la distinción, etc.” (Mata, 1993: 95); alrededor de estas categorías identificaremos de qué manera está presente el destinatario en el discurso y cómo se posicionan los enunciadore frente a los mismos.

En el caso del periódico *En Marcha* el enunciador es el partido, puesto que las características de su estructura, las mismas que se explican en el tercer capítulo, priorizan el carácter colectivo por encima de las individualidades; según el análisis que hemos realizado de la prensa partidaria, el discurso se construye en base a una estructura orgánica. El proceso de producción de la canción popular, cuyas características se explican en el cuarto capítulo, es distinto, en este caso el enunciador (el cantautor Jaime Guevara) no forma parte de una institución política en particular, pero se encuentra vinculado en la lucha social de las clases subalternas.

Por otro, lado nos interesa evidenciar los modos indirectos de apareamiento del enunciador en el discurso y sus distintas estrategias comunicacionales orientadas a alcanzar la aceptación de los destinatarios y que determinan su relación con los mismos. En la prensa y en la canción analizaremos las estrategias de posicionamiento, persuasión, legitimación y educativas.

Las estrategias de posicionamiento, “permiten al enunciador dejar sentada su posición con respecto a la realidad de la que da cuenta” (Mata y Scarafía, 1993: 105). Según la autora, el uso de estrategias es más perceptible en los discursos que se enmarcan en la comunicación popular-educativa, características que también corresponden a la prensa partidaria, ya que según Lenin (1980), el órgano de prensa está llamado a abrir el espacio al debate teórico y su aplicación, a la discusión sistemática de los problemas políticos en todos los ámbitos de la vida.

“Cuando hablamos de estrategias de persuasión nos referimos solamente a un tipo de *eficacia*: la que permite *convencer* al receptor” (Mata y Scarafía, 1993: 109). Según la autora, las formas de persuasión varían entre imponer las ideas a través de amenazas e intimidación o lo que se denomina ausencia de persuasión, la seducción o el convencer con argumentos (Mata y Scarafía, 1993).

Por otra parte, las estrategias de legitimación, son aquellas que le permiten al emisor reforzar su imagen ante el receptor (Mata y Scarafía, 1993). En el caso del *En Marcha* debemos tomar en cuenta que ya existe una legitimación previa y es la de ser el órgano de prensa del PCMLE, es decir cuenta con un soporte institucional que ya marca una inicial legitimación frente a sus lectores, principalmente la clase trabajadora. Lo que buscamos,

a través de la identificación de sus estrategias, es conocer los elementos con los cuales los emisores fortalecen dicho soporte en el discurso.

Existe un objetivo educativo en ambos productos a analizar y se encuentra presente en la globalidad de sus propuestas discursivas, sin embargo, es importante reconocer para el análisis, dos procedimientos destinados específicamente a la educación: “los *cognitivos*, vinculados a la *construcción del conocimiento* y los *informativos* vinculados a la *transmisión de conocimientos*” (Mata y Scarafía, 1993: 123). En el caso de la prensa partidaria este fenómeno es más explícito, ya que como veremos en el tercer capítulo, según Lenin (1980), el partido adquiere un rol regulador de la lucha política de la clase obrera y está llamado a educar políticamente a los trabajadores y construir con ellos un amplio debate y reflexión sobre la teoría de Marx que, al no ser algo acabado, pueda orientar la conciencia política y la práctica revolucionaria. En este sentido la prensa cumple un rol intencional de formación política de cuadros y de organización colectiva.

Corpus

Periódico partidario

El periódico partidario *En Marcha*, de publicación semanal, es el órgano central del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador – PCMLE. Esta primera característica, la de ser un semanario de ideología comunista, nos indica que su producción discursiva está orientada a otorgar criterios de interpretación sobre las luchas sociales que interesan a la clase trabajadora en particular y subalterna en general. Cabe señalar que, según Verón, los semanarios constituyen una especie de *metalenguaje* que los hace particularmente estratégicos para el estudio de las ideologías (2004: 74), porque su finalidad no es la de informar sobre la noticia inmediata como lo hace la prensa cotidiana, sino de otorgar al lector criterios de interpretación sobre los hechos, esto, según Verón (2004), permite identificar más fácilmente las operaciones ideológicas.

Aunque durante todo el periodo 1976-1977, el periódico cuenta con un amplio número de ejemplares que dan a conocer la lucha política de las clases subalternas, para efectos de este estudio analizaremos únicamente aquellos textos (páginas editoriales) extraídos del semanario, que

fueron seleccionados por su relación sincrónica con los episodios contenciosos que enmarcaron la lucha anti-imperialista por la defensa del petróleo y en contra de decretos antiobreros en 1976 y la represión de los trabajadores de AZTRA en 1977.

Decidimos analizar editoriales, porque este género periodístico además de concentrar la posición ideológica del periódico, construye un sentido al explicar, valorar y calificar los episodios contenciosos. En total analizaremos cinco editoriales, de 1976 seleccionamos: “El poder para el pueblo” que da cuenta de la respuesta del PCMLE a la invitación de diálogo político impulsado por la dictadura militar con el fin de encontrar mecanismos que viabilicen el retorno al régimen democrático y frente al cual se mantuvo una lectura crítica, ya que desde este partido se planteaba como salida alternativa a la crisis política la entrega del poder al pueblo ecuatoriano, mediante la constitución de una Asamblea Popular.

Las presiones que las transnacionales petroleras ejercían sobre los gobiernos militares, primero con Rodríguez Lara y luego con el triunvirato militar, determinaron que desde el partido, de orientación marxista-leninista, se levantara una campaña a favor de la nacionalización del petróleo y contra el imperialismo, es así que encontramos en el editorial “Ninguna negociación con la Gulf”, una crítica ante la negativa de la transnacional norteamericana a pagar el precio oficial del barril de petróleo ecuatoriano y una muestra de la convocatoria nacionalista de organización en defensa de los recursos naturales.

En el aspecto económico, el triunvirato militar mantuvo una línea favorable a las clases dominantes y a la inversión extranjera, por lo que adoptó una serie de medidas de ajuste que significaron recortes y limitaciones de los derechos, especialmente, de los trabajadores, a través del mantenimiento de una serie de decretos establecidos en regímenes anteriores, a lo que se sumó también una abierta política represiva en contra de este sector. Una muestra de la lectura que el PCMLE hacía respecto a esta problemática la encontramos en el editorial denominado “Contra los decretos antiobreros, huelga nacional”, que fue uno de los llamados a movilización, del tiempo en que se intentaba organizar la segunda huelga nacional y que da cuenta de algunos decretos contrarios a los intereses de la clase trabajadora.

De 1977, analizaremos el editorial que se publicó luego de la segunda huelga nacional del 18 de mayo, denominado “La clase obrera consciente dijo no! al revisionismo”, donde se califica como un fracaso a la convocatoria de las centrales sindicales y donde se manifiesta la división y pugna al interior del sector de la izquierda por la llamada corriente revisionista, lo característico de este escrito es que evidenció un señalamiento de actores antagónicos diferentes a los ya tradicionalmente señalados en el gobierno y las clases dominantes.

Finalmente, estudiaremos el editorial publicado después de la masacre de los trabajadores de AZTRA, titulado “Gloria a los mártires de AZTRA! Viva el derecho de Huelga! El pueblo vengará sus muertes!”. Lo característico en este caso es que significó un duro golpe para la clase trabajadora y constituyó un ícono de lucha desde las clases subalternas a partir del cual, según podremos observar, el PCMLE llegó a implementar estrategias de persuasión y legitimación para retomar el planteamiento de la lucha armada, en medio del contexto de rechazo popular que soportaba el régimen militar.

De esta manera, se pretende recoger algunos de los sentidos construidos desde un sector de la subalternidad, frente a importantes acontecimientos que marcaron su lucha política.

Canción popular

Como lo señalamos anteriormente, la llegada de León Febres Cordero a la presidencia del Ecuador y su política de apertura económica sienta las bases del modelo económico neoliberal, acompañado de una campaña anti-subversiva que desencadenó en constantes episodios de persecución a diversos sectores de izquierda y violación de los derechos humanos.

El autoritarismo de Estado generó un clima adverso para la militancia orgánica, pero a la vez provocó la organización de otros sectores sociales diversos. Las movilizaciones y actos de protesta callejera en contra del régimen fueron constantes a pesar de la acción represiva, es en este escenario donde cobra importancia la canción popular como herramienta de construcción de sentidos, como un instrumento ideológico vinculante

que jugó un papel fundamental de agitación política durante esa época, tomando en cuenta las condiciones de repliegue de la prensa partidaria.

Uno de los testigos de aquellos años (1984-1988) convulsionados por el deterioro de la calidad de vida y la violencia fue Jaime Guevara, cantautor ecuatoriano, ícono de la trova urbana quiteña, conocido por sus canciones que fusionan distintos ritmos, desde el rock hasta el folclore, comprometido con las luchas populares y la defensa de los derechos humanos. Su activismo político lo llevó a componer *caricaturas musicales* que además de desenmascarar y burlar el poder, constituyeron, según intentaremos demostrar, una herramienta de auto-educación de las masas.

Una muestra de dicho repertorio ha sido seleccionada para realizar el análisis de su proceso productivo y construcción de sentidos, a partir de la articulación de su contexto, la enunciación y lo enunciado.

A diferencia del periódico partidario, no todas las canciones que analizaremos se crearon al momento de producirse los episodios contenciosos que hemos destacado, pero fueron entonadas, es decir, circularon durante la lucha callejera de la época. Por este motivo se analizarán ocho canciones que, a juicio de la autora, guarden correspondencia con los episodios contenciosos que reflejaron la protesta social.

El uso de calificativos en contra de los grupos opositores al gobierno no se hicieron esperar, Febres Cordero denominó antipatrias a todo aquel que no se identificara con su modelo económico. En este contexto el régimen auspicia una campaña de persecución en contra del grupo armado Alfaro Vive Carajo (AVC), cuyo slogan de propaganda era ¡Basta de bestias!, el mismo que retomó Jaime Guevara en una de sus canciones que lleva este título, como respuesta a los constantes crímenes protagonizados por las instancias de gobierno. La particularidad de este tema musical es que constituyó una manera de revertir el discurso del oponente para deslegitimarlo con sus propias denominaciones.

Durante nuestra indagación pudimos identificar algunos casos, de los más nombrados, de personas desaparecidas durante el periodo de Febres Cordero, ciudadanos que eran detenidos arbitrariamente y acusados de tener algún tipo de vinculación con la guerrilla, entre ellos destacamos el de los hermanos Santiago y Pedro Andrés Restrepo, de 17 y 14 años, quienes, según el informe de la Comisión de la Verdad (2010) fueron de-

tenidos aparentemente por conducir sin licencia y, durante la tortura, uno de los adolescentes murió, tras lo cual ambos fueron desaparecidos. Este hecho en particular cobra interés para nuestro estudio porque Jaime Guevara, tal como se manifiesta en el cuarto capítulo, se vinculó directamente a la lucha de la familia Restrepo que ha continuado hasta la actualidad y ha sentado precedentes para denunciar crímenes de lesa humanidad en nuestro país. Su involucramiento lo llevó a componer algunas canciones que abordaban la problemática de los crímenes de Estado, de las cuales hemos seleccionado “Desaparecidos”, que fue principalmente dedicada al caso de Consuelo Benavidez y al de los dos jóvenes mencionados.

El generalizado clima de malestar y enfrentamiento no dejó de lado la institucionalidad de las Fuerzas Armadas, tan es así, que en enero de 1987, un grupo de comandos y oficiales de la Fuerza Aérea en la base militar de Taura, secuestró a Febres Cordero y su comitiva durante una visita a la base, “este hecho, conocido como el Taurazo, se realizó como medida de presión para la liberación del general Frank Vargas Pazzos, quien se hallaba detenido desde marzo de 1986 por haberse tomado las bases Aéreas de Manta y Quito, en protesta por actos de corrupción que había denunciado” (Comisión de la Verdad, 2010: 305). La particularidad de este episodio es que, aunque las clases subalternas no tuvieron un protagonismo directo en los hechos, éstos fueron utilizados para legitimar las denuncias de autoritarismo contra el gobierno y en cierta medida, ridiculizar al poder. Como resultado de este hecho, Guevara creó la canción “Apresador apresado”, que constituye, según su autor, un grito de regocijo ante la humillación a la que fue sometido el entonces presidente.

“A tal nivel llegaron las traperías, los abusos, la violencia del régimen de Febres Cordero que llegué a pensar que había que responder también con violencia, salí con mi guitarra a incitar a la oposición frontal contra la represión” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010), comenta el entrevistado. Es así que nace la canción “Piedra para el león”, una parodia de la popular cumbia colombiana “Leña para el carbón (Marucha)”, la misma que es recogida en nuestro estudio porque fue creada en respuesta al quebrantamiento de derechos humanos y laborales y para incitar a la oposición frontal contra el gobierno.

En medio del conflictivo ambiente social y político, el régimen tuvo que soportar siete huelgas nacionales durante su gobierno, las mismas que señalamos en el segundo capítulo. Durante aquellos episodios de movilización, principalmente de la clase trabajadora, Jaime Guevara se involucró en la contienda política con su tema “Coplas de la huelga nacional”, el mismo que recogemos porque da cuenta de aquel importante proceso de acción colectiva.

El régimen dio paso a la coerción directa para intentar contener las movilizaciones sociales, lo que despertó la indignación y el rechazo de varios sectores de las clases subalternas, levantándose una fuerte crítica al oficio policial. Una canción que da cuenta de dicho rechazo popular es “Orden superior”, que es una crítica burlesca a los gendarmes, uno de los actores involucrados en la contienda política por ser los obligados a ejecutar las órdenes derivadas de la política represiva de Estado, además, el tema musical intentó configurar sentidos en función de deslegitimar el abuso de poder y otorgar elementos para la lucha callejera. Continuando con la crítica a la institución policial, encontramos la canción “El sargento herido”, su particularidad con respecto a “Orden superior”, es que surge en un momento cuando el enfrentamiento entre manifestantes y la policía dejaban como saldo heridos de lado y lado, la canción es una manifestación de sensibilidad ante el dolor del oponente e intenta ofrecer otras reflexiones para comprender el conflicto desde el planteamiento de la lucha de clases.

El 25 de marzo de 1987, se realiza la quinta huelga nacional, que tuvo entre sus demandas la expulsión de los soldados norteamericanos que habían llegado al país tras el terremoto en la zona del volcán Reventador, de igual manera, a esto se sumaba el descontento de muchos sectores progresistas de Latinoamérica por la guerra que desató Estados Unidos para derrocar el gobierno sandinista de Nicaragua. Es en este contexto en el que Jaime Guevara crea el tema “Vengan nomás hijue... tales”, la misma que cobra relevancia para nuestro estudio porque significó una manifestación de inconformidad a partir del uso de un lenguaje corrosivo que pretendió exaltar la ira e indignación para impulsar la movilización en defensa de la soberanía nacional.

Finalmente, es importante señalar que el análisis del periódico partidario y la canción popular se realizarán por separado, a cada uno se

le asignará un capítulo, ya que se trata de dos géneros con características distintas, pero que han sido reunidos en este estudio porque comparten una misma condición, como productos culturales y herramientas políticas de las clases subalternas.

La prensa partidaria y la canción popular como productos de su época

El triunfo de la revolución cubana en 1959 fue un hecho de importante trascendencia en la historia del movimiento revolucionario de América Latina, además de convertirse en un símbolo movilizador e inspirador de la lucha popular, ya que reafirmó el rol protagónico de la clase trabajadora en los procesos de transformación social. La respuesta del imperialismo no tardó en llegar a la región, con la estrategia de la Alianza para el Progreso¹ y la incursión de la CIA² principalmente al interior de los gobiernos y de los movimientos sindicales, tal como sucedió en nuestro país según los relatos del ex-agente norteamericano Philip Agee en su libro *Objetivo Ecuador: Diario de la CIA*, donde se describen las operaciones de infiltración en diversas organizaciones populares.

Uno de los tantos objetivos para neutralizar la influencia comunista en las organizaciones políticas de masas fue:

Realizar penetraciones de orden técnico o por medio de agentes al nivel más alto posible en el Partido Comunista del Ecuador (PCE), en el Partido Socialista del Ecuador (PSE-revolucionario), la Juventud Comunista del Ecuador (JCE) y la Unión Revolucionaria de Juventudes Ecuatorianas (URJE) y otras organizaciones relacionadas [entre ellas las Centrales de Trabajadores] (Agee, 1977: 75).

La campaña anticomunista estuvo auspiciada por Estados Unidos y organizada por sectores de la oligarquía y la iglesia católica, la influencia de los

1 Alianza para el Progreso (ALPRO): “En nombre de una ‘revolución no violenta’ ofrecía satisfacer, mediante una serie de planteamientos modernizantes y desarrollistas, las necesidades fundamentales de nuestros esquilmados pueblos: ‘techo, trabajo, tierra, salud y escuelas’ [...] verdadero tratado de unidad entre el capital financiero monopolístico estadounidense, los gobiernos y las burguesías nativas para ‘racionalizar’ el sistema capitalista dependiente y subdesarrollado” (Ycaza, 1991: 185).

2 Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de Norteamérica.

agentes de la CIA logró debilitar las filas de la izquierda a lo que se sumó la división de este sector, por discrepancias entre la directriz soviética y maoísta respecto a la vía³ para la toma del poder, tal como lo señala César Muñoz, ex-militante del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE).

Oswaldo Albornoz, en su libro *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano*, relata que, en 1963 asaltó el poder, con el consentimiento de Washington, una Junta Militar de Gobierno conformada por el capitán de fragata Ramón Castro Jijón, coronel Luis Cabrera Sevilla, coronel Carlos Gándara Enríquez y teniente coronel Guillermo Freile Posso, cuyo principal objetivo era impedir la propagación en nuestro país del paradigma de la revolución socialista que se había concebido en Cuba.

Una Junta Militar ha usurpado el Poder. Sus miembros no son deliberantes: obedecen dócilmente los dictados de Washington. La línea política que deben seguir está trazada desde allí y de ella no pueden apartarse ni siquiera un milímetro. Esta línea tiene dos rasgos fundamentales:
1º. Un anti-comunismo cerrado y cerril, y
2º. Una orientación económica de tipo reformista, acorde con la doctrina de la Alianza para el Progreso (Albornoz, 1983: 78-79).

La dictadura que derrocó al entonces Presidente Carlos Julio Arosemena Monroy duró hasta 1966 y puso en marcha una implacable persecución de la izquierda, de sus dirigentes y militantes, muchos de ellos fueron asesinados; así como la supresión de conquistas laborales como el derecho a la huelga, la creación de la primera Ley de Seguridad Nacional, entre otras arbitrariedades, según Albornoz. El anticomunismo se tornó psicológico y no ideológico para incidir sobre la opinión popular (Cueva, 1998).

Al mismo tiempo en que encarcelaba, desterraba o torturaba a los hombres de izquierda y clausuraba universidades y sindicatos, la Junta Militar de Gobierno anunció una serie de reformas 'estructurales' [...] dictó una Ley de Reforma Agraria (11-VII-1964) en cuya declaración de principios se manifiesta-

3 La ampliación de esta temática la encontraremos en el Capítulo III.

ba el propósito de abolir las situaciones precarias (relaciones precapitalistas de producción) y promover la creación de una capa de medianos propietarios rurales, capaz de amortiguar las contradicciones del agro (Cueva, 1998: 68).

Dichos intentos de reforma, fracasaron por la tibieza de las disposiciones contenidas en la Ley y la resistencia de los terratenientes tradicionales (Cueva, 1998). De igual manera, provocaron el descontento de la clase económicamente dominante y de la derecha política que no tardó en quitarle su apoyo, uno de los elementos principales que dieron paso a la caída del régimen.

Esta coyuntura general comenzó a debilitarse por el lado político en 1965, cuando la derecha estimó que el ‘peligro comunista’ estaba conjurado y, por tanto, no existía razón para que los militares continuaran en el gobierno y, menos aún, intentasen realizar reformas (Cueva, 1998: 68).

La influencia de la revolución cubana estremeció el escenario político de nuestro país y, a pesar de la propaganda anticomunista y del autoritarismo de Estado, las luchas populares persistieron influenciadas por la militancia orgánica de la izquierda marxista. En aquella época el movimiento estudiantil, principalmente la Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana – URJE, adquirió gran resonancia política y fue una de las fuerzas que se sumaron a la inevitable caída del gobierno.

Inquietos por el alcance actual de la lucha estudiantil, los militares ocuparon la Universidad Central el 25 de marzo de 1966. Sufrieron vejámenes y maltratos no sólo los estudiantes, sino también los profesores y autoridades universitarias, incluso algunos partidos del gobierno; hecho que precipitó la caída de la Junta [el 29 de marzo] (Cueva, 1998: 70-71).

La movilización callejera presionó la salida del gobierno militar pero no significó el debilitamiento de la derecha política: “Ahora bien, como a pesar de contar con la participación activa de la izquierda marxista el movimiento que derrocó a la dictadura estuvo controlado por la burguesía, el gobierno volvió directamente a manos de ésta” (Cueva, 1998: 71).

Los años posteriores, hasta 1968 cuando asume el poder, por quinta ocasión, José María Velasco Ibarra, estuvieron marcados por pactos entre las burguesías serrana y costeña que hicieron desfilar por el mando presidencial a un gobernante interino, representante de las llamadas fuerzas vivas de Guayaquil, Clemente Yerovi, y una Asamblea Constituyente que posteriormente nombró a Otto Arosemena, también representante de la burguesía guayaquileña (Cueva, 1998). Durante este periodo no se produjeron cambios sustanciales en la sociedad ecuatoriana.

Una vez en el poder, Velasco Ibarra, no tardó en alinearse a las exigencias de la clase dominante y, al igual que sus antecesores, atravesó por una aguda crisis económica, política y social que se manifestaba en el descontento popular (paros provinciales, manifestaciones estudiantiles, huelgas de trabajadores). Ante el inminente fin del mandato de Velasco, éste se proclama dictador el 22 de junio de 1970, claro está, con el respaldo de la burguesía y las fuerzas armadas.

Incapaz de superar sus contradicciones fraccionales y de trincar y por lo tanto de ofrecer un proyecto político coherente, susceptible de atraer el apoyo masivo y decidido de las fuerzas armadas; temerosa inclusive, de que en el interior de éstas se impusiese la corriente reformista, a la burguesía no le quedaba otra salida que auspiciar el autogolpe de Velasco, único personaje capaz de representar fantasmalmente y 'por encima' de sus fracciones la dictadura de la clase en general (Cueva, 1998: 73).

Pero su mandato dictatorial no duraría mucho tiempo, justamente porque la sociedad se encontraba en un momento de transición, del imperante eje económico bananero a uno nuevo, el petrolero; lo cual, desató una pugna entre las fuerzas sociopolíticas para acomodarse y ganar posición en el nuevo *festín*. La dictadura de Velasco estaba prevista por la burguesía hasta las nuevas elecciones de junio de 1972, pero sus propias contradicciones internas llevaron a que los militares tomaran el poder nuevamente y adelantaran su salida a febrero de ese año.

Con estos antecedentes llega la década del setenta, marcada por la instauración de dos dictaduras militares y un vertiginoso dinamismo económico producto de la explotación petrolera. La expansión del capita-

lismo en nuestro país trajo consigo la industrialización moderna y mayores desigualdades sociales, que dieron paso al crecimiento de la clase obrera e impulsaron su organización y la militancia orgánica en distintos frentes, marcados por la pugna ideológica entre los sectores de la izquierda, como lo veremos en el segundo capítulo.

La década del setenta constituyó un espacio de intento de acumulación de fuerzas del sector laboral, que se manifestó en el fortalecimiento de gremios de los trabajadores y huelgas nacionales, las mismas que se detallan en el segundo capítulo. El protagonismo alcanzado por la clase obrera en la lucha social del periodo 1976-1977, es lo que nos motiva a indagar al interior de la producción discursiva del órgano de prensa denominado *En Marcha*, de uno de los partidos políticos de izquierda, de orientación marxista-leninista, el PCMLE; el mismo que se diferenció del conjunto de organizaciones de izquierda de la época al marcar distancia de las invitaciones al diálogo político⁴ durante el periodo de gobierno de la dictadura del triunvirato militar⁵ e intentar, en base a la filosofía de la praxis⁶, vincular la tesis de la vía armada a la lucha popular, con el fin de generar una autoconciencia que posibilitara diversas oportunidades para la acción colectiva⁷ en dicho régimen. El caso más relevante al respecto, lo encontramos en el editorial publicado en el mencionado órgano de prensa, luego de la masacre de los trabajadores de AZTRA⁸, uno de los informantes comentó: “como el pueblo estaba contra la dictadura, se retoma el planteamiento de la lucha armada, porque la ira popular creaba las condiciones para ello” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

4 El gobierno de la dictadura militar convocó a los partidos políticos a un diálogo con el fin de restaurar el sistema democrático, este aspecto se analizará en el segundo capítulo.

5 Consejo Supremo de Gobierno, integrado por el vicealmirante Alfredo Poveda Burbano, el general de brigada Guillermo Durán Arcentales y el brigadier general Luis Leoro Franco, comandantes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas.

6 La filosofía de la praxis, en términos gramscianos, constituye el pensamiento crítico que surge de la unidad entre teoría-acción o intelectuales-masa. Este concepto se analiza en el primer capítulo.

7 Nos referimos a las acciones, protestas o movilizaciones que surgen como iniciativas o esfuerzos conjuntos desde los sujetos subalternos para alcanzar sus objetivos. La teoría de la acción colectiva se desarrolla en el primer capítulo.

8 El caso de la matanza de los trabajadores de la Compañía Azucarera Tropical Americana S.A. – AZTRA, se explica con mayor amplitud en el segundo capítulo.

La dictadura no fue obstáculo para que, en abril de 1978, tras el anuncio del régimen del aumento de 40 centavos al pasaje urbano (es decir, de un sucre a 1,40) se produjera una intensa movilización a nivel nacional, pero principalmente en Quito, que duraría varias semanas. La denominada guerra de los cuatro reales, impulsada principalmente por los jóvenes estudiantes secundarios y universitarios se desarrolló en los barrios populares y significó un categórico rechazo al alto costo de la vida, la corrupción y el autoritarismo del triunvirato militar, además de convertirse en el determinante para acelerar el proceso de retorno a la democracia que llevó al poder a Jaime Roldós en 1979.

La contienda política⁹ de abril del 78 se convirtió, también, en escenario para el involucramiento de la canción popular de Jaime Guevara en la protesta social y sindical, la misma que adquirió mayor fuerza a mediados de los ochenta con la llegada al poder de León Febres Cordero, quien promovió un modelo económico de corte neoliberal, como lo veremos en el segundo capítulo.

El triunfo de la revolución sandinista en 1979, se convirtió en un nuevo factor de convulsión, sobre todo, al interior de sectores estudiantiles e intelectuales de la izquierda, desde los cuales resurge el planteamiento de la lucha armada como garante del proceso de movilización social. Es así, que se organizan distintos grupos de guerrilla urbana durante los años ochenta: Montoneros Patria Libre y Alfaro Vive Carajo (AVC), esta última fue una organización político-militar que se reconocía bajo los preceptos ideológicos alfaristas, demócratas, nacionalistas y bolivarianos. En un comunicado titulado *Al pueblo ecuatoriano*, manifestaban: “nuestro movimiento, creado no para luchar contra León Febres Cordero sino para buscar la democracia y la justicia social para el Ecuador, se ha impuesto sobre sus hombros las tareas más duras. No permitiremos que se imponga el dominio de la oligarquía destruyendo las fuerzas de la Democracia [...] Somos una organización democrática en armas” (*Hoy*, 2 de noviembre de 1984: 6-A). Esta publicación fue obtenida después de la toma del diario

9 Contienda significa “lucha” e implica, entre otras cuestiones, la idea de “enfrentamiento” abierto entre actores (McAdam, Tarrow, Tilly, 2005). El concepto de contienda política ha sido desarrollado por los mencionados autores, con el cual se refieren a la acción política colectiva y será definido con mayor precisión en el primer capítulo.

capitalino Hoy, en un operativo de propaganda ideológica de AVC. Luego de intensas acciones político-militares, el asesinato de algunos de sus integrantes, entre ellos, sus principales líderes y el reconocimiento de su derrota militar, entregan las armas en un acto público a la iglesia católica en 1991. En el segundo capítulo retomaremos este tema.

La década del ochenta comienza en medio de una profunda recesión económica en Latinoamérica y el levantamiento de la campaña anticomunista patrocinada por el gobierno de Reagan, quien además financió la *contra*¹⁰ nicaragüense que sumergió al país centroamericano en una cruenta guerra civil hasta 1990. En el caso ecuatoriano, la llegada del gobierno de León Febres Cordero sienta las bases del modelo económico neoliberal, su propuesta de apertura económica estuvo orientada a favorecer los intereses de los sectores más acaudalados de la burguesía monopólica criolla y del capital extranjero (Ycaza, 1991), para tal efecto, adoptó una serie de medidas económicas que desencadenaron diversas reacciones de rechazo desde los sectores sociales. En nuestro estudio destacamos las siete huelgas nacionales que soportó el régimen y que se analizan en el segundo capítulo.

La respuesta popular al nuevo modelo económico fue severamente reprimida, el régimen levantó una campaña anti-subversiva que sumergió al país en la violencia y el crimen de Estado, se instauró la práctica de la tortura como método de investigación¹¹, muchos líderes populares, militantes de izquierda y personas acusadas de tener vínculos con los grupos armados fueron desaparecidos.

Según el informe de la Comisión de la Verdad¹² durante el gobierno de Febres Cordero se identificaron 310 víctimas de violaciones a los derechos humanos, lo que representa el 68% del total nacional durante

10 Contras o contrarevolución: grupos opositores al gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que recibieron ayuda financiera y militar de los Estados Unidos a través de la CIA.

11 Amnistía Internacional denunció la existencia de centros de interrogación militar secretos, según una publicación del Diario Hoy, del 15 de noviembre de 1987, página 3-A.

12 “La Comisión de la Verdad del Ecuador se creó [el 3 de mayo de 2007, mediante decreto presidencial número 305] como resultado de un proceso histórico impulsado por diversas organizaciones de víctimas de violaciones de derechos humanos y familiares de éstas durante más de veinte años [...] con el propósito de ‘investigar y esclarecer e impedir la impunidad respecto de los hechos violentos y violatorios de los derechos humanos, ocurridos entre 1984 y 1988 y otros períodos’ (art. 1)” (Comisión de la Verdad Ecuador, 2010: 17).

el periodo de investigación de la Comisión 1984-2008. “Las violaciones de los derechos humanos consumadas en el periodo 1984-1988 revisten especial gravedad y dan para presumir que fueron sistemáticas y sostenidas en el tiempo, y que, en consecuencia, se pueden reunir los elementos para calificarlas como producto de una política de Estado” (Comisión de la Verdad Ecuador, 2010: 26).

El movimiento obrero fue sacudido por la acción represiva, la feroz persecución del régimen a los diversos partidos de izquierda generó un clima adverso para la militancia orgánica, que había jugado un rol protagónico en la década del setenta, es así que se configuran nuevos actores en el escenario político, que emergen para respaldar la lucha popular y sumarse a las organizaciones sociales de izquierda golpeadas por el terrorismo de Estado. Nace en 1986 la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador - CONAIE “con el objetivo de hacer frente a las agresiones contra los pueblos indígenas y su relación con la naturaleza” (Comisión de la Verdad Ecuador, 2010: 30) e intenta agrupar al movimiento indígena en una lucha de carácter étnico, cultural y político con la influencia de sectores progresistas.

El rechazo social al autoritarismo del régimen de Febres Cordero impulsó la movilización de diversos sectores¹³, como la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos (CEDHU), Coordinadora de Artistas Populares, Comités de familiares de los presos políticos, Comités de diversos barrios, Frente Continental de Mujeres, estudiantes, entre otros.

La canción popular de Jaime Guevara encontró en este escenario político una fuente de inspiración para componer temas musicales de alto contenido social y crítica al poder. Sus conciertos y canciones acompañaron la movilización y la protesta, las barricadas de la lucha callejera constituyeron espacios de expresión de la voz disidente de los sectores medios y populares.

De esta manera, la prensa partidaria y la canción popular se convirtieron en herramientas de propaganda y agitación política¹⁴ en distintos

13 Como lo muestra una noticia publicada en el diario Hoy del 8 de agosto de 1988, página 4-A, titulada “LFC tuvo su ‘domingo 7’”, donde se mencionan a distintos representantes de sectores populares que protagonizaron una marcha contra el gobierno.

14 Los conceptos de propaganda y agitación han sido desarrollados por Lenin en su análisis de la prensa partidaria y se explican con mayor precisión en el tercer capítulo.

momentos históricos, los mismos que, a la vez, influenciaron su producción discursiva, es por ello que los consideramos a cada uno como producto de su época. Dichas herramientas comunicacionales, respondieron a diferentes realidades sociales y políticas de la lucha popular en las que se insertaron, y fueron utilizados como instrumentos políticos de los sujetos subalternos¹⁵ con el fin de construir sentidos discursivos¹⁶ que abrieran oportunidades para la acción colectiva.

No hemos encontrado investigaciones que evidencien las estrategias discursivas que se construyeron desde dichos sectores de la subalternidad durante los años setenta y ochenta en nuestro país. Por ello, esta investigación se plantea analizar los procesos de producción discursiva de la contienda política, generados por sujetos subalternos durante los periodos 1976-1977 y entre 1984-1988. Hasta donde hemos podido conocer, no existe una lectura académica sobre dicho proceso productivo y sobre el carácter ideológico, político y cultural de sus discursos¹⁷, que fueron materializados y difundidos a través de la prensa partidaria y de la canción popular.

Esta investigación se divide en cinco capítulos temáticos que abarcan el estudio de los dos productos comunicacionales ya mencionados. En el capítulo uno, presentamos las bases teóricas y los conceptos que orientarán el objeto de estudio y que constituyen el eje analítico de esta propuesta. En el segundo capítulo, identificaremos el contexto socio-histórico en el que se enmarcó la lucha de las clases subalternas¹⁸ durante 1976-1977 y 1984-1988, para conocer las condiciones de producción de la prensa y la canción, y posteriormente, vincularlas con determinados procesos de construcción de sentidos en las siguientes secciones. El tercer capítulo corresponde al análisis específico del proceso de producción

15 Sujetos que pertenecen a diversos sectores de las clases subalternas, este concepto se desarrolla en el primer capítulo.

16 Para Eliseo Verón (2004) el discurso es una construcción social de sentido. Este concepto se desarrolla en el primer capítulo.

17 En este trabajo entendemos al discurso como “un espacio donde se construye una relación de intercambio entre sujetos, entre los emisores y destinatarios” (Mata, 1993: 24), es decir, una práctica social cuyo proceso de producción (lo que se dice y cómo se lo dice) determinan relaciones de intercambio y negociación de sentidos. Este concepto será explicado en el primer capítulo.

18 Las clases subalternas, en el pensamiento de Gramsci, hacen referencia al proletariado, el campesinado y en general, a toda la clase explotada y dominada. Este concepto se desarrolla en el primer capítulo.

discursiva del periódico partidario *En Marcha*, allí desarrollaremos ampliamente sus características, componentes, estructura organizativa, funciones y conoceremos los resultados del estudio de cinco de sus editoriales, seleccionados a partir de su vinculación con los episodios contenciosos¹⁹ que se describen en el segundo capítulo. El mismo procedimiento de análisis le corresponde a la canción popular y su proceso de producción discursiva, que se desarrolla en el capítulo cuatro. Para este efecto estudiaremos ocho canciones de Jaime Guevara. Finalmente, en el quinto capítulo, expon-dremos algunas comparaciones entre los discursos examinados y analiza-remos a la prensa partidaria y a la canción popular en torno a su función como productos culturales y herramientas políticas de la lucha social.

19 El concepto de episodio contencioso lo desarrollan McAdam, Tarrow y Tilly (2005) y se explica en el primer capítulo.

CAPÍTULO .I

Referencias teórico-conceptuales

Instrúyanse, porque necesitaremos toda nuestra inteligencia...

Conmuévanse, porque necesitaremos todo nuestro entusiasmo..

Y organicense, porque necesitaremos de toda nuestra fuerza.

Antonio Gramsci.

Para comprender y reconocer la importancia de la producción discursiva de las clases subalternas nos hemos remitido al estudio gramsciano de la filosofía de la praxis, es decir, aquel pensamiento crítico que surge de la unidad entre teoría y práctica (uno de los elementos fundamentales del marxismo), entre intelectuales y la masa, que deben coexistir para promover una idea superior de la vida (Gramsci, 1984). Nuestro autor plantea que “todos los hombres son intelectuales, pero que no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales” (Gramsci, 1967: 26), esto es lo que nos permite pensar la posibilidad de autoconciencia del sujeto subalterno, en la medida en que es capaz de formarse un saber crítico sobre sí mismo, sobre la realidad y los otros²⁰, proceso en el cual el discurso, desde nuestra perspectiva, juega un papel fundamental, porque constituye un espacio de relación e intercambio de sentidos (Verón, 2004) a través del cual se puede establecer una nueva concepción del mundo crítica y coherente en térmi-

20 Con el término ‘los otros’ nos referimos al proceso de construcción de identidades políticas en la contienda, que desarrolla Tilly y se explica más adelante en este capítulo.

nos gramscianos, es decir, formarse un criterio propio, que toma cuerpo en un sistema de valores, ideas y formas de organización, que promueven la acción colectiva para la transformación de la sociedad.

Otro de los planteamientos centrales de la teoría de Gramsci es la relación entre la estructura socioeconómica y la superestructura-jurídico-política que forman lo que él denomina bloque histórico, un concepto que no es desarrollado sistemáticamente por el autor, pero que es útil a nuestro estudio porque intenta reflejar aspectos como coerción-consenso y hegemonía-dominación que se manifiestan en la contienda política. Según Gramsci:

Para la filosofía de la praxis las superestructuras son una realidad (o se tornan realidad cuando no son puras lucubraciones individuales) objetiva y operante; ella afirma explícitamente que los hombres toman conciencia de su posición social y, por lo tanto, de sus objetivos, en el terreno de las ideologías, lo que no es una pequeña afirmación de realidad; la misma filosofía de la praxis es una superestructura, es el terreno en que determinados grupos sociales toman conciencia de su propio ser social, de sus fuerzas, de sus objetivos, de su devenir (Gramsci, 1984: 245).

El estudio de la filosofía de la praxis cobra gran importancia para nuestro trabajo porque reconoce la actividad de las clases subalternas como forjadoras de la historia y nos da elementos para analizar a los sujetos sociales y su accionar político en el ámbito de la superestructura, tanto como individuos así como colectivos. El análisis de las luchas sociales y de las dinámicas del sistema capitalista, así como la manera en que al interior de dichos conflictos los sujetos se construyen a sí mismos (como sujetos de liberación), son algunos de los elementos que nos aporta el marxismo para la comprensión de los procesos de contienda política en nuestro país.

Nuestra investigación recoge además, algunas de las reflexiones teóricas de Lenin para la transformación social, no sólo porque Gramsci retoma el estudio de la sociedad política, del partido y de la hegemonía del político-estratega ruso, sino porque el enfoque leninista nos permite comprender, principalmente, a la prensa partidaria como herramienta de educación y organización colectiva. Además, consideramos importante re-

tomar sus planteamientos para entender la manera en que Gramsci asume posteriormente a la hegemonía como dirección intelectual y moral; situando a los intelectuales como ideólogos y educadores integrados en las masas, capaces de formar conjuntamente una fuerza hegemónica²¹ contraria a la de la clase dominante.

A partir de esta perspectiva teórica general, dialogarán las teorías de la *discursividad* de Eliseo Verón (la misma que cumplirá una función metodológica al permitirnos reconocer la gramática de producción, es decir, las condiciones de creación del discurso), de la *acción colectiva* de Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly (a través de la cual identificaremos los episodios contenciosos, actores, procesos enmarcadores, etc. que intervinieron en la dinámica de la lucha social de los periodos a investigar) y, el debate de la *estructura-superestructura* desde Antonio Gramsci (que nos permitirá explicar la relación dialéctica de los fenómenos económicos, políticos culturales e ideológicos al interior de la lucha contra-hegemónica y que constituyeron el proceso de producción discursiva de la contienda política).

La relación estructura-superestructura desde el materialismo histórico

Uno de los mayores aportes de Gramsci a la teoría marxista es el concepto de Bloque Histórico, “es decir unidad entre la naturaleza y el espíritu (estructura y superestructura), unidad de los contrarios y de los distintos” (Gramsci, 1972: 22). Así entendía el teórico italiano al sistema social donde confluyen una estructura social de clase y una superestructura ideológica y política.

El aporte fundamental de Gramsci consiste en no separar la estructura de la superestructura y desarrollar el estudio de estos conceptos de forma integral, afirmando la unidad dialéctica entre ellos, alejándose de las lecturas mecanicistas que privilegian el análisis de la lucha económica, desplazando a la pasividad política a las clases subalternas y del análisis idealista donde predomina la superestructura, asumiendo una concepción de la historia divorciada de la influencia de las condiciones objetivas. La

21 Desde el pensamiento gramsciano, la fuerza hegemónica se refiere a la capacidad de las clases subalternas de asumir la dirección intelectual y moral de la sociedad.

noción gramsciana que concibe la relación estructura-superestructura como un bloque histórico nos da elementos para reconocer que las luchas sociales se explican desde la influencia en el terreno material-objetivo y en el de la conciencia de los seres humanos.

“El bloque histórico representa una situación histórica determinada” (Portelli, 1978: 82), en nuestro caso, dicho contexto se compone por los periodos 1976-1977 y 1984-1988 en el Ecuador, caracterizados por una crisis político-económica que, según intentaremos demostrar, influyó la dinámica de contienda política y la creación discursiva de las clases subalternas.

Para definir a la *estructura*, Gramsci retoma el debate de Marx y Engels, el cual indica que el desarrollo económico de la sociedad es, la base real, el determinante del desarrollo político y espiritual de la misma (Marx, 1978). Dicha tesis está sustentada en el materialismo histórico, concepción que se caracteriza por el estudio de las leyes generales del desarrollo de la sociedad y su conformación a través de la actividad histórica de los seres humanos.

La base, desde la concepción marxista, está constituida por las formas de propiedad sobre los medios de producción, por el lugar que ocupan los distintos grupos sociales en el sistema de producción y las relaciones que entre ellos se dan (que derivan de la forma de propiedad) y por las formas de distribución de los productos que también dependen del tipo de propiedad.

En este punto vale la pena precisar que cuando hablamos del *modo de producción* nos referimos a dos elementos íntimamente relacionados que determinan la base económica; es decir, las fuerzas productivas (relación hombre-naturaleza) y relaciones sociales de producción (relación de los seres humanos entre sí dentro del proceso productivo).

Para Marx, la base y, por consecuencia, la superestructura tienen un carácter histórico, transitorio y de clase, es decir, tienen funcionalidad durante un periodo establecido, se transforman cuando “en una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes” (Marx, 1978: 12), es entonces cuando se produce la revolución, la transformación de la base y su superestructura, “el cambio que se ha producido en la base económica

trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura” (Marx, 1978: 12) y al estar la sociedad dividida en clases, la superestructura será determinada por la clase que concentre los medios de producción.

Para Gramsci, la *superestructura* es “el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción” (Gramsci, 1984: 46) es decir de la estructura y, en esta medida, no se distancia de la noción marxista que entiende a la base como generadora de la superestructura. En donde sí se evidencia un aporte importante del autor italiano es en el estudio del vínculo orgánico que las une, los intelectuales.

“Las superestructuras del bloque histórico forman una totalidad compleja en cuyo seno Gramsci distingue dos esferas esenciales: por una parte, la de la sociedad política, que agrupa al aparato de estado; por la otra, la de la sociedad civil, la mayor parte de la superestructura” (Portelli, 1978: 13). El análisis gramsciano de estos dos elementos es lo que nos llevará a la comprensión de la hegemonía, concepto que se desarrollará más adelante.

Sociedad civil y sociedad política en la superestructura

La concepción de sociedad civil como dirección intelectual y moral de la sociedad tiene origen en Hegel, pero tanto Marx como Gramsci le otorgan un desarrollo distinto a dicho concepto.

Para Hegel la sociedad civil abarca toda el área de la economía, la justicia y la administración y dentro de estos parámetros se constituyen el trabajo, las clases, la moral, la propiedad, etc. Es decir, desde la perspectiva hegeliana, la sociedad civil actúa como mediadora entre las necesidades de los individuos y el Estado o dicho de otra forma, es la manera en que el interés particular se realiza en lo universal, en la administración del Estado. Mientras que para Marx, la sociedad civil abarca el intercambio material de la sociedad y se explica a partir de las condiciones materiales de existencia, es decir de la estructura económica, en este sentido, la burguesía consolida sus intereses particulares a través del carácter universal del Estado, a partir del cual se genera una dominación de clase encubierta en una idea de voluntad y representación colectiva.

Por otro lado, Gramsci se concentra en el plano de la superestructura y le otorga a la sociedad civil un valor estratégico en la lucha política. El autor italiano indicaba:

Se pueden fijar dos grandes “capas” superestructurales: la llamada, por así decir, “sociedad civil”, que abarca el conjunto de organismos vulgarmente denominados “privados” y la “sociedad política o Estado”, que corresponde a la función “hegemónica” que el grupo dominante ejerce sobre toda la sociedad y al “poder de mando directo” que se manifiesta en el Estado y en el gobierno “jurídico” (Gramsci, 1967: 30).

En la concepción gramsciana de sociedad civil, los *organismos vulgarmente denominados privados*, corresponden a las instituciones que desempeñan un rol hegemónico, de dirección, en el ámbito cultural y político; ubicándose de esta manera en el plano de la superestructura. Es decir, como dirección intelectual y moral de una clase sobre el resto de la sociedad.

Hay que distinguir entre la sociedad civil, tal como la entiende Hegel y en el sentido en que la expresión se utiliza a menudo en estas notas (o sea, en el sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la entera sociedad, como contenido ético del Estado) (Gramsci, 1998: 101).

El campo de la sociedad civil está constituido por la ideología de la clase dominante o como la denomina Gramsci *clase fundamental*. Para este autor, la ideología es “una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida intelectual y colectiva” (Gramsci, 1984: 12). Es decir, que la sociedad civil constituye una totalidad compleja en la medida en que tiene como objetivo la dirección ideológica de la sociedad. Este elemento se articula en tres niveles esenciales: la ideología propiamente dicha, la estructura ideológica (organizaciones que crean y difunden la ideología, aquí se reconocen a la iglesia, la escuela y la prensa masiva) y el material ideológico (libros, revistas, literatura, etc.) (Portelli, 1978).

Para Gramsci la superestructura está conformada, además, por la sociedad política que, como se señalaba anteriormente, corresponde a la función de *poder de mando directo* que se expresa en el Estado y en el gobierno jurídico. Es decir, que la sociedad política se diferencia de la sociedad civil en la medida en que la primera procura el ejercicio del poder desde la

coerción directa, en contraste con la sociedad civil que es el espacio desde donde el poder ejerce un dominio encubierto, a través del consenso o de la hegemonía política.

Es importante señalar que, además de la diferencia entre estos dos conceptos que conforman la superestructura, Gramsci reconoce a la sociedad política como una prolongación de la sociedad civil, porque las funciones de coerción que en un momento dado ejerce un Estado (en períodos de crisis orgánica o para controlar a grupos sociales que se oponen a la dirección de la clase dominante), están en función de la dirección económica e ideológica que ejerce una clase sobre la sociedad (Portelli, 1978).

En esta medida la sociedad civil y la sociedad política son dos aspectos de la hegemonía de la clase dominante y están profundamente relacionadas al interior de la superestructura, ya que el consenso y la fuerza se necesitan mutuamente para sustentar un bloque histórico.

La importancia de la estructura y la superestructura radica en que estos dos elementos establecen una relación dialéctica determinante, ambas se articulan orgánicamente en función del establecimiento de un bloque histórico (Gramsci, 1984). Pero dicha articulación no es abstracta, cuenta con la función de un sujeto concreto, un grupo social al cual Gramsci identifica como intelectuales.

El rol de los intelectuales en la construcción de autoconciencia

Para Gramsci una de las categorías más importantes de intelectuales es la que surge sobre la base de la función que desempeña en el proceso de producción:

Cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo, orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no sólo en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea junto con él al técnico de la industria, al científico de la economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc. (Gramsci, 1986: 353).

Este tipo de *intelectuales orgánicos* son los especialistas de un área del campo de la producción económica, que la organizan y administran en función de crear las condiciones más favorables para la expansión y consolidación de la clase a la que pertenecen o representan, son en esta medida *funcionarios de la superestructura*.

Los intelectuales cumplen el rol de dar forma (ideológica) a las fuerzas materiales, de esta manera construyen el vínculo orgánico y dialéctico entre la estructura y la superestructura: establecen las pautas ideológicas y políticas desde donde la sociedad adquiere conciencia sobre la estructura, es decir, sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

A pesar de estas diversas formas de organización intelectual en función de los grupos dominantes de la sociedad, Gramsci parte del reconocimiento de que “todos los hombres son filósofos” (Gramsci, 1976: 11) para identificar en la más mínima actividad intelectual humana una concepción del mundo y la posibilidad de conformarse una conciencia crítica.

“En cualquier trabajo físico, aún en el más mecánico y descalificado, existe un mínimo de calidad técnica, un mínimo de actividad intelectual creadora” (Gramsci, 1967: 25). Pero, esta función es socialmente reconocida en unos cuantos, debido a que la división social del trabajo promueve diferentes grados de intelectuales. Continúa Gramsci:

En fin, todos los hombres, al margen de su profesión manifiestan alguna actividad intelectual, y ya sea como filósofo, artista u hombre de gusto, participa de una concepción del mundo, observa una consecuente línea de conducta moral y, por consiguiente, contribuye a mantener o a modificar un concepto universal, a suscitar nuevas ideas (Gramsci; 1967, 26).

Esta reflexión es la que nos abre la posibilidad de comprender la generación de autoconciencia del ser humano, en la medida en que es capaz de superar la conciencia de su obrar práctico. Para Gramsci:

La comprensión crítica de uno mismo se obtiene, pues, a través de una lucha de «hegemonías» políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, después en el de la política para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real (Gramsci, 1976: 24).

Y constituirse, de esta manera, una conciencia crítica de sí mismo a través de la lucha política por la hegemonía.

El análisis de Gramsci sobre los intelectuales vinculados a una clase social económica al interior de un bloque histórico, nos permite distinguir entre aquellos que se encuentran ligados orgánicamente a la clase dominante y los que establecen “intelectualidades integrales y totalitarias” (Gramsci, 1984: 18), en la medida en que desarrollan un vínculo dialéctico entre intelectuales y el hombre-masa, aquel que opera prácticamente pero no tiene una clara conciencia teórica de su obrar (Gramsci, 1976: 24), para la conformación de una fuerza hegemónica. Este punto será desarrollado a continuación en el análisis de la hegemonía y la importancia de la unidad teoría-práctica o filosofía de la praxis.

Construcción de hegemonía

Gramsci define a la hegemonía como “dirección intelectual y moral” (Gramsci, 1967: 30) que la clase dominante ejerce en la sociedad, pero para comprender la dimensión de este concepto es necesario remitirnos a las bases teóricas que le sirvieron como soporte.

Nuestro autor reconoce el valor teórico-científico de la distinción que realiza Marx para comprender el proceso de revolución social en el plano de la estructura y en el de la superestructura. Marx dice:

El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar tales revoluciones importa siempre distinguir entre la revolución material de las condiciones económicas de producción —que se debe comprobar fielmente con la ayuda de las ciencias físicas y naturales— y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, *las formas ideológicas bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven* (Marx, 1978: 12-13)²².

Acerca de esto, Gramsci manifiesta:

Respecto de que *los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura en el terreno de las ideologías*, debe ser considerada como

22 El énfasis es nuestro.

afirmación de valor gnoseológico y no puramente psicológico y moral. De ello resulta que el principio teórico-práctico de la hegemonía tiene también un significado gnoseológico; por lo tanto, en este campo es menester buscar el aporte teórico máximo de Ilich [Lenin] a la filosofía de la praxis (Gramsci, 1984: 46)²³.

A partir de la consideración que hace Marx respecto a las formas ideológicas (que forman parte de la superestructura) en que los hombres adquieren conciencia de la estructura, en un momento de revolución, es decir, cuando una nueva clase asume la dirección de la sociedad, Gramsci destaca el principio teórico-práctico de dicha dirección político-ideológica, o sea de la hegemonía y reconoce el origen de esta noción en la obra y acción política de Lenin, no porque el autor ruso haya desarrollado este término de forma explícita, sino porque hizo efectiva la relación teoría-práctica política al dirigir la revolución socialista de octubre de 1917 en Petrogrado (Rusia) bajo los preceptos de la filosofía marxista y por configurar a partir de ésta el Partido Comunista de Rusia (Bolchevique). De esta manera, Gramsci interpreta a la *dictadura del proletariado* (teoría llevada a la práctica por Lenin) como *hegemonía del proletariado*, es decir, como una forma política en la que se expresa el proceso de conquista y de realización de la hegemonía, ya que luego de la implantación del Estado obrero, el proletariado asume el rol de clase dirigente.

La dictadura del proletariado, desde el pensamiento de Marx y Lenin, significa la toma del poder, el control del Estado (de la sociedad política) por parte de la clase proletaria una vez destruido el régimen capitalista y su maquinaria de Estado. Aquí comienza un periodo de transición violento, en la medida en que la lucha por el poder generará gran resistencia de la clase burguesa, pero a la vez constituye una etapa creativa de dirección, para obtener el respaldo e incorporar a toda la sociedad al proyecto socialista y así transformar, de forma revolucionaria, todas las instancias de la vida social.

La dictadura revolucionaria del proletariado es relacionada con la hegemonía por nuestro autor, en la medida en que significa el control de la sociedad civil (dirección intelectual y moral o político-ideológica) y

23 · El énfasis es nuestro.

la sociedad política (el Estado y su fuerza coercitiva) por parte de la clase obrera, es decir, que cumple con un rol de dirección y dominación; al respecto Portelli explica:

Un grupo social es dominante respecto a los grupos adversarios que tiende a liquidar o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también dirigente (Portelli, 1978: 75).

Volvemos a lo que ya señalábamos anteriormente, la sociedad civil y la sociedad política son dos aspectos de la hegemonía de la clase dominante y están profundamente relacionadas, ya que el consenso y la fuerza se necesitan mutuamente para sustentar el poder. Gramsci reconoce a la dictadura como una institución fundamental pero transitoria:

La dictadura es la institución fundamental que garantiza la libertad, que impide los golpes de mano de las minorías facciosas. Es garantía de libertad porque no es un método que haya que perpetuar, sino que permite crear y consolidar los organismos permanentes en los cuales se disolverá la dictadura después de haber cumplido su misión (Gramsci, 1998: 51).

Es decir, después de haber alcanzado una evolución de valores colectivos, que genere un nivel de autoconciencia capaz de garantizar “un régimen de libertad organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos, o sea, por el proletariado” (Gramsci, 1998: 53). Portelli indica que en el pensamiento gramsciano:

El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita, movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora [...] en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas (Portelli, 1978: 66).

Este análisis contiene los aportes de la concepción leninista de la alianza obrero-campesino, la cual plantea que el proletariado requiere ampliar su base social estableciendo una relación de coaliciones, principalmente, con la clase campesina, para convertirse efectivamente en clase dirigente, lo que significa incluir en su proyecto político las reivindicaciones del campesinado.

Existen lugares de convergencia entre Lenin y Gramsci en la medida en que reconocen a la dictadura del proletariado su rol intelectual-organizador, la necesidad de generar alianzas y de establecer las relaciones de fuerza que le permita a la clase obrera adquirir un rol dirigente en la revolución. Pero, de igual manera, existen criterios como el de Portelli, quien manifiesta que hay un punto en el que se diferencian los autores: “la hegemonía gramsciana es primacía de la sociedad civil sobre la sociedad política; en el análisis leninista, la relación es exactamente inversa” (Portelli, 1978: 70). Desde nuestro punto de vista, la explicación a esta variación se puede encontrar en las condiciones históricas de la Rusia de Lenin y de la Italia de Gramsci en las que fueron concebidas ambas tesis, lo cual explicamos a continuación.

Lenin y Gramsci comparten el análisis histórico que realiza Engels sobre el Estado:

El Estado no es de ningún modo un poder exteriormente impuesto a la sociedad; tampoco es la realización de la idea moral, «ni la imagen y la realización de la razón», como lo pretende Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se pone en una irremediable contradicción consigo misma, y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que las clases antagonistas, de opuestos intereses económicos, no se consuman a sí mismas y a la sociedad en luchas estériles, hácese necesario un *poder* que domine ostensiblemente a la sociedad y se encargue de dirimir el conflicto o mantenerlo dentro de los límites del «orden». Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella, y se le hace cada vez más extraño, es el Estado [...] Habiendo nacido el Estado de la necesidad de refrendar los antagonismos de clases, pero naciendo también en el seno del conflicto de esas clases, como regla general es el Estado una fuerza de la clase más poderosa, de la que impera

económicamente, y que por medio del Estado se hace también clase preponderante desde el punto de vista político, y crea de ese modo nuevos medios de postergar y explotar a la clase oprimida. (Engels, 1970: 212 y 214)²⁴.

Esta definición del Estado como producto del carácter irreconciliable del antagonismo de clases, es la idea fundamental del marxismo en la que se sustentan nuestros autores para desarrollar sus planteamientos sobre el control de la hegemonía. El Estado, como dirección política y dominación de una clase sobre otra, necesita el control de los elementos coercitivos y del consenso para existir, porque ningún Estado puede sostenerse únicamente en su poder represivo y tampoco puede dejar de utilizar dichos mecanismos para mantener el orden establecido, es decir, para *refrenar los antagonismos* de clase como señala Engels en la cita anterior.

A partir de dicha reflexión, Lenin enfoca su análisis sobre el Estado como instrumento de coerción en manos de una clase social, no porque no reconociera el rol dirigente que también cumple dicho poder²⁵, sino porque sus mayores reflexiones sobre esta problemática surgieron en momentos álgidos de la lucha política, cuando estaba cerca la toma del poder en Rusia, es decir la revolución de octubre de 1917 que mencionamos anteriormente.

El Estado es una “fuerza especial de represión”. Esta magnífica y profundísima definición de Engels es dada aquí por éste con la más completa claridad. Y de ella se deduce que la “fuerza especial de represión” del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por un puñado de ricachos, debe sustituirse por una “fuerza especial de represión” de la burguesía por el proletariado (dictadura del proletariado) (Lenin, 2006: 54).

Es por esto que para Lenin se vuelve central la comprensión del Estado desde “la toma de posesión de sus medios de producción en nombre de la sociedad” (Lenin, 2006: 55) no como un fin en sí mismo, sino como un instrumento transitorio que deberá desaparecer en la medida en que

24 El énfasis es nuestro.

25 Recordemos que Engels define al Estado como un poder que surge de la sociedad y se alza sobre ella

se transforme la sociedad que lo legitima, es decir, la toma del poder que implica sustituir el Estado burgués por la dictadura del proletariado para transformar la sociedad y echar abajo *la fuerza especial de represión*.

Por otro lado, sin dejar de reconocer al Estado como instrumento de coerción, Gramsci enfocó y profundizó su estudio en el elemento dirigente del mismo. Durante la llegada al poder del dictador italiano Mussolini, desde 1922 hasta 1943, las condiciones de persecución y repliegue del movimiento obrero dificultaban la organización colectiva: “el movimiento obrero revolucionario italiano ha caído en una situación de ilegalidad o de semilegalidad. La libertad de prensa, el derecho de reunión, de asociación, de propaganda, han sido prácticamente suprimidos. La formación de los cuadros dirigentes del proletariado no puede realizarse, pues, por la vía y con los métodos que eran tradicionales en Italia hasta 1921” (Gramsci, 2000), en este contexto, Gramsci se concentró en la reflexión de la lucha desde el frente ideológico:

Para que el Partido viva y esté en contacto con las masas, es menester que todo miembro del Partido sea un elemento político activo, sea un dirigente. Precisamente para que el Partido sea fuertemente centralizado, se exige un gran trabajo de propaganda y de agitación en sus filas, es necesario que el Partido, de manera organizada, eduque a sus militantes y eleve su nivel ideológico. Centralización quiere decir especialmente que en cualquier situación, incluso en estado de sitio reforzado, incluso cuando los comités dirigentes no pueden funcionar por un determinado periodo o fueran puestos en condiciones de no estar relacionados con toda la periferia, todos los miembros del Partido, cada uno en su ambiente, se hallen en situación de orientarse, de saber extraer de la realidad los elementos para establecer una orientación, a fin de que la clase obrera no se desmoralice sino que sienta que es guiada y que puede aún luchar. *La preparación ideológica de la masa es, por consiguiente, una necesidad de la lucha revolucionaria, es una de las condiciones indispensables para la victoria* (Gramsci, 2000)²⁶.

En el escenario de la dictadura, la tesis de que el Estado era un instrumento de coerción de una clase sobre otra estaba más que entendida, pero

26 El énfasis es nuestro.

Gramsci pudo ir más allá al identificar que el poder no podía sustentarse, únicamente, a través de la coerción; sino que existían otras formas, más complejas, en las que se desarrollaban la producción y reproducción de las relaciones sociales, es allí, donde el estudio de la sociedad civil cobra un papel central para nuestro autor, para quien la preparación ideológica jugaba un rol decisivo y era allí donde debía enfocarse el papel central del Partido para enfrentar el fascismo.

De esta manera, las condiciones históricas que vivieron los autores fueron determinantes para concebir a la hegemonía desde la primacía de la sociedad civil como lo hizo Gramsci y de la sociedad política como lo propuso Lenin, lo cual no marca, desde nuestra perspectiva una diferencia que los distancie, sino por el contrario, sus planteamientos significaron una profundización de los dos aspectos de la dictadura del proletariado.

Continuando con la idea del autor italiano, Gramsci ve necesario dar “el paso de lo ‘objetivo a lo subjetivo’ y de la ‘necesidad a la libertad’” (Gramsci, 1984: 47), es decir, crear conciencia de la necesidad de cambio sobre las condiciones materiales (objetivas) de existencia, tales como el pasado histórico y las relaciones sociales de dominación. El paso de la necesidad a la libertad que plantea el autor, sucede en la medida en que el sujeto social reconoce dicha realidad y adquiere elementos para transformarla, otorgándole de esta manera importancia al estudio de la superestructura, para dar origen a nuevas iniciativas de acción: “La estructura de fuerza exterior que subyuga al hombre, lo asimila, lo hace pasivo, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas. La fijación del momento ‘catártico’ deviene así, me parece, el punto de partida de toda la filosofía de la praxis” (Gramsci, 1984: 47).

Esto quiere decir, que así como el cambio de la base puede trastornar más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura (Marx, 1978), desde el pensamiento gramsciano, la dirección cultural-ideológica o sea el rol de la sociedad civil, puede convertirse en instrumento para hacer de las condiciones de opresión el punto de partida a una superior concepción del mundo, otorgando de esta manera un rol activo al sujeto social, capaz de protagonizar un momento *catártico*, cuando desde una conciencia ético-política dirigente convierte a la estructura en un medio de libertad. Además, Gramsci considera que “la conciencia de formar parte de una de-

terminada fuerza hegemónica (es decir, la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia, en la que la teoría y la práctica se unifican finalmente” (Gramsci, 1976: 24).

Lenin y Gramsci insisten en un elemento fundamental para la construcción de la dirección política o hegemonía: la unidad teoría-acción. Ya que la hegemonía se sostiene solo con el conocimiento teórico y cultural de la acción, solo así se alcanza la coherencia de acción y no la inmediatez empírica. En la teoría marxista la unidad entre teoría y práctica es la base fundamental para la transformación social revolucionaria.

He aquí por qué es necesario poner de relieve que el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico, además de un progreso político práctico, porque necesariamente implica y supone una unidad intelectual y una ética conforme a una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica, aunque solo sea dentro de límites estrechos (Gramsci, 1984: 16-17).

Para Gramsci la hegemonía opera específicamente en el orden intelectual y moral; dice: “La realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de conciencia, un hecho filosófico” (Gramsci, 1984: 46).

Es decir, que la hegemonía actúa como una dirección que se desenvuelve en el campo ideológico y determina parámetros de conciencia en la sociedad a través de métodos de conocimiento. De esta manera la relación estructura-superestructura determina la relación teoría-práctica y política-filosofía.

Este nexo entre teoría y práctica es el que identifica a la ideología con la hegemonía y con la dictadura del proletariado y le otorga un importante valor filosófico, ya que, la hegemonía del proletariado representa la transformación, la construcción de una nueva sociedad superior al capitalismo. Como tal, la hegemonía tiene consecuencias no sólo en el plano material de la economía o en el de la política, sino además sobre el de la moral, del conocimiento, de la cultura. Por ello, la revolución es entendida por Gramsci como una *reforma intelectual y moral*.

Pero la hegemonía, al ser una estructura dinámica que no se impone por la fuerza, sino que constituye un cuerpo de prácticas y representaciones sobre la vida social, necesita siempre de un proceso que la configure continuamente: “Debe ser constantemente renovada, recreada, definida y modificada. Así mismo es continuamente resistida, limitada, alterada, desafiada por presiones que de ningún modo le son propias” (Williams, 1980: 134). Cuando se aborde el tema de la contienda política se analizará este proceso.

Continuando, la hegemonía es la capacidad de unificar mediante la ideología un bloque histórico (la estructura y superestructura) que se caracteriza por profundas divisiones de clases antagónicas. Mientras la clase hegemónica pueda mantener el control de la sociedad a través de sus acciones políticas, culturales e ideológicas, las contradicciones sociales no convulsionarán el orden establecido.

Por todo esto, Gramsci plantea que uno de los objetivos de la práctica revolucionaria debe ser elevar la *concepción del mundo* (Gramsci, 1984) de los grupos subalternos, su filosofía y surge así la necesidad de desarrollar un pensamiento crítico, para generar el rechazo de la ideología dominante y abrir el sendero de la crisis política para desestabilizar el poder. En este objetivo juegan un rol importante los intelectuales, pero aquellos que se encuentren integrados en un vínculo dialéctico con la masa.

Autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una *élite* de intelectuales: una masa humana no se «distingue» y no se hace independiente «por sí misma» sin organizarse, y no hay organización sin intelectuales, es decir sin organizadores y dirigentes, o sea, sin que el aspecto teórico en el nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de personas «especializadas» en la elaboración conceptual y filosófica (Gramsci, 1976: 25).

De esta manera, el autor italiano señala claramente la función de organizadores y dirigentes de los intelectuales dentro del proceso de formación del pensamiento crítico de las clases subalternas. Además, explica que:

Se afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples no para limitar la actividad científica y mantener la unidad al

bajo nivel de las masas, sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos grupos intelectuales (Gramsci, 1984: 16).

El concepto de hegemonía en Gramsci se sustenta en la idea de que los acontecimientos no dependen del arbitrio de un individuo, ni tampoco del de un grupo, aunque sea numeroso:

Dependen de las voluntades de muchos, las cuales se manifiestan por el hecho de hacer o no hacer ciertas cosas y por las actitudes espirituales correspondientes, y dependen de la conciencia que tenga una minoría de esa voluntad, y de la capacidad de orientarlas más o menos hacia una finalidad común, tras haberlas encuadrado en los poderes del Estado (Gramsci, 1998: 47).

La importancia de la hegemonía radica, entonces, en el carácter revolucionario de la unidad teórico-práctica, a partir del cual las clases subalternas pueden asumir un rol dirigente.

Proceso de emancipación de las clases subalternas

El concepto marxista, sustentado en el materialismo histórico, concibe a las clases sociales como grupos de individuos que se identifican en función de la posición que ocupan en determinada estructura económica de un modo de producción, en términos de poseedores y no poseedores de éstos. Lenin lo sistematiza de la siguiente manera:

Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en su mayor parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo del otro por ocupar puestos diferentes en un régimen de economía social (Lenin, 1961: 228).

Dichas relaciones sociales de producción, según Marx, no son voluntarias, sino que tienen un carácter histórico y antagónico.

La historia de toda sociedad humana, hasta nuestros días, es la historia de las luchas de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, señores y siervos, maestro y oficial del gremio: en una palabra, opresor y oprimido, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces y otras franca y abierta; en una lucha que conduce a la transformación revolucionaria de todo el régimen social, o al exterminio de ambas clases beligerantes [...] La moderna sociedad burguesa, que se alzó sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que vienen a sustituir a las antiguas. Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a dividirse cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado (Marx, 1993: 16-17).

De esto se deriva además, el carácter clasista de la sociedad civil y la sociedad política, es decir de la superestructura, configurada por las instancias jurídico-políticas (el conjunto de instituciones de la sociedad) e ideológicas (la visión del mundo de la clase dominante).

El proceso de construcción de la hegemonía de la clase proletaria, es decir, la conformación de ésta como clase dirigente y dominante, puede llevarse a efecto, como ya lo explicamos anteriormente, una vez que logre establecer una alianza estratégica con el resto de clases dominadas, que Gramsci denomina grupos subalternos, de tal manera que se logre organizarlos unificadamente, elevarlos a un nivel superior de conciencia crítica y orientarlos hacia un objetivo común.

Tal como lo hemos señalado a lo largo de la investigación, desde el pensamiento gramsciano, alcanzar la hegemonía de la clase obrera implica la construcción de un consenso mayoritario de las masas populares, a partir de una reforma intelectual y moral que garantice una voluntad colectiva para la transformación social, de esta manera la conformación de una clase hegemónica subalterna constituye una lucha ideológica que permita la trans-

formación subjetiva del pueblo y la movilización de sujetos políticos capaces de arrebatarle el poder a la clase dominante para construir un nuevo Estado.

En este sentido, las observaciones etnográficas que Gramsci pudo realizar sobre la Italia meridional lo llevaron a reflexionar sobre la cultura popular de dichas regiones, las formas de dominación que se reproducen en ella y los elementos que llevarían a subvertir dichas prácticas sociales. El estudio gramsciano de las clases y grupos subalternos se orientó hacia el entendimiento de sus ámbitos culturales y valorativos (el sentido común, la religión y el folklore) concepciones del mundo que podían constituir un impedimento para consolidar la alianza de clases.

Es preciso estudiar la formación objetiva de los grupos sociales subalternos a través del desarrollo y las transformaciones que tienen lugar en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen en grupos sociales preexistentes, de los que conservan durante cierto tiempo la mentalidad, la ideología y los fines; su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias y las consecuencias que tales intentos tienen en la determinación de procesos de descomposición y de renovación o de neoformación; el nacimiento de partidos nuevos de los grupos dominantes para mantener el consenso y el control de los grupos subalternos; las formaciones propias de los grupos subalternos para reivindicaciones de carácter restringido y parcial; las nuevas formaciones que afirman la autonomía integral, etcétera (Gramsci, 1999: 182).

Desde esta perspectiva, consideramos que las clases subalternas, como producto del desarrollo de la sociedad capitalista, hace referencia al proletariado y en general, a las clases explotadas y dominadas, donde encontramos grupos sociales (subalternos) diversos, algunos dispersos y otros con ciertos grados de organización, tal es el caso de la diferencia entre el proletariado y el campesinado, que aunque compartan una misma posición de explotados dentro de la sociedad, pueden perseguir distintas reivindicaciones, enmarcadas en diversas prácticas culturales.

El punto característico de estos grupos es la desarticulación, como lo indica Gramsci: “La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica” (Gramsci, 1999: 178). El carácter disgregado y episódico de los grupos subalternos se debe a que su concepción del mundo no proviene de un conocimiento crítico y coherente del mismo, sino del sentido común. Para el autor, “el sentido común es una expresión de la concepción mitológica del mundo” (Gramsci, 1984: 62), a partir de ello entendemos que solo la filosofía de la praxis, es decir aquel pensamiento crítico que surge de la unidad entre teoría y práctica, entre intelectuales y la masa; puede superar esta idea mítica para elevar el nivel de conciencia de los denominados simples.

Gramsci establece una diferencia entre el hombre-masa, aquel que constituye su obrar práctico en la sociedad a partir de un concepto de vida impuesto por su medio social (la religión y el sentido común) y el hombre-colectivo que se construye una concepción crítica del mundo a partir de la filosofía y su coherente relación con la práctica histórica.

Se es hombre-masa [...] cuando la concepción del mundo no es crítica y coherente, sino ocasional y dispersa, se pertenece, simultáneamente, a una multiplicidad de hombres-masa y la personalidad propia está compuesta de raro modo. En ella se encuentran elementos del hombre de la caverna y principios de la más moderna y progresista sabiduría: prejuicios de todas las fases históricas del pasado, mezquindades localistas e intuiciones de una filosofía del porvenir propia del género humano universalmente unido. Criticar la peculiar concepción del mundo significa, por tanto, hacerla unitaria y coherente [el rol del hombre-colectivo], elevarla al punto de unión con el pensamiento universal más avanzado. Significa también criticar toda la filosofía existente hasta el momento, por cuanto ha dejado estratificaciones consolidadas en la filosofía popular (Gramsci, 1967: 62).

La disgregación de las clases subalternas responde, en esta medida, a la función histórica que cumplen en la dinámica del proceso de producción y su condición de explotación, que se evidencia en múltiples formas de dominación. No sólo “están privados de medios de producción propios y

se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir” (Marx y Engels, 1993: 17), sino que la concepción del mundo de la clase fundamental los domina culturalmente.

El carácter disgregado y episódico es también lo que, desde nuestro punto de vista, conduce a estos grupos (masas populares) a actuar de forma desarticulada y muchas veces apuntando a planes provisionales o coyunturales; lo cual los lleva a ser fácilmente controlados por la clase dominante.

Es indudable que en la actividad histórica de estos grupos existe la tendencia a la unificación, si bien según planes provisionales, pero esta tendencia es continuamente rota por la iniciativa de los grupos dominantes, y por lo tanto sólo puede ser demostrada a ciclo histórico cumplido, si éste concluye con un triunfo (Gramsci, 1999: 178).

Para Gramsci “los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aún cuando se rebelan y sublevan: sólo la victoria ‘permanente’ rompe, y no inmediatamente, la subordinación” (Gramsci, 1999: 178). Es decir, la liberación de los subalternos va más allá de lograr su unificación; necesita acompañarse de una emancipación cultural que impulse a estas clases a reflexionar sobre la necesidad de articularse, no solo en términos formales de establecer alianzas, sino en torno a su propia visión del mundo, para dejar de ser subalternas y comenzar a organizarse desde una perspectiva autónoma, que les permita disputar la hegemonía en función de un nuevo orden social.

En este punto es importante volver al tema de la relación dialéctica entre intelectuales y masa; Gramsci identifica, como rol de los intelectuales, dos condiciones para sustituir el sentido común de las clases subalternas:

- 1) No cansarse jamás de repetir los argumentos (variando literariamente de forma): la repetición es el medio didáctico más eficaz para obrar sobre la mentalidad popular; 2) trabajar sin cesar para elevar intelectualmente a más vastos estratos populares, esto es, para dar personalidad al amorfo elemento de masa, cosa que significa trabajar para suscitar *élites* de intelectuales de

un tipo nuevo, que surjan directamente de la masa y que permanezcan en contacto con ella, para llegar a ser las “ballenas de corse”²⁷ (Gramsci, 1984: 22-23).

Para el autor, elevar el nivel intelectual de las clases subalternas significa modificar el *panorama ideológico* de una época, superar las concepciones mecanicistas del sentido común:

Cuando el “subalterno” se torna dirigente y responsable de la actividad económica de masas, el mecanicismo aparece en cierto momento como un peligro inminente, y se produce una revisión de toda la manera de pensar porque ha ocurrido un cambio en el modo social de ser. Los límites y el dominio de la “fuerza de las cosas” son restringidos. ¿Por qué? porque, en el fondo, si el subalterno era ayer una cosa, hoy ya no lo es; hoy es una persona histórica, un protagonista; si ayer era irresponsable porque era “resistente” a una voluntad extraña, hoy se siente responsable porque ya no es resistente, sino operante y necesariamente activo y emprendedor (Gramsci, 1984: 19).

De esta manera, el primer paso para la creación de una conciencia crítica es el auto-reconocimiento del sujeto como tal, es decir, “el ‘conócete a ti mismo’ como un producto del proceso histórico habido hasta ahora que te transmitió infinidad de vestigios aceptados sin beneficio de inventario. Y se precisa hacer, primeramente, el inventario requerido” (Gramsci, 1967: 62-63).

El hombre-colectivo al que se refiere el autor, es aquel sujeto activo (que pasa de lo objetivo a lo subjetivo) que reconoce tanto su pasado histórico como las relaciones sociales en las que se desenvuelve, es decir, aquel que adquiere conciencia de sus condiciones materiales objetivas de existencia, como condición previa, para transformar la realidad. Solo así, la estructura deja de ser una “fuerza exterior que subyuga al hombre, lo asimila, lo hace pasivo” (Gramsci, 1984:47) y la ideología deja de ser la imposición de una concepción del mundo dominante (Gramsci, 1984) para convertirse, ambas, en instancias creadoras para la libertad.

27 La expresión “ballenas de corse” significa que los intelectuales deben ser el sostén ideológico y organizativo de las masas (Gramsci, 1984).

Por ello, para Gramsci, la emancipación de los subalternos pasa por la construcción de una nueva hegemonía, caracterizada por una reforma moral e intelectual, una revolución cultural generada mediante la autoeducación de las masas; que vincule la teoría con la práctica, con el fin de construir una voluntad y acción colectiva antagónica a la de las clases dominantes. La condición del proceso de transformación es el auto-reconocimiento, en primer lugar, del sujeto histórico.

Hasta este punto hemos desarrollado los conceptos teóricos que desde el pensamiento marxista-gramsciano nos permiten acercarnos y comprender la dinámica de la relación estructura-superestructura. A continuación, exponemos la vinculación de estas categorías teóricas con el desarrollo de la contienda política y cómo en la lucha contra-hegemónica se establecen discursos constructores de sentido y de acción; esto con el fin de comprender los procesos de producción discursiva de la contienda política generados desde sujetos subalternos en los contextos de lucha social de los años setenta y ochenta en el Ecuador, que se verán más adelante.

La hegemonía al ser un proceso dinámico, como lo señalaba Williams, constituye una complejidad de representaciones y prácticas que no están libres de presiones externas, por ello no se puede comprender el proceso de constitución de la misma, sin el análisis del elemento contra-hegemónico.

La lucha contra-hegemónica deriva, en el sentido gramsciano, del reconocimiento de las condiciones de explotación y dominación por parte del sujeto activo de la historia, posibilitando convertir las iniciales demandas de resistencia en una lucha por alcanzar un proyecto colectivo global, que se constituye a partir de la autoconciencia, la misma que viabiliza la acción colectiva para la creación de un nuevo orden social.

Contienda política y oportunidades para la acción colectiva

En el marco de los estudios de los movimientos sociales, la contienda política es definida como:

La interacción episódica, pública y colectiva entre los reivindicadores y sus objetos cuando: (a) al menos un gobierno es uno de los reivindicadores, de los objetos de las reivindi-

caciones o es parte en las reivindicaciones, y (b) las reivindicaciones, caso de ser satisfechas, afectarían a los intereses de al menos uno de los reivindicadores. A grandes rasgos, la definición se refiere a la lucha política colectiva. (McAdam, Tarrow, Tilly, 2005: 5).

La noción de contienda política que proponen los autores, “con el que se refieren a la *acción política colectiva* de una forma que supera la clásica disyuntiva entre el estudio de la acción política convencional y la no convencional” (Ibarra, 2005: XIX)²⁸, aporta a nuestra investigación en la medida en que nos permite superar la separación del estudio de la política institucional de otras formas inusuales de hacerla, como los procesos de movilización social que proponemos analizar, en los que se interrelacionan actores políticos heterogéneos (gobierno, trabajadores, sujetos sociales, partidos políticos, etc.) en diversos ámbitos de acción y con distintas formas de organización (bajo la estructura formal partidaria y desde la movilización no institucionalizada de los sujetos subalternos).

La lectura renovada de la contienda política que realizan McAdam, Tarrow y Tilly, nos permite identificar el trabajo colectivo que genera la sociedad sobre sí misma para auto-reconocerse, organizarse y superar sus antagonismos y contradicciones mediante la lucha social. Dentro de la dinámica contenciosa donde se generan *oportunidades, estructuras de movilización, enmarcamiento y repertorios* (conceptos que definiremos a continuación) existen sujetos sociales plurales, con potencialidades creativas que no sólo se articulan en los procesos colectivos, sino que son capaces de crear, en función de objetivos compartidos, acciones y estrategias para combatir las condiciones de explotación y dominación, dadas por las relaciones sociales que derivan del modo de producción. En nuestro caso, consideramos a la construcción de sentidos por parte de sujetos subalternos, mediante herramientas comunicacionales como el periódico partidario y la canción popular, como recursos capaces de incitar la auto-conciencia necesaria para llevar adelante sus reivindicaciones.

En lugar de contemplar “oportunidades y amenazas” como factores estructurales objetivos, las consideramos como algo sujeto a atribución. Ninguna oportunidad, por muy objetivamente abierta que se encuentre, invitará a la movilización si no es (a) visible para los potenciales desafidores y (b) percibida como una oportunidad (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 47).

El estudio de la contienda política que desarrollan los autores, se vincula con el pensamiento gramsciano en la medida en que ambas corrientes teóricas le otorgan mayor importancia a las oportunidades que se puedan crear a partir, no únicamente de lo que las condiciones estructurales determinen, sino de la capacidad de los actores para generar procesos interpretativos, es decir, superestructurales. Es decir, en términos de Gramsci, dar el paso de lo objetivo a lo subjetivo.

El marco dinámico que se plantea para el análisis de la contienda política nos permite reconocer conceptualmente los elementos de la lucha y su interrelación, que constituyen parte del proceso de producción discursiva de los sujetos subalternos: episodios, mecanismos, procesos, actores, oportunidades, amenazas, *correduría* y enmarcamiento. Cabe aclarar que, en el presente estudio, no se pretende analizar la movilización de la contienda política en sí, sino identificar cómo las diferentes luchas generaron discursos, interpretaciones colectivas de la realidad para proveer de sentidos a sus reivindicaciones y a la acción colectiva de las clases subalternas.

Cuando hablamos de episodios nos referimos a “corrientes continuadas de contienda que incluyen reivindicaciones colectivas relativas a los intereses de otras partes” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 26). Los episodios de lucha ocurridos durante los periodos 1976-1977, como los que se registran entre 1984-1988; están agrupados deliberadamente en este análisis, por su carácter contencioso. En cada uno de ellos se identificarán distintos procesos de producción discursiva de las clases subalternas, que se plasmaron en el periódico partidario y la canción popular como mecanismos de difusión y *correduría* para la creación de nuevos actores políticos.

La *correduría* es la vinculación de dos o más enclaves sociales actualmente desconectados gracias a una unidad que media las relaciones de éstos entre sí o con otro enclave distinto. En la

versión más simple, enclaves y unidades son personas individuales, pero la correduría también opera por medio de camarillas, organizaciones, lugares y, en el caso límite, programas (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: XIV).

El concepto de correduría es pertinente para nuestro estudio porque nos permite identificar a la comunicación como un espacio no sólo de interacción, sino de construcción de vínculos sociales, fundamentales para la acción colectiva y la protesta, como lo veremos más adelante. Al generarse dichas vinculaciones entre las personas se conforman *identidades políticas*, las mismas que “consisten en respuestas colectivas a preguntas del tipo ‘quiénes somos nosotros’ y ‘quiénes son ellos’. Se convierten en *identidades políticas* en la medida en que implican unos lazos –hostiles o favorables– con los gobiernos” (Tilly, 2007: 55).

Los mecanismos de difusión, incluyen cualquier transferencia de información a través de las líneas de comunicación existentes, tal como lo fueron la prensa y la canción. Estos mecanismos son los que componen los *procesos enmarcadores* de la contienda política, que constituyen “los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva” (McAdam, McCarthy, Zald, 1999: 27).

Los procesos enmarcadores median entre la atribución de oportunidades y la acción, en la medida en que la interpretación colectiva de los hechos y la identidad política que se configura a partir de dichos significados, impulsa la acción social. “Los movimientos sociales enmarcan las quejas específicas dentro de los marcos de la acción colectiva que dignifican las reivindicaciones, las conectan con otras y ayudan a generar una identidad colectiva entre los reivindicadores” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 45). Aquí encontramos un importante punto de convergencia con la definición de *hombre-colectivo* de Gramsci, puesto que la acción colectiva requiere la conformación de un sujeto activo que adquiere conciencia de sus condiciones materiales objetivas de existencia a partir de su propia visión del mundo, para generar oportunidades de lucha. Además, Gramsci plantea que la liberación de los subalternos necesita acompañarse de una emancipación cultural.

En dicha emancipación juegan un rol importante los intelectuales, pero aquellos que, según el pensamiento gramsciano, se encuentren integrados dialécticamente con la masa, en este punto identificamos también una conexión entre la noción de *intelectuales* de Gramsci y la definición de *actores* de Tilly, ya que cuando hablamos de éstos últimos nos referimos a seres “constituidos e incrustados en la sociedad que interactúan incesantemente con otros seres de la misma clase y sufren modificaciones en sus límites y en sus atributos según interactúan” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 61), de igual manera ocurre con los intelectuales, que al relacionarse con el hombre-masa no sólo abren la posibilidad de constituir una auto-conciencia crítica del mundo, sino de transformarse a sí mismos como sujetos de liberación, a través de su coherente relación con la práctica histórica. Dicha condición de interacción social constituye el vínculo entre ambas premisas, el paso para instaurar una identidad propia que derive en una fuerza hegemónica.

En el marco de la contienda política, los grupos subalternos, necesitan encontrar los mecanismos que superen las limitaciones del accionar individual, es decir, configurar una *estructura de movilización*, que son “canales colectivos tanto formales como informales, a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva” (McAdam, McCarthy, Zald, 1999: 24), de donde resulta la voluntad de acción. Recordemos que “los movimientos dependen de su propia capacidad para desarrollar repertorios de difusión de los marcos estratégicos y para crear combinaciones tácticas a través de las cuales puedan hacer llegar sus interpretaciones a diversas audiencias” (McAdam, McCarthy, Zald, 1999: 440-441). En este sentido, los sujetos subalternos se ven en la necesidad de crear mecanismos de comunicación (como en el caso de nuestro estudio, el periódico partidario y la canción popular) en su intento por sentar un debate social desde su propio discurso, su concepción del mundo.

Esta teorización sobre acción colectiva nos permitirá, comprender el rol de los actores en la contienda política, su modo de interacción, de desafiar, de construir oportunidades para la acción y principalmente, la manera de enmarcar los significados compartidos para la movilización, es decir, en términos gramscianos, el modo de configurarse una autoconciencia sobre la realidad a través del discurso (plasmado en la prensa y la canción) y que responda a los procesos de cambio.

Hasta este punto hemos identificado, aunque no de forma explícita, al discurso como un elemento importante, tanto en el pensamiento gramsciano como desde la teoría de la acción colectiva, que vincula a la superestructura, la construcción de hegemonía, los procesos organizativos y la contienda política. El discurso relaciona a estos elementos entre sí en la medida en que construye sentidos y acción. Es decir, la hegemonía al ser una dirección intelectual y moral (Gramsci, 1984) que se desenvuelve en el campo ideológico (de la superestructura), necesita del discurso para determinar parámetros de conciencia que orienten la organización y la acción política. A continuación explicamos este concepto.

El discurso y su componente ideológico

El discurso y su componente ideológico, cumplen una función metodológica en este estudio, ya que a través del análisis de sus procesos de producción llegaremos a la reflexión sobre el rol del periódico partidario y la canción popular como productos culturales y herramientas políticas de las clases subalternas para la acción colectiva.

Según Eliseo Verón, el discurso “designa, no únicamente la materia lingüística, sino todo conjunto significativo considerado como tal (es decir, considerado como lugar investido de sentido), sean cuales fueren las materias significantes en juego (el lenguaje propiamente dicho, el cuerpo, la imagen, etc.) [...] Un discurso es, en definitiva, una ubicación del sentido en el espacio y en el tiempo” (Verón, 2004: 48-49).

Es decir, que el discurso es una construcción social de sentido que se enmarca en un contexto espacio-temporal determinado. De esta manera se evidencia una relación dialéctica entre la sociedad y los discursos ya que, los produce y de la misma manera es producida por ellos, lo que nos lleva a la afirmación de que los discursos no reflejan la realidad, sino que la configuran.

Según el semiólogo argentino, el sistema productivo de sentido contiene dos tipos de gramáticas o reglas que describen operaciones: la gramática de producción y la gramática de reconocimiento (Verón, 2004). La primera tiene que ver con las condiciones de producción del discurso y la segunda con sus efectos, es decir, con las lecturas que hacen los destinatarios del discurso.

El mecanismo de análisis que plantea Verón “consiste en reconstruir el proceso de producción partiendo del ‘producto’, radica en pasar del texto (inerte) a la dinámica de producción” (Verón, 2004: 41), lo cual nos permite identificar en los editoriales de la prensa partidaria y las canciones de Jaime Guevara, las condiciones de producción de los discursos generados por sujetos subalternos durante la contienda política de los años 1976-1977 y 1984-1988. Por este motivo, nuestra investigación se enfocará en el estudio de la gramática de producción.

Entre las nociones que identifica Verón en el plano del análisis de la producción discursiva están el tipo de discurso, que se refiere a la estructura institucional que constituyen los soportes organizacionales del discurso, y el género-P, que “permite designar y clasificar lo que corresponde denominar *productos*.” (Verón, 2004: 197), se trata de una categorización que nos faculta distinguir e identificar los diversos tipos de prensa gráfica (periódicos de información, revistas, semanarios, etc.). En nuestro caso, haremos referencia al género-P, el mismo que designa y clasifica al producto (periódico partidario y canción popular), así como a las estrategias discursivas de enunciación y de lo enunciado.

Según Verón, el *enunciado* se enmarca en el orden de lo que se dice, mientras que la *enunciación* corresponde al orden de las maneras de decir (Verón, 2004: 172).

En un discurso, sea cual fuere su naturaleza, las modalidades del decir construyen, dan forma, a lo que llamamos el dispositivo de enunciación. Este dispositivo incluye:

1. La imagen del que habla: llamamos a esta imagen ‘el enunciadador’. Aquí, el término ‘imagen’ es metafórico. Se trata del lugar (o los lugares) que se atribuye a sí mismo quien habla. Esta imagen contiene pues la relación del que habla con lo que dice.
2. La imagen de aquel a quien se dirige el discurso: el destinatario. El productor del discurso no solamente construye su lugar o sus lugares en lo que dice; al hacerlo, también define a su destinatario.
3. La relación entre el enunciadador y el destinatario que se propone en el discurso y a través del discurso (Verón, 2004: 173).

De esta manera, la enunciación se constituye por la relación discursiva que existe entre el enunciador y el destinatario. Dentro de la relación enunciador-destinatario existe un vínculo denominado *contrato de lectura* (Verón, 2004), que como lo explica María Cristina Mata “se trata de una convención, de un sobreentendido necesario para poder comunicar algo. De acuerdo con ese supuesto, el *enunciador* imagina un *destinatario* que en principio le puede entender, crear, aceptar, pero que también puede rechazar lo que dice, interrumpir el vínculo” (1993: 92-93).

Dicho *contrato* tiene que ver con las estrategias de posicionamiento del periódico y la canción, con la manera en que el enunciador (sujeto subalterno) busca garantizar la permanencia del vínculo con sus destinatarios.

Para identificar las huellas del proceso de enunciación en los discursos es necesario identificar el tipo de *contrato* que sostiene con sus lectores, así comprenderemos los vínculos que se establecen entre clases subalternas.

Por otro lado, el concepto de *lo ideológico* que recogemos para nuestro estudio, “nada tiene que ver con una noción de «deformación» u «ocultamiento» de un «real» supuesto” (Verón, 1995: 28). Verón concibe a lo ideológico como el “sistema de relaciones de un discurso (o de un tipo de discurso) con sus condiciones de producción, cuando éstas ponen en juego mecanismos de base del funcionamiento de una sociedad” (Verón, 1993: 134) y establece que, “el análisis de lo-ideológico-en los-discursos es, pues el análisis de las *huellas*, en los discursos, de las condiciones sociales de su producción” (Verón, 1993: 134).

Reconocer las *huellas* de las condiciones de producción en los discursos de la contienda política, que se analizarán en el periódico partidario y la canción popular, nos permitirán comprender las propuestas para la autoeducación de los grupos subalternos, que emanaron desde el partido y desde la concepción del cantor popular y cómo a través del discurso se construyen mecanismos para convertir a la estructura en una oportunidad para la acción, ya que los significados compartidos pueden atribuir oportunidades y amenazas en la contienda política.

La importancia de analizar la producción simbólica radica en su carácter constructor y generador. El discurso, según el autor, transforma, genera conciencia e identidad política; elementos fundamentales para la constitución del sujeto activo, según hemos revisado con Gramsci, y de la

acción colectiva, de acuerdo con la propuesta de McAdam, Tilly y Tarrow que hemos revisado en los párrafos anteriores. En definitiva, podemos afirmar que el discurso genera la conciencia política que unifica a la teoría y la práctica, elementos fundamentales, desde la filosofía de la praxis, para que exista la construcción de hegemonía.

Estado actual del conocimiento sobre el tema

Es importante señalar que no se han encontrado estudios o publicaciones en el país ni en Latinoamérica que analicen a la prensa partidaria y a la canción popular como herramientas políticas y a la vez como productos culturales para la acción colectiva.

En el 2002, bajo el sello editorial La Rosa Blindada, se publicó el libro de Natalia Vinelli denominado *ANCLA. Una experiencia de comunicación clandestina*. Se trata de un estudio sobre la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA), una práctica de comunicación alternativa desarrollada en Argentina y que, según la autora, funcionó como herramienta política de ofensiva en el marco de la resistencia de la dictadura militar de 1976-1983.

Este estudio recoge la historia de dicha Agencia y plantea a la prensa como herramienta política de *contrainformación*, analiza el funcionamiento de este medio como instrumento de combate y conceptualiza a la comunicación alternativa desde su vinculación con los procesos de cambio social.

La autora plantea a la información y la propaganda, dentro de un proyecto de cambio, como un frente de lucha, ya que cumple una doble función, por un lado, la de informar y por otro, la de organizar y educar a las masas. De ahí, se explica la estrategia organizativa de ANCLA, que incluía en su estructura a *corresponsales populares*, con el fin de devolverle la palabra al pueblo y desde ahí generar una conciencia social que consolidara la resistencia hacia la dictadura militar y la disputa por la liberación nacional.

A pesar de que ANCLA no era un órgano oficial de difusión de propaganda política, trabajaba con el propósito de romper el bloqueo informativo generado desde la dictadura y su objetivo era el de informar para la acción y la lucha. Aquí se encuentra un punto de convergencia entre la historia de ANCLA y la presente investigación, al concebir a la prensa desde su rol de organizador colectivo.

Conceptualmente existe, también, una semejanza entre la lectura de Vinelli y la de este estudio, y es que para comprender dicha práctica periodística y política es necesario acercarnos al concepto leninista de la prensa como herramienta de organización y educación. De donde deriva, también, la reflexión gramsciana de *revolución intelectual y moral*, generada desde la autoeducación de las masas, utilizada en nuestro trabajo.

La investigación sobre ANCLA se centra en una descripción del funcionamiento, organización y objetivos de la Agencia de Noticias, reconstruye hechos históricos y el rol de la prensa como instrumento político (de información, propaganda ideológica y organización social) al interior de dichas dinámicas.

Metodológicamente la investigación de Vinelli significa un aporte, en la medida en que nos permite conocer el uso de la entrevista y el testimonio como herramientas de recolección de datos, necesarias para la reconstrucción de los hechos históricos y que implementaremos en nuestro caso para reconstruir el proceso de producción del periódico y la canción popular.

Siguiendo en la línea de investigación de los medios de comunicación alternativa, nos encontramos con el texto *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*; otra publicación de Natalia Vinelli, esta vez junto a Carlos Rodríguez Esperón; que se publicó en el 2004, bajo el sello editorial Lillo/Ediciones Continente en Buenos Aires.

Los autores, docentes de la Carrera de Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, realizan una compilación de un conjunto de trabajos que reflexionan sobre el fenómeno de la comunicación alternativa y que registran una enorme variedad de experiencias relatadas por sus propios protagonistas.

El texto expresa las diversas posibilidades de existencia que tiene la denominada *comunicación alternativa* en Argentina, en soportes gráficos, tales como publicaciones mensuales, revistas, hojas impresas, o en la radio, la televisión, el video e Internet.

En esta investigación Vinelli y Rodríguez presentan una interpretación de las diferentes formas de entender 'lo alternativo', principalmente asociándolo con proyectos políticos más amplios, de cambio social, dentro de los cuales se entiende la práctica de comunicación a la que denomi-

nan contraformacional. La investigación es un aporte desde la aclaración conceptual que realiza sobre la comunicación alternativa, identificándola siempre unida a un proyecto de transformación radical de la sociedad.

Siguiendo la pista a los trabajos de Vinelli, se encontró un artículo de su autoría en Internet denominado *Prensa piquetera. Una entrada al periodismo político desde los movimientos sociales*, que es el avance de una investigación sobre Comunicación y Movimientos Sociales; donde hace un acercamiento más puntual sobre la prensa partidaria, que es oportuno resaltar. Presenta a la prensa partidaria como uno de los formatos más cuestionados por su *rigidez, centralismo y verticalidad* pero, a la vez, encuentra en la práctica de comunicación alternativa y contrainformación un punto de convergencia entre este tipo de prensa y la que se direcciona desde el partido. Vinelli resalta la importancia que ambos espacios le otorgan al rol de la prensa, desde la visión leninista, como una herramienta de organización de las fuerzas populares.

En la presente investigación, no se pretende abordar el debate sobre las diferentes características de cada tipo de prensa, ni sobre cuál es más efectiva para la lucha social, porque se parte de la premisa de que la prensa, como herramienta de organización política, responde también a unas condiciones materiales e históricas que son determinantes para su concepción, funcionamiento y proyección.

El análisis sobre el proceso de producción discursiva de la conciencia política en la prensa partidaria de los años 1976-1977 en el Ecuador, se enfocará en la búsqueda de elementos que permitan comprender su funcionamiento y reflexionar sobre su aporte como herramienta política para la construcción de una nueva hegemonía desde la subalternidad.

Por otro lado, el libro *Diario de Noticias. Los Montoneros en la Prensa Argentina*, escrito por Gabriela Esquivada en el 2004, trata sobre la compleja relación de los periodistas-intelectuales con el proceso político militar de los Montoneros²⁹ y la experiencia de ellos dentro del Diario Noticias, considerado el más importante medio de comunicación revolucionario de la década del 70 en Argentina, según manifiesta Jorge Luis Bernetti en la presentación del libro.

29 Organización guerrillera de la izquierda peronista argentina, que ejecutó la lucha armada entre 1970-1979.

La principal diferencia entre el trabajo de Esquivada y la presente investigación se encuentra en las características de los objetos de estudio de ambas tesis, ya que *Noticias*, a pesar de haber estado comprometido con las causas sociales, fue un periódico, según la autora, *independiente de información general* y no un órgano de partido, como lo es el periódico *En Marcha* (objeto de nuestra investigación). Dicha característica es la que le permite a la autora argentina realizar una comparación entre la prensa revolucionaria y la comercial.

En el caso que nos compete no puede haber comparación, porque se trata de dos tipos de prensa absolutamente distintas. La prensa masiva servirá, en el marco de la presente investigación, para identificar episodios contenciosos relevantes al interior del contexto histórico. Por su parte, del periódico partidario, nos interesa conocer su proceso de producción discursiva de la contienda política y sus criterios de interpretación sobre hechos sociales específicos.

La investigación de Pablo Pozzi, denominada *Por las Sendas Argentinas. El PRT-ERP, La Guerrilla Marxista*, publicada en el 2004 en Buenos Aires; aborda la historia del PRT-ERP a partir de las fuentes orales obtenidas de los miembros de esta agrupación guerrillera argentina. Aunque no aborde el tema de la prensa partidaria, su aporte a nuestro estudio radica en que ubica a dicha guerrilla en el marco de un análisis histórico, los identifica como un producto del proceso social argentino. Esta metodología de la investigación es la misma que se utilizará en el estudio del periódico partidario y la canción popular, para situarlos en sus contextos históricos y comprenderlos al interior de estas dinámicas.

Otro punto metodológico, similar al del estudio de Pozzi, es que ante la falta de material bibliográfico que dé cuenta de la historia y de los procesos de producción discursiva del periódico y de la militancia cotidiana, nos ha resultado imprescindible recurrir a las fuentes orales y recuperar la memoria a través del testimonio de sus creadores, es decir, de la información que ha quedado fuera de los límites de la *historia oficial*. La diferencia con este trabajo de Pozzi, es que él utiliza la técnica de la historia de vida para recopilar la información y reconstruir los hechos; en nuestro caso, se utilizará la entrevista a profundidad como técnica de recolección de datos, además de la información bibliográfica pertinente.

En el caso de la canción popular, solamente hemos podido encontrar un estudio académico, se trata de una tesis de maestría denominada *Nueva Canción: la crónica de las luchas del movimiento social ecuatoriano*, del Programa de Comunicación de la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito, del año 2003, realizada por Hernán Peralta Hidrovo. En este estudio, el autor analiza dicho género musical para adentrarse a la historia de la lucha social latinoamericana y particularmente de nuestro país.

El autor asume a la nueva canción “como la portadora de un mensaje; de una propuesta, una vivencia; un arma de lucha y movilización; un vehículo de comunicación de ideas y reflexiones sobre una realidad; un punto de vista sobre el momento histórico” (Peralta, 2003: 10) y en este sentido, coincide plenamente con el enfoque que nuestra investigación le otorga a la canción popular, como herramienta política.

La diferencia con nuestro trabajo radica en que, para Peralta:

La Nueva Canción refleja la visión ideológica de la izquierda marxista, que postula la transformación de las relaciones sociales de producción capitalistas. Se canta a los Partidos Comunista y Socialista, identificados con la clase obrera; a la lucha de clases y a los sujetos revolucionarios: trabajadores, campesinos y estudiantes. Los artistas asumen el papel de vanguardia y su arte es militante y revolucionario (Peralta, 2003: 15).

Mientras que nuestro concepto de canción popular, aunque se asemeja al de la nueva canción, por su compromiso con la lucha social, se diferencia en la medida que, al no estar limitada a la visión ideológica de la izquierda partidaria, nos permite abordar el estudio de este género musical desde otro de los enfoques que también componen los grupos subalternos, como lo es el anarquismo.

Además, nuestro trabajo se centra en el análisis del proceso de producción discursiva, lo que nos permitirá identificar las diferencias de una propuesta comunicacional que se sustenta en una estructura organizacional, como la prensa partidaria o como la nueva canción y otra que la rechaza, pero que construye distintos vínculos de identidad política con el pueblo.

Finalmente, es importante señalar que al no encontrar publicaciones, en el país y fuera de él, que aborden teóricamente el rol de la prensa partidaria y la canción popular como herramientas comunicacionales para la acción colectiva y que contengan similares características teórico-metodológicas al planteamiento de esta investigación, consideramos que este estudio aporta algunos elementos relevantes para el estudio de la temática.

CAPÍTULO .II

Aproximación socio-histórica a las décadas del setenta y ochenta en el Ecuador

A continuación se exponen algunos episodios contenciosos que caracterizaron los períodos 1976-1977 y 1984-1988, en ellos se identificarán los hechos de protesta más relevantes, así como actores y políticas de Estado que propiciaron la contienda política donde se enmarca la lucha de las clases subalternas.

La importancia de reconocer el contexto histórico radica en que, según Marx (1978), la conciencia social se explica por el ser social, en este sentido, consideramos necesario identificar el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, que condicionaron el proceso de vida social, política, cultural, etc. en la sociedad ecuatoriana durante los periodos en cuestión, para comprender la construcción de sentidos desde el partido y el cantor popular. De tal manera que el objetivo de este capítulo es contextualizar las condiciones económicas, políticas y sociales en las que se produjeron los discursos de la contienda política generados desde las clases subalternas (plasmados en el periódico partidario *En Marcha* y las canciones de Jaime Guevara), cuyo proceso de producción será analizado en los siguientes capítulos.

Ecuador: entre la bonanza petrolera y los gobiernos dictatoriales

Antes de conocer cuáles fueron los sucesos que caracterizaron específicamente los años 1976-1977, periodo de análisis de la prensa partidaria, es importante construir una mirada integral de lo que fueron los inicios de la década del setenta, ya que, significó un importante paso a la configuración del Estado capitalista y la readecuación de la sociedad política y la sociedad civil en función de sus nuevas formas de producción, las mismas que han marcado la pauta del desarrollo en nuestro país hasta hoy; pero, sobre todo, porque nos permitirá reconocer algunos aspectos de la estructura socio-económica, que antecedieron a los periodos que competen a nuestro estudio y que constituyen un vínculo de continuidad de su proceso histórico.

Como lo explicamos en el capítulo introductorio, con la llegada al poder de Velasco Ibarra en 1968, sobrevino una aguda crisis económica, política y social que desembocó en un mayoritario descontento popular y la necesidad de la burguesía de garantizar la continuidad de su hegemonía, en un momento en que la sociedad atravesaba por un periodo de transición económica, del negocio bananero al petrolero, llevó a este sector a respaldar el autogolpe de Velasco, cuando se proclamó dictador en 1970; la pugna entre las distintas fracciones de la burguesía por ganar posiciones dentro del Ejecutivo (Cueva,1998) y el constante clima de inestabilidad política, dieron paso una nueva crisis que anunciaba nuevamente la intervención de las fuerzas armadas en el escenario político.

La dictadura de Velasco era un mandato a plazo fijo, y el mecanismo previsto para designar al sucesor consistía, en principio, en respetar el resultado de las elecciones presidenciales que debían llevarse a cabo en junio de 1972. Sólo que el fantasma del populismo volvió a aparecer con toda su ambigüedad. Se trataba esta vez del caudillo Asaad Bucaram ex alcalde de Guayaquil que se perfilaba como el seguro vencedor de los futuros comicios y quien, [...] contaba con la oposición de casi todas las fuerzas políticas organizadas. [...] La izquierda lo detestaba por sus perfiles fascistoideos, pues no podía olvidar que cuando alcalde de Guayaquil había reprimido sangrientamente al movimiento estudiantil recurriendo

al lumpen de los suburbios. La derecha no le perdonaba sus arranques plebeyomoralizantes, que durante la administración municipal se habían concretado en desplantes verbales contra la oligarquía, fiscalizaciones intempestivas a tal o cual empresa y cobro riguroso de impuestos a la burguesía. En fin, la tecnoburocracia lo veía como un hombre “honesto pero rústico y desorientado”, mientras que el ejército, al que ciertamente no disgustaban aquellos arranques, temía que Bucaram se convirtiera en factor de desorden, ya que de algún modo su personalidad representaba la irrupción de masas en la vida política nacional (Cueva, 1998: 74).

Es así que, “el desplazamiento de los partidos políticos tradicionales por el populismo bucaramista y las expectativas por el control del excedente económico proveniente de las exportaciones petroleras, [fueron] algunas de las causas para el golpe militar de febrero de 1972” (Fernández, 1982: 62). De esta manera, identificamos que las transformaciones de la estructura productiva de la sociedad, determinaron el nuevo escenario de crisis política entre los diferentes sectores dominantes por controlar el Estado, cuyo rol también se reconfiguraba en función de la explotación del petróleo.

Las rentas de la producción petrolera le permitieron al Estado “convertirse en el principal agente de la reproducción y acumulación del capital y en dinamizador del empleo” (Ycaza, 1991: 239), adquiriendo mayor autonomía económica frente al sector agro-exportador, que era el principal financiador del desarrollo hasta ese momento; lo que significó un debilitamiento de los grupos agro-exportadores y terratenientes, cuando el gobierno empieza a intervenir directamente en las actividades económicas, regulando el proceso productivo de la sociedad ecuatoriana, “la explotación del petróleo obligó a que el capital extranjero negocie directamente con el Estado los términos de la concesión” (Fernández, 1982: 63).

De esta manera se modifican las relaciones de la clase dominante, desplazando el eje de dominación, como lo indica Ycaza, “desde los grupos agroexportadores terratenientes hacia los grupos industriales financieros urbanos, cuyos intereses, coincidieron con los de los sectores tradicionales de la clase dominante en el reparto del control económico y social e integrando la poderosa *burguesía monopólica u oligárquica*” (Ycaza, 1991: 248).

En el relato de los hechos históricos que se exponen a continuación, es importante resaltar el rol que jugó el Estado como soporte en el intento de construcción de la hegemonía del capital industrial, ya que generó las mejores condiciones jurídico-administrativas para la acumulación de éste, por parte de la burguesía.

Características del Golpe de Estado de 1972

Una vez depuesto Velasco Ibarra el 15 de febrero de 1972, el general Guillermo Rodríguez Lara toma el poder autoproclamándose como “un Gobierno revolucionario de clara concepción nacionalista” (*El Comercio*, 16 de febrero de 1972: 1-A), sus postulados de gobierno se resumieron en un documento denominado Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Revolucionario y Nacionalista del Ecuador, entre los que se encontraba la promesa de realizar una reforma agraria.

Dentro de este marco «filosófico» se concentrará la política petrolera nacionalista, que sin duda constituyó el aspecto más positivo del régimen de Rodríguez Lara. En efecto, casi de inmediato fueron revisados los contratos con los consorcios petroleros y se puso en marcha una nueva orientación en la materia, que en lo sustancial se tradujo en los siguientes hechos: Reversión al Estado ecuatoriano de más de 4 millones de hectáreas en la región oriental; reversión de los campos hidrocarbúricos de la Anglo-Ecuadorian Oil en la costa; reducción de las concesiones, de 40 a 20 años; adquisición por parte del Estado del 25% de los derechos y acciones de la Texaco Gulf; rescate, también para el Estado, de todas las explotaciones de gas; creación de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE); construcción de una refinería estatal en la provincia de Esmeraldas; impulso a la creación de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE); ingreso a la OPEP Organización de Países Exportadores de Petróleo, en junio de 1973 (Cueva, 1998: 76).

Fue justamente esta posición nacionalista del gobierno militar lo que incitó, según Agustín Cueva (1998), el apoyo, aunque con reparos, de la izquierda que no dejó de señalar las limitaciones del régimen en su política ni de luchar porque el proceso alcanzara etapas más avanzadas, pero por

otro lado también levantó el rechazo de la oligarquía, principalmente en lo que respecta a la reforma agraria y la estatización de la economía y del imperialismo norteamericano, que “no vio con buenos ojos la integración activa del Ecuador a la OPEP” (Cueva, 1998: 77).

El desplazamiento del poder agro-exportador dio paso a un modelo económico “desarrollista dependiente” (Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil, 1977: 28), que significó simultáneamente el fortalecimiento del sector público, pero principalmente del capital foráneo. La exportación de petróleo convirtió al Ecuador en un centro atractivo para los inversionistas extranjeros, lo cual produjo un importante incremento de la cantidad de divisas (dólares norteamericanos) en nuestra economía, pero también significó la ampliación del margen de endeudamiento externo. Las deudas externas están relacionadas directamente con los ciclos de evolución del sistema capitalista, como lo indica Alberto Acosta:

Los créditos no sólo eran atraídos teniendo como garantía de pago los ingresos petroleros, sino que existían las condiciones propias de una nueva fase de expansión financiera mundial, que es la explicación fundamental para entender el acelerado proceso de endeudamiento de esos años (Acosta, 2001: 122).

Es decir, que las deudas adquiridas por el Ecuador en nombre del ‘desarrollo’ estaban principalmente en función de las necesidades de expansión del capital financiero mundial de la época, más que de sus propias y reales necesidades. Esto explicaría el acelerado crecimiento de la deuda externa ecuatoriana en la década del setenta: “de 260,8 millones de dólares al finalizar 1971 a 5.868,2 millones de dólares cuando concluyó el año 1981” (Acosta, 2001: 122).

Los años petroleros se caracterizaron por un marcado crecimiento de la demanda interna, o sea del consumo nacional, y de la formación bruta de capital fijo, o sea de la disponibilidad de equipos, maquinarias y demás herramientas para la producción. En estos años se cristalizaron importantes obras de infraestructura, en la actividad petrolera están el Oleoducto Transecuatoriano, la Refinería Estatal de Esmeraldas, el Poliducto

Esmeraldas-Quito-Ambato, el Poliducto Shushufindi-Quito, estaciones de almacenamiento y despacho; en el ámbito de la generación eléctrica sobresalen las represas de Paute, Pisayambo y Agoyán. También habría que incluir los grandes embalses de Poza Honda y La Esperanza, posteriormente, casi 20 años después de la bonanza petrolera, se terminaría la represa Daulle-Peripa (Acosta, 2001: 126).

La riqueza petrolera permitió, sin duda, una acelerada industrialización bajo la protección estatal, lo que significó un periodo de bienestar para sectores medios de la sociedad; sin embargo, no representó un cambio sustancial en las relaciones de producción:

No cambiaron los patrones de producción dependientes del exterior, no se alteró el proceso de acumulación atado a las exportaciones de productos primarios y menos aún se transformó la estructura de la propiedad, caracterizada por niveles de elevada concentración tanto en los sectores agrario e industrial, como en el comercial y bancario (Acosta, 2001: 123).

Esta situación fraccionó aun más a la sociedad y consolidó la pobreza y marginación de amplios sectores de la misma.

De acuerdo a un estudio de la Junta de Planificación, se puede decir que el 74 por ciento de la población dispone del 20 por ciento del ingreso, mientras el uno por ciento de la cúspide de la pirámide social dispone de otro 20 por ciento del ingreso, quedando el 60 por ciento restante para el 25 por ciento de la población. De ello se deduce que el uno por ciento de la población goza de considerables recursos y fortuna que pueden proveerlo de muy altas rentas; el 25 por ciento de la población de la clase media y media-alta pueden también gozar de muchas comodidades, mientras el 74 por ciento de la ancha base de la pirámide social padece de duras condiciones de pobreza y el 60 por ciento más bajo inclusive de extrema pobreza y marginamiento (Vega y Báez, 1977: 6).

Por otro lado, el dinamismo económico de los años setentas dio paso al aumento de la clase obrera, según Iván Fernández: “el desarrollo de

la industria manufacturera y de la pequeña industria trajeron aparejado un incremento significativo de la clase obrera y de su proceso de organización gremial” (Fernández, 1982: 77), recordemos que en 1971 nace el Frente Unitario de los Trabajadores bajo la consigna de rescate de la dignidad del hombre y la sociedad, con el propósito de alcanzar la unidad de los trabajadores ecuatorianos. El fortalecimiento de los gremios otorgó a las organizaciones populares mayor capacidad de negociación con la fuerza militar.

El protagonismo del gobierno en el manejo del excedente económico producto de las exportaciones petroleras, le permitió concentrar la atención de los diferentes sectores sociales (empresarial, industrial, financiero y las clases subalternas encabezadas por los trabajadores) que pugnan por participar en la distribución de los nuevos recursos económicos.

Por otro lado, la disposición de los excedentes petroleros por parte del Gobierno, le permitió canalizar la representación política y operar como sujeto portador de la unidad y dirección políticas de la sociedad en su conjunto, al menos más claramente, durante los primeros años de Gobierno. Es decir, el Gobierno tendió a monopolizar la representación política y a concentrar atribuciones. Esta característica constituye la forma peculiar de funcionamiento estatal en este período, por lo tanto, no existieron la distribución de atribuciones y contrapesos característicos de un régimen constitucional (Martínez, 1980: 45).

Dicha concentración de atribuciones le permitió al régimen entablar relaciones directas con los diversos sectores sociales y productivos, sin intermediación partidaria, aspecto sobre el cual “se centrarán las críticas de los sectores opuestos al Gobierno -especialmente los partidos políticos- dando paso a la necesidad de establecer una mecánica representativa constitucional de representación. Este tema comenzará a predominar a raíz del debilitamiento del Gobierno del general Rodríguez Lara” (Martínez, 1980: 45). El régimen tuvo que afrontar el descontento de distintos sectores sociales, por un lado los subalternos (sectores populares, gremios de trabajadores, campesinos, la izquierda marxista, etc.), que se habían creado expectativas ante la política nacionalista y desde donde se demandaba el

cumplimiento de las propuestas contempladas en el Plan de Acción, sobre todo en lo referente al tema del agro y, por otra parte, la presión de los empresarios que exigían detener el proyecto reformista, como ya lo mencionamos en párrafos anteriores, sobre todo en lo que concierne a la reforma agraria y nacionalización de la economía.

Según Martínez, “a partir de 1974, el gobierno cederá ante las demandas empresariales y relegará sus intentos reformistas” (Martínez, 1980: 48). Como producto de ello, la anunciada reforma agraria, en la práctica, significó la implantación de una política agrícola productivista, que en nada aportó a resolver el problema del campo:

En el agro la política “revolucionaria” se circunscribió a la expedición, en octubre de 1973, de la Ley de Reforma Agraria la misma que por indecisión del Gobierno no llegó a aplicarse y que las presiones de terratenientes la reemplazarán con una política de fomento agropecuario sobre la base del desarrollo de la empresa agraria de tipo capitalista y la cooperativa de pequeños y medianos productores (Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil, 1977: 36-37).

Dicha política solo favoreció el proceso de pauperización de los campesinos minifundistas y el consecuente desplazamiento del campo a la ciudad durante aquellos años. La corriente migratoria hacia las principales ciudades Quito y Guayaquil, “donde la población migrante, en 1975, representó el 43% y el 33% respectivamente” (Fernández, 1982: 71), unida a la falta de políticas poblacionales efectivas que permitan equilibrar las oportunidades de empleo en dichos territorios, dio paso a un desequilibrio de los procesos de urbanización, que en la práctica significaron el incremento de las áreas marginales urbanas, así como de otros problemas sociales, tales como, delincuencia, insalubridad, etc. (Fernández, 1982). Así mismo, dichas condiciones abrieron paso a la conformación de un sector social denominado “subproletariado urbano o masas marginales urbanas” (Fernández, 1982: 77), que constituyeron un mayor fraccionamiento de las clases sociales.

La reacción de la burguesía, vinculada con el capital extranjero y de las transnacionales petroleras, que causaron graves perjuicios a la

economía del país, llevó al gobierno a retroceder su política nacionalista, como bien lo explica Agustín Cueva:

El gobierno de Rodríguez Lara fue objeto de un triple acoso desde la derecha, que se manifestó de manera ya articulada e inequívoca en los años 1974 y 1975. Como era de esperarse la reacción provino, en primer lugar, de parte del imperialismo: la Texaco Gulf realizó un boicot de la producción y exportación de petróleo que durante el último semestre de 1974 causó al Estado ecuatoriano una pérdida de más de cien millones de dólares, y de una magnitud similar en el primer trimestre de 1975. Sólo en abril de ese año el gobierno intentó restablecer su autoridad fijando una cuota mínima de exportación, a lo que la Texaco respondió con una suspensión casi completa de la extracción de petróleo por cerca de dos meses, hasta que el gobierno cedió reduciendo en 43 centavos de dólar el precio del barril de crudo. Este hecho sin duda marcaba un punto de inflexión en la política nacionalista y de la curva, ya declinante, en que entraba el régimen de Rodríguez Lara (Cueva, 1979).

La disminución del ingreso fiscal obstruyó la capacidad de negociación del gobierno, al no poder satisfacer las diversas demandas de las clases sociales y dio paso a que los empresarios contraigan sus inversiones con el fin de evitar la reducción de su tasa de ganancia, lo que generó la multiplicación de conflictos laborales (Martínez, 1980).

El gobierno perdió iniciativa sobre la economía al subordinarse a las exigencias del empresariado y, aún así, seguía significando un obstáculo para los intereses de la burguesía que buscaba una liberalización total del mercado, sin intervención estatal, puesto que demandaban políticas abiertas y exclusivas de fomento a la producción y de respeto a la modalidad liberal de la economía” (Martínez, 1980: 61).

La cuestión quedó en evidencia durante el segundo semestre de 1975, al promulgarse un decreto que gravaba en un 60% las importaciones de bienes no esenciales, medida con la que se esperaba producir un doble efecto: de una parte, equilibrar la balanza comercial que para entonces registraba un déficit de 160 millones de dólares, y sanear el presupuesto del Estado que estaba ya desfinanciado en más de 50 millones de dólares;

de otra parte, impulsar a la ‘burguesía nacional’ hacia una rápida sustitución de importaciones. Sólo que tal burguesía no apareció por ningún lado, como no fuese confundida con todo el bloque oligárquico, que a estas alturas conspiraba ya abiertamente contra el gobierno (Cueva, 1979).

La crisis por la que atravesaba el régimen no fue indiferente para las Fuerzas Armadas, quienes veían amenazada su institucionalidad³⁰, puesto que la figura de Rodríguez Lara ya no representaba la unidad de los militares ni de los diferentes bloques sociales (Martínez, 1980); tampoco para la clase proletaria urbana, que como contrapartida intentaba forjar un proceso de unificación de las centrales de trabajadores, que desembocaría en la primera huelga nacional unitaria.

En efecto, la constante presión de las bases obreras por alcanzar mejoras salariales, la lucha por la Reforma Agraria que provoca el surgimiento de nuevas organizaciones campesinas, la sistemática oposición a la legislación antiobrera, la defensa de la estabilidad laboral como sucedió con los huelguistas de la fábrica textil Lanafit de Quito, que fueron desalojados violentamente por la policía con el saldo de varios heridos y el fallecimiento del obrero Alfredo Pachacámac, así como el proceso de definiciones al interior de la CEOSL [Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres] y la CEDOC [Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas] contribuyen a la unidad de las matrices sindicales, que formulan una plataforma de lucha de 9 puntos en base de la cual impulsan una huelga nacional el 13 de noviembre de 1975 (Ycaza, 1991: 256-257).

De esta manera, podríamos resumir los tres acontecimientos que precipitaron la salida de Rodríguez Lara: En primer lugar, el rechazo definitivo de los empresarios a la gestión del gobierno. Segundo, el fraccionamiento al interior de las Fuerzas Armadas, cuya agudización se expresó en un fracasado intento de golpe de estado.

30 Para Martínez, “la institucionalidad es la cohesión interna de los aparatos armados que permite su propia lógica de desenvolvimiento y unidad. De esta forma es posible que las Fuerzas Armadas se constituyan en factor de poder y sujeto político” (Martínez, 1980: 55).

En efecto, el primero de septiembre de 1975 se había producido un intento de golpe de Estado, que dejó un saldo de cuarenta muertos, cuando un grupo de militares derechistas encabezados por el general Alvear asaltó el palacio de gobierno. Rodríguez Lara logró sofocar la rebelión, pero no contrarrestar el evidente deterioro de su régimen, que no hacía más que reflejar el agotamiento de un proyecto nacional reformista incapaz de llevar a la práctica muchos de sus propios planteamientos (Cueva, 1979).

Y tercero, la huelga general de trabajadores el 13 de noviembre de 1975, en la que participaron cerca de medio millón de personas.

Dicha huelga contó con la amplia participación de sindicatos industriales y del movimiento campesino. “La paralización exige que Rodríguez Lara cumpla a cabalidad su filosofía y plan de acción, recepte y atienda los planteamientos de la clase trabajadora” (Ycaza, 1991: 258). Estos procesos de lucha constituyen una muestra de cómo la configuración de la estructura de producción capitalista contribuyó a crear las condiciones objetivas para la organización de las clases subalternas.

De esta manera, la tan mencionada Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Revolucionario y Nacionalista del Ecuador, quedó congelada en la práctica, víctima de las vacilaciones y concesiones a la derecha que realizaron sus ideólogos.

El periodo de transición bajo el mando del triunvirato militar

La lucha hegemónica entre sectores de poder (comerciantes, exportadores e industriales) por garantizar el reparto del excedente petrolero, condujo a la sustitución de Rodríguez Lara, a inicios de 1976, por un Consejo Supremo de Gobierno, integrado por el vicealmirante Alfredo Poveda Burbano, el general de Brigada Guillermo Durán Arcentales y el brigadier general Luis Leoro Franco, comandantes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas.

El gobierno del triunvirato militar se caracterizó por la búsqueda de mecanismos político-jurídicos que viabilicen el retorno al régimen democrático; en el aspecto económico perpetuó la misma línea que su antecesor, en el sentido de que continuaron las concesiones al capital extranjero así como el agresivo endeudamiento externo (Ycaza, 1991), por

otro lado, recortó y limitó aún más los derechos, especialmente, de los trabajadores, a través del mantenimiento de una serie de decretos anti-obreros creados por regímenes anteriores, tales como:

El 1106, decreto velasquista que derogó la personería jurídica del Sindicato de trabajadores del IESS en retaliación a la huelga de 1971 [Marcha unitaria de trabajadores del 1° de mayo de 1971]; el 105 dictado por la Asamblea Constituyente de 1967 y por el cual se sanciona a quienes participan en huelgas con multas de S/. 1 000 a S/. 5 000 y prisiones de 2 a 5 años para sus dirigentes; el 064 que imposibilita la presentación de peticiones que modifiquen contratos colectivos o actas vigentes; el 1305 y el 717 cuya derogatoria fue uno de los puntos contemplados en el Manifiesto de los Trabajadores en noviembre de 1975; la suspensión de hecho del Artículo 467 del Código de Trabajo, las reformas al Código Laboral como aquella de la jubilación a los 60 años de edad; la declaración oficial (al finalizar el año) de mantener congelados sueldos y salarios en momentos en que la inflación creció a la tasa del 13,4% (Guayaquil) desde diciembre de 1975 en que se efectuó el último reajuste en los sueldos y salarios; la prohibición para efectuar reuniones sin permiso previo, así como la dura y a veces sangrienta represión para las ocupaciones de tierras, etc. (Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil, 1977: 122).

Todo esto acompañado de una abierta política represiva en contra de este sector, que se manifiesta en la ratificación de “la segunda Ley de Seguridad Nacional que autoriza la militarización de la sociedad ‘para mantener el orden público contra acciones subversivas tales como motines, paros y huelgas ilegales’” (Ycaza, 1991: 260). Como afirma Agustín Cueva: “quizá pueda parecer contradictoria esta política, que por un lado parecía abrir el juego democrático y por otro acentuaba considerablemente la represión, pero en realidad no había tal contradicción: se trataba de dejar la casa en orden para ahorrar molestias a los futuros ocupantes” (Cueva, 1979).

La economía, durante el triunvirato, se caracterizó por el entreguismo a la clase dominante, su dinámica estaba en función de las inversiones extranjeras y del mercado; como vimos anteriormente, no sólo que no se cumplió con la Reforma Agraria, sino que a nombre de fomentar

la agricultura y la producción industrial, el régimen adoptó una serie de medidas compensatorias para este poderoso sector, las mismas que “consistían en eliminar impuestos, conceder millonarios créditos a través de los bancos del Estado, autorizar la elevación de precios de los artículos agrícolas e industriales, facultar la revalorización de los activos fijos de las empresas, con lo que se hacía crecer los costos de producción, etc., etc.” (Granda, 1979: 97).

Dichas medidas tuvieron un efecto positivo en la acumulación del capital de la clase dominante, concentrada en los sectores industrial y bancario, tal como lo evidenciaba una noticia de un diario capitalino: “El ritmo de crecimiento experimentado por la industria ecuatoriana en la última década, ha determinado una tasa superior al 8 por ciento anual, encontrándose entre los más altos de Latinoamérica, señaló el Director Ejecutivo encargado del Centro de Desarrollo Industrial del Ecuador (CENDES) economista Carlos Bañomera” (*El Comercio*, 12 de junio de 1976: 3-A).

A medida que el régimen cedía a las presiones e intereses de los sectores oligárquicos, se incrementaba su dependencia hacia ellos, a tal punto que los ingresos petroleros, en su mayoría, fueron destinados a satisfacer las necesidades de dicha clase en particular; para ello no se dudó en recurrir, reiteradamente, al método del endeudamiento.

Por otro lado, la creciente riqueza de unos pocos, entre los que se pueden mencionar también a determinados sectores medios, resultaba chocante y hasta insultante en relación a las necesidades insatisfechas del resto, en medio de un consumismo que exacerbaba las diferencias económicas y que invitaba a participar de un festín que en realidad favorecía a un grupo relativamente reducido de elegidos (Acosta, 2001: 130).

Mientras que la riqueza obtenida de la explotación petrolera beneficiaba a unos pocos, las necesidades de la mayoría de la población se cubrían con mayor endeudamiento externo. Según Granda, “las obras de infraestructura más importantes que se iniciaron en este periodo dependen del financiamiento internacional. El país llega así a adquirir una deuda externa fabulosa, que sobrepasa los 5.000 millones de dólares” (Granda, 1979: 98).

En otro ámbito, la convocatoria oficial a un ‘diálogo político’ obligó a la rearticulación de los diferentes sectores sociales, con el fin de encontrar un retorno ‘constitucional’ al sistema democrático. Tras ocho reuniones con partidos y gremios, se delinearon tres posiciones, según Martínez (1980: 79): desde los partidos tradicionales³¹ y el empresariado se propuso la convocatoria de una Asamblea Constituyente o la implementación de mecanismos directos como la entrega del poder a un civil, este sector planteó el nombre de León Febres Cordero, quien entonces era Presidente de la Cámara de Industrias de Guayaquil, como candidato; los partidos demócrata cristiano e Izquierda Democrática plantearon un Plan de Retorno por etapas, con cambios en la Constitución y el impedimento de acceder al poder a ex presidentes y caudillos; y, la posición “expresada básicamente por los partidos de la izquierda marxista y las organizaciones populares de diverso género, que ven la necesidad del cumplimiento prioritario del plan de reformas del gobierno del general Rodríguez Lara. Tarea vista como previa a cualquier proceso de restauración del régimen democrático” (Martínez, 1980: 79-80).

En este punto es importante hacer un paréntesis para aclarar que Martínez no incluye dentro de la posición de los partidos de *izquierda marxista* la lectura política que sostenía el sector denominado marxista-leninista³², que planteaba como salida a la crisis política la entrega del poder al pueblo ecuatoriano, mediante la constitución de una Asamblea Popular (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976) y que se mantuvo, más bien, crítico del proceso de retorno por la vía constitucional que proponía el gobierno. Las diversas posiciones que se manifestaron frente al llamado al diálogo político, nos indican que nos encontrábamos ante una clase proletaria heterogénea, cuya lucha política no estuvo exenta de divisiones y contradicciones internas y que por ende, construyó en medio de la contienda, no uno, sino varios sentidos desde el discurso; como el que recogemos en nuestro estudio, donde se propone una lectura independiente, en la medida en que se mantuvo al margen de la posición mayoritaria de la izquierda que entró en la dinámica de retorno propuesta por el régimen militar.

31 Nos referimos a los partidos conservadores y liberales, caracterizados por su negativa a la participación popular en la política.

32 Representado en el Partido Comunista Marxista Leninista-PCMLE.

Continuando, ante un diálogo ausente de consensos, el gobierno presentó el Plan de Reestructuración Jurídica del Estado³³, donde intentó reconciliar las extremas posiciones de las distintas clases sociales.

De la propuesta de los partidos tradicionales se recogió la perspectiva de entrega del poder a los civiles y el restablecimiento del régimen democrático. De las exigencias de los sectores populares organizados se recogió su espíritu de reforma pero orientado ahora, hacia una reforma de carácter político. De esta forma, el Plan de Reestructuración se convirtió en un instrumento de dirección política ya que condensaba, en el corto plazo, demandas contradictorias existentes en la escena política; por un lado, la exigencia popular por una participación efectiva en la sociedad y por una democratización sustantiva de ella fue canalizada a través de la oferta de reforma; por otro, las demandas de una democratización formal planteadas por los partidos tradicionales y por los gremios empresariales se canalizó a través de la oferta de entrega del poder a los civiles (Martínez, 1980: 83-84).

Este fallido intento desembocó en la renuncia del entonces Ministro de Gobierno Coronel Richelieu Levoyer y la posesión del Coronel Bolívar Jarrín Cahueñas en dicha cartera, representante de la tendencia derechista de las Fuerzas Armadas.

Es de destacar el contraste existente entre las declaraciones públicas de los ministros Levoyer y Jarrín. El primero, insistió en defender posiciones en contra de los políticos tradicionales y resaltó el significado que el proceso político bajo su responsabilidad, tenía para los sectores populares. En cambio el Ministro Jarrín resaltó la necesidad de salvaguardar la 'paz y el orden' en el país; se definió en contra de la "subversión"; e hizo uso de la Ley de Seguridad Nacional (Martínez, 1980: 86-87).

Es importante señalar que dicha Ley de Seguridad Nacional estaba destinada principalmente a la represión "en caso de conmoción interna o sub-

33 El Plan de Reestructuración Jurídica del Estado pretendía convocar a un referéndum para aprobar la adopción de la Constitución de 1945 con algunas reformas o emprender un proyecto de nueva Constitución.

versión” (Granda, 1979: 99). De esta manera, Jarrín inició un diálogo con los partidos tradicionales para consensuar una entrega del poder y, como estrategia para no llevar a cabo el Plan diseñado por Levoyer y justificar sus intereses, se promovió “un ambiente político poco propicio a la realización del Plan a través de una serie de actos de provocación en contra de diversos sectores” (Martínez, 1980: 88). Así, la pugna por controlar el denominado *festín* petrolero condujo al incremento de la represión para detener la inevitable movilización social.

La iniciativa del gobierno de otorgar mayor participación política a los partidos tradicionales en el proceso de retorno al orden constitucional que impulsaba, desencadenó un progresivo desplazamiento de los gremios de trabajadores y de sus demandas del escenario político. “Es decir, las demandas obreras no tuvieron un contexto político propicio que las proyectaran, como condensadoras de las demandas del conjunto de los sectores populares” (Martínez, 1980: 139).

A pesar de dicho desplazamiento y motivada por diversas políticas anti-obreras como el congelamiento de sueldos y salarios en medio de un proceso inflacionario que deterioró progresivamente las condiciones de vida de los trabajadores (Martínez, 1980), las demandas populares (las mismas que ya habían sido planteadas en la primera huelga del 13 de noviembre de 1975, pero que no habían recibido atención por el gobierno) irrumpieron el escenario político a través de la segunda huelga nacional que se realizó el 18 de mayo de 1977, con la participación de la CEDOC [Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas], CTE [Confederación de Trabajadores del Ecuador] y CEOSL [Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres] (Ycaza, 1991). También es importante señalar que:

Simultáneamente con la huelga de trabajadores del 18 de mayo de 1977, la Unión Nacional de Educadores (UNE), declara paro indefinido de actividades, en solicitud de la expedición de la Ley de Educación y Cultura, mayor presupuesto para la educación y nivelación de sueldos de pre-primaria y primaria con los de secundaria, etc. (El Comercio 18 de mayo de 1977). El gobierno respondió con la ilegalización de la UNE en los últimos días de mayo, el 14 de junio el paro se suspende. Sin

embargo, algunos dirigentes son sentenciados a dos años de prisión, (El Comercio 25 de mayo de 1977), motivo por el cual, durante los meses posteriores seguirán las demandas por la liberación de los dirigentes y la legalización de la UNE (Martínez, 1980: 142).

Dicha movilización no alcanzó la trascendencia que tuvo la primera debido a la suma de múltiples factores; según Ycaza: “la huelga se realizó en medio de la polarización de posiciones de las dirigencias sindicales en torno al ‘retorno constitucional’ y a la sanción del decreto 1475 que, desconociendo la jerarquía judicial mediante acciones sumarias, instituye la prisión para los dirigentes provinciales y nacionales que participan en la paralización” (Ycaza, 1991:261), aquel escenario trajo como consecuencia una ausencia de dirección, de acuerdos y de planteamientos unitarios definidos en torno al tema del retorno, que llevaron al fraccionamiento de dichas centrales sindicales, a pesar de los esfuerzos por conformar canales de representación política, como lo fue la formación del Frente Amplio de Izquierda (FADI), “que aglutinó al partido Comunista, al Socialismo Revolucionario, Movimiento Segunda Independencia, Comité del Pueblo entre otros partidos de orientación marxista” (Martínez, 1980:141).

El peso del paulatino deterioro económico fue trasladado a los sectores populares en el afán gubernamental por preservar las economías privadas y los financiamientos estatales aún a través de un progresivo endeudamiento externo entonces iniciado. Los militares gobernantes desplegaron una abierta política contra las organizaciones laborales y el movimiento de los trabajadores, campesinos y clases medias, cuyas públicas protestas fueron sistemáticamente reprimidas (Paz y Miño, 1988: 60).

El país estaba convulsionado, en medio de la crisis económica que golpeaba a las clases subalternas, las huelgas y movilizaciones de los trabajadores no cesaron, así como tampoco el abuso de poder por parte del gobierno y las persecuciones a dirigentes sindicales y campesinos. La represión encontró su expresión máxima en la masacre de los trabajadores de AZTRA el 18 de octubre de 1977.

La matanza de los obreros.

Para 1977, la Compañía Azucarera Tropical Americana S.A. - AZTRA pertenecía al Estado ecuatoriano y atravesaba por una aguda crisis de desfinanciamiento, producida por las diversas administraciones que habían hecho de esta empresa un botín político (Albornoz, 1983).

Los trabajadores emprendieron una larga lucha y agotaron todos los intentos de diálogo con el Directorio de la empresa, para exigir que se respete el cumplimiento de algunos compromisos laborales:

El Comité de Empresa de los trabajadores permanentemente reclamó el 20 por ciento del incremento de ingresos que constaba en el segundo contrato colectivo suscrito por las partes. Sin embargo, la empresa violando lo acordado, se negó a cumplir el compromiso, lo que motivaría a mediados de noviembre de 1976, una huelga que resultó exitosa. Nuevamente en agosto de 1977 la dictadura elevó el precio del azúcar. En septiembre el Comité de Empresa presentó un nuevo pliego petitorio exigiendo que se cumpla lo convenido. Pero esta vez la empresa estaba dispuesta a violar, a cualquier precio, el convenio colectivo. Para ello contaba con la eficaz colaboración del Ministro de Gobierno, general Bolívar Jarrín Cahueñas, quién amenazó a los trabajadores de AZTRA, según testimonio de sus dirigentes, con “implantar la pena de muerte para mantener el orden y la paz ciudadana” (Ycaza, 1991: 264).

Pese a la reiterada negativa de la empresa, del convenio que su presidente (el entonces coronel Jesús Reyes Quintanilla) hiciera con la policía para que un pelotón especial custodie el ingenio azucarero y tras varias Asambleas, los trabajadores se declararon en huelga el 18 de octubre de 1977.

Aquel día, los trabajadores se tomaron la fábrica:

Luego de bloquear el acceso principal al Ingenio, organizaron a todo el personal para garantizar el éxito de la medida adoptada. La mínima experiencia sindical imponía una organización para evitar excesos descontrolados de algunos trabajadores. Se conformaron comisiones, turnos de vigilancia; se ubicó un altoparlante para entregar informaciones oficiales, recibir visitas de dirigentes de otras organizaciones y escuchar adhesiones

verbales o escritas; se realizaron exposiciones detenidas de las razones del conflicto, de la legalidad de la huelga y se impartieron medidas para evitar provocaciones de la policía que se encontraba al interior y a la que de común acuerdo, luego de deliberaciones entre dirigentes y oficiales, se le encomendó la vigilancia de las instalaciones fabriles del Ingenio mientras todos los huelguistas se mantenían en el lugar en el que se encuentra ubicada la báscula con la que se pesa por toneladas la caña (Granda, 1979:127-128).

200 policías de la Escuela Las Peñas se dirigieron al ingenio azucarero y cercaron el lugar, la tensión entre gendarmes y trabajadores fue subiendo de tono con el pasar de las horas, hasta que dieron las seis de la tarde y se produjo el criminal desalojo:

Los trabajadores que se encontraban en ese momento merendando, se vieron sorpresivamente rodeados por la policía y “desde un megáfono escuchan el ultimátum lanzado por el Teniente Viteri, que les concede dos minutos para que abandonen el lugar (ese momento entre hombres, mujeres y niños habían en ese lugar más de tres mil personas)” (Granda, 1979: 135).

Luego de recibir la autorización del general Guillermo Durán Arcentales, miembro del Consejo Supremo de Gobierno, las fuerzas represivas conminan a miles de trabajadores azucareros, con sus mujeres e hijos, a que abandonen las instalaciones de la empresa por una puerta de 1.50 metros de ancho, concediéndoles apenas dos minutos. De inmediato en una acción meditada y perfectamente planificada más de 200 policías fuertemente armados proceden al desalojo. Acción que se cumplió invocando en primer lugar la ley de Seguridad Nacional. Cien trabajadores salvajemente asesinados -veinticinco según las cifras oficiales- fue el saldo de la genocida acción. Para esconder los cadáveres en los calderos del ingenio se incineraron los cuerpos. (Ycaza, 1991: 265).

La masacre levantó voces de protesta tanto a nivel nacional como internacional, sobre todo desde las centrales de trabajadores, que declararon inmediatamente duelo nacional del movimiento sindical y “durante varias semanas realizaron multitudinarias manifestaciones obreras y estudiantiles

en las principales ciudades del país y del mundo condenando a los autores del hecho criminal” (Granda, 1979: 149).

Ante el masivo rechazo popular que generó la masacre, el gobierno intentó justificar su accionar culpabilizando a los trabajadores, en una publicación de prensa manifestaba: “La tragedia ocurrida para dolor del gobierno y de todos los ecuatorianos se debe, a la actitud irresponsable de dirigentes de extrema izquierda que incentivaron, agitaron e inclusive cerraron armados el paso a la retirada de los compatriotas nuestros que por esta causa fallecieron en forma trágica y lamentable” (*El Comercio*, 26 de octubre de 1977: 1-A).

Pero los intentos del régimen por limpiar su imagen fueron inútiles, la pérdida de legitimidad ante el pueblo fue definitiva, a su carácter represivo se sumaba su política económica antipopular, tal como se analizará en el siguiente capítulo. A pesar de ello, el régimen continuó cometiendo arbitrariedades como despidos intempestivos, encarcelamientos y persecuciones contra los trabajadores y sus dirigentes.

“Los sucesos de AZTRA se convirtieron en un factor que provocó el aislamiento momentáneo del gobierno, el cual logró recuperar respaldo a su gestión sólo a través de reafirmar su decisión de proceder a la entrega del poder a un civil en el marco del procedimiento -el plan establecido por él mismo” (Martínez, 1980: 153). De esta manera, se reorganizó el escenario político; durante 1978 y 1979 toda la coyuntura giró en torno al traspaso del poder por parte de los militares y el retorno al llamado ‘orden democrático’. Para efectos de esta investigación, es necesario remitirnos principalmente a los sucesos contenciosos de los años 1976 y 1977 que reflejaron una parte importante de la lucha política de las clases subalternas de nuestro país.

Hemos podido evidenciar, hasta este punto, que la expansión y afirmación del capitalismo en el Ecuador durante los años setenta, no sólo integró rápidamente nuestra economía al mercado mundial, sino que permitió el crecimiento de la clase obrera, desde luego, dentro de los límites de la relación capital-trabajo asalariado, es decir, en función de combatir la explotación de los trabajadores y la dominación del capitalista.

A continuación, daremos cuenta de algunos episodios contenciosos durante el periodo 1984-1988, donde las clases subalternas pro-

tagonizaron una intensa lucha en rechazo de la instauración del régimen neoliberal, un escenario del cual formó parte la canción popular como instrumento de agitación política, tal como lo veremos en el cuarto capítulo.

Lucha contra el neoliberalismo y el autoritarismo de Estado

El 10 de agosto de 1984, con la oferta de ‘pan, techo y empleo’, alcanza la presidencia de la república León Febres Cordero, representante de la élite empresarial del país y miembro del mayor grupo económico, Noboa. Por primera vez, la derecha ecuatoriana agrupada en el Frente de Reconstrucción Nacional³⁴ llega al poder por medio de elecciones.

Durante los gobiernos de Rodríguez Lara y del Triunvirato militar el Estado fue el soporte para la construcción hegemónica del capital industrial. Para 1984, la denominada intervención estatal resultaba asfixiante para los intereses de expansión de los grupos de poder económico, por ello Febres Cordero instauró una relación más directa entre el Estado y los empresarios, rechazando las políticas de gobierno de sus antecesores, acusándolos de haber instaurado un Estado ineficiente, a través de la ideología y de los partidos políticos.

De esta manera, Febres Cordero dice levantar un proyecto de derecha libre de ideologías, tal como lo explica Montúfar.

Las elecciones de 1984 fueron interpretadas por los grupos de derecha como una batalla en contra de los partidos e ideologías políticas que desde el poder habían usurpado su proyecto de modernización, orientándolo hacia políticas anti empresariales y anti producción. Estas elecciones, por tanto, implicaron una lucha por despartidizar y desideologizar el Estado ecuatoriano, y porque su poder se vincule nuevamente a las aspiraciones de los sectores económicos privados, o en otras palabras, regrese a sus detentadores “naturales” (Montúfar, 2000: 59).

El gobierno de los empresarios instauró una política anti-estatista destinada a promover la producción del sector privado. Para Febres Cordero la intervención del Estado era la principal causa de crisis económica y un

34 El Frente de Reconstrucción Nacional, surge de la alianza derechista entre los partidos: Social Cristiano, Liberal, Conservador, Velasquista, Nacionalista Revolucionario, Coalición Institucionalista Democrática, entre otros.

estorbo para la democracia, es decir, desde la visión del régimen neoliberal, “todo lo que obstaculizara la libertad económica también amenazaría el sistema democrático” (Montúfar, 2000: 68).

“Para Febres Cordero, los sectores empresariales y sus organizaciones gremiales no sólo eran el grupo más importante en el país, sino su sector dirigente. En ese sentido, los intereses y necesidades de los mismos eran idénticos a los intereses y necesidades generales de la nación” (Montúfar, 2000: 71). Y, no sólo había una reducción de los intereses nacionales a los del sector empresarial, sino que, según veremos, el Estado, como tal, fue concebido y manejado como una empresa³⁵.

Bajo las políticas de la economía de mercado, las medidas de ajuste adoptadas por el régimen significaron el deterioro de las condiciones de vida de las clases subalternas: “devaluó la moneda, puso a flotar las tasas de cambio y de interés, eliminó los subsidios de algunos productos [alza de los combustibles y del transporte público], entregó grandes extensiones de tierra a camaroneros y palmicultores, entre otras medidas” (Comisión de la Verdad, 2010: 29).

Sin duda, la nueva política desató el malestar popular, el régimen tuvo que enfrentar siete huelgas nacionales durante su mandato, las mismas que detallaremos más adelante y, ante su falta de capacidad persuasiva, dio rienda suelta a prácticas autoritarias, como las que menciona el informe de la Comisión de la Verdad:

A nombre de la seguridad nacional, organismos de inteligencia de la Policía y las Fuerzas Armadas realizaron un trabajo ilegal de vigilancia, identificación, fichaje y persecución de los supuestos enemigos del Estado: sindicalistas, militantes de partidos, religiosos e intelectuales que no estaban imputados por ningún delito. Se trató de una persecución de carácter ideológico: se los persiguió por tener ideas de izquierda (Comisión de la Verdad, 2010: 31).

Es así que los militares y policías entraron a formar parte del proyecto de derecha y, conjuntamente con el gobierno y los empresarios, entablaron

35 “Febres-Cordero dirige al país como si fuera su propia empresa”, titular del periódico de centro derecha *The Christian Science Monitor* de Boston, publicado en el diario *Hoy* del 6 de julio de 1986, página 5-A.

una relación de confrontación con los sectores opositores. Febres Cordero calificó de antipatrias a todo aquel que no se identificara con el ámbito económico o que representara intereses contrarios o ajenos al empresarial.

Como era de esperar, el ejercicio administrativo del gobierno se caracterizó por la permanente transgresión de las normas constitucionales en materia de derechos humanos. Las garantías constitucionales violadas con las detenciones arbitrarias, las incomunicaciones prolongadas, el empleo de la tortura y de procedimientos degradantes, las agresiones físicas y psicológicas, la represión en los conflictos colectivos, la censura y destrucción a medios de comunicación social e incluso de desconocimiento del derecho a la vida y de casos comprobados de personas desaparecidas, fueron pruebas irrefutables de la institucionalización de la violencia y del autoritarismo estatal. (Ycaza, 1991: 293).

En 1985, con la excusa de combatir la delincuencia, el gobierno puso en marcha los denominados escuadrones volantes, grupos especiales de la policía fuertemente armados que aterrorizaron a la ciudadanía a nivel nacional, cometiendo una serie de arbitrariedades y violaciones a los derechos humanos.

Para reprimir a los movimientos sociales, el gobierno creó, con el apoyo de la empresa privada, los escuadrones volantes: grupos especiales de policías equipados con sistemas de comunicación y armas modernas que actuaban las veinticuatro horas del día. Los escuadrones volantes y grupos de choque afines al gobierno reprimieron manifestaciones estudiantiles, huelgas obreras y la toma u ocupación de tierras o instalaciones. Estos grupos fueron responsables de numerosas violaciones de los derechos humanos (Comisión de la Verdad, 2010: 31).

En la práctica, dichos grupos sirvieron para montar una cortina de humo que pretendía ocultar el terror implantado. Tal como lo atestigua un ex-integrante de dicho escuadrón:

De todos estos capturados, no exagero al afirmar que el 95% era gente inocente, pues los verdaderos ladrones no caen tan

fácilmente. Pero como la consigna era llevar detenidos a toda costa, para que la ciudadanía y prensa se den cuenta de la eficacia de los Escuadrones Volantes, se seguía con tal procedimiento. Así, las autoridades sacaban pecho del eficaz trabajo que se estaba llevando a cabo y del grupo especial que habían formado. Se está erradicando la delincuencia decían esas autoridades, lejos de la realidad y ocultando muchos vejámenes y atropellos (España, 1996a: 48).

A la permanente confrontación con los sectores opositores de su proyecto político, se suma otra característica al régimen, su abierta alineación con los Estados Unidos y con la ideología anticomunista: “El presidente Febres Cordero siguiendo políticas económicas conservadoras se ha ganado el favor de los Bancos de los Estados Unidos y con una línea dura en relación a Nicaragua ha contentado a Washington” (*Hoy*, 29 de marzo de 1986: 5-A).

El gobierno ecuatoriano aliado con la administración Reagan, apoyó abiertamente a la *contra* nicaragüense, algunos titulares de prensa dan cuenta de esta posición: “Febres Cordero apoya ayuda a ‘contras’” (*Hoy*, 20 de marzo de 1986: 11-A), “Anti sandinistas dieron bienvenida a Febres Cordero” (*Hoy*, 11 de mayo de 1986: 1-A), a cambio el Ejecutivo recibía informes favorables del Departamento de Estado norteamericano, donde se afirmaba que la situación de los derechos humanos en el país era normal: “Informe favorable a Ecuador” (*Hoy*, 20 de noviembre de 1987: 12-A). Pero, el gobierno no sólo recibió el respaldo de los Estados Unidos, sino también la bendición del Vaticano: “Papa condecora a LFC. Recibió la Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno” (*Hoy*, 3 de agosto de 1988: 1-A).

Mientras tanto, el escuadrón volante no tardó en ampliar su lista de perseguidos, la delincuencia ya no era el único problema que incomodaba al gobierno y se hacía urgente la puesta en marcha de nuevas fuerzas especiales de la policía, para que combatan a los denominados *subversivos*³⁶.

36 “El subversivo era una persona muy mala. Puede matar a tu madre y a él no le importa. Y antes de que mate a tu madre tienes que matarlo tú” (Entrevista a Hugo España en la Revista *Vistazo* del 29 de agosto de 1996b, página 9).

La organización Alfaro Vive Carajo (AVC) surge a inicios de 1983, bajo los preceptos ideológicos alfaristas, demócratas, nacionalistas y bolivarianos, como resultado de la unión de grupos de izquierda urbanos, que venían desarrollándose con miras a constituirse en organizaciones político-militares [entre ellos el Movimiento de Izquierda Revolucionaria – MIR al que pertenecían líderes colegiales como Fausto Basantes y Ricardo Merino y núcleos estudiantiles como ‘Los Chapulos’, dirigido por Arturo Jarrín, que operaban en la zona campesina de la provincia de Esmeraldas, ‘Los Nostálgicos’ un grupo con experiencia político-militar que operó en la costa en los años 70, entre otros sujetos particulares] (Villamizar, 1990). El programa de gobierno de los AVC se hizo público luego de la toma del diario Hoy, en un operativo de propaganda ideológica y que se resumía en tres puntos: “nacionalismo, justicia social y democracia” (Villamizar, 1990: 151).

Durante el gobierno de León Febres Cordero, la organización Alfaro Vive Carajo (AVC) realizó varias acciones de propaganda armada (tomas de medios de comunicación, graffitis en las paredes, sustracción de la espada y de un busto de Alfaro, entre otras) y utilizó como método de financiamiento asaltos a bancos y empresas. Además, secuestró al banquero Nahim Isaías [caso que detallaremos más adelante] (Comisión de la Verdad, 2010: 32).

De igual manera, el grupo armado Montoneros Patria Libre (MPL) aparece en la escena política en 1986 con la toma del Templo de la Patria en la Cima de la Libertad de Quito, según un comunicado emitido en aquel tiempo por el grupo, su propuesta política planteaba la conformación de un Gran Movimiento Patriótico por la Democracia y la Dignidad Nacional (Villamizar, 1990) con el fin de acabar con el autoritarismo del gobierno. Su modo de operación no se distanció del ya señalado en el caso de AVC.

El surgimiento de agrupaciones político-militares como Alfaro Vive Carajo y Montoneros Patria Libre, sirvió de justificación al régimen para implantar políticas aún más represivas y de persecución política contra los que él denominó ‘terroristas’.

Siguiendo las directrices de la política de Reagan intentó identificar sin pruebas a la “subversión” con el narcotráfico. La ficticia “narcoguerrilla” se convirtió en el sustento ideológico

y propagandístico para contener la protesta popular contra el modelo económico neoliberal y el rechazo al autoritarismo estatal impuesto, todo en medio de una nueva “pugna de poderes” calificada por los voceros gubernamentales de “oposición sectaria” (Ycaza, 1991: 289).

El estigma de los sectores de izquierda dio paso a una intensa campaña propagandística, según el testimonio de Jaime Guevara³⁷ se publicaban en la televisión las fotos de los integrantes o supuestos miembros de AVC junto a titulares como ‘Basta de Bestias’ y atribuyéndoles una serie de delitos. En una publicación de prensa los entonces ministros de Gobierno, Luis Robles Plaza y de Defensa, Luis Piñeiros, decían “En el Ecuador no existe guerrilla, sino una escalada delictiva” (*Hoy*, 21 de enero de 1986: 1-A).

“Con la subversión no se negocia”

Aquella fue una de las frases pronunciadas por Febres Cordero, cuando se produjo el secuestro del banquero Nahím Isaías, en agosto de 1985, por miembros del AVC y del Movimiento 19 de abril (M-19), grupo armado colombiano: “AVC y M-19 se plantean realizar una acción que les sirva económicamente a ambas organizaciones (...) y que a su vez sirva para estrechar los lazos entre [ellas]” (Villamizar, 1990: 164). Según Diego Pérez, un ex militante de AVC, el contenido político de la acción fue:

Se quería [...] mostrar quiénes gobiernan el país, quienes lo manejan en términos económicos, cuál es su calidad moral y humana. Había una serie de reivindicaciones de carácter económico y político para el pueblo. Exigirle al grupo Isaías –como segundo grupo económico del país– que regrese al pueblo parte de lo que le ha quitado, con obras de carácter social en Guayaquil, en el suburbio, escuelas, salud. De otra parte desenmascarar a la oligarquía que está en el poder, toda su propuesta fascista, su proyecto neoliberal (Diego Pérez) (Villamizar, 1990: 164).

En la práctica, dicho secuestro significó la condena a muerte del empresario y sus captores, ya que según el testimonio de Hugo España (policía que estuvo presente en el operativo) aunque los guerrilleros y el secuestrado

37 El testimonio sobre este tema se recoge en el capítulo cuatro.

manifestaron que querían negociar el rescate, dicha salida no fue aceptada y se dio la orden de ingresar a la casa donde se encontraba el retenido, tal como se afirma en la entrevista que dio al periodista Rolando Panchana.

[Panchana:] ¿De quién fue la orden de que nadie salga vivo?
[España:] La orden la dio el ingeniero León Febres Cordero para que se termine con esa situación. Él no quería negociar con ningún subversivo y dio la orden de que se acabe con todo [...] Nosotros lo que hicimos fue cumplir órdenes. (España, 1996b: 10).

Luego de hacer estallar la puerta de entrada de la vivienda: “fueron las balas disparadas por los oficiales y militares que entraron junto a nosotros, las que mortalmente hirieron al banquero Nahím Isaías Barquet, quién se encontraba detrás de la puerta principal de ingreso a la casa, amarrado a una silla” (España, 1996a: 57). Según la narración del ex agente, ningún integrante de la guerrilla sobrevivió, todos fueron masacrados por la policía, aún después de haberse rendido y de comprobar que sus pistolas no tenían balas.

El caso Isaías fue uno de los más sonados durante el gobierno de Febres Cordero, por tratarse de la muerte de una figura económicamente poderosa, pero no fue el único ni el más cruel de los asesinatos ocurridos durante el periodo 1984-1988. El gobierno, continuó organizando a la policía en grupos ‘especiales’ clandestinos, otro ejemplo de ellos fue el denominado SIC-10 (Servicio de Investigación Criminal), el mismo que “tenía varias ramificaciones en las ciudades del país, y se encargó de eliminar subversivos y aporrear opositores políticos de aquel periodo” (España, 1996a: 52).

Todas las órdenes al SIC-10 exactamente se recibían del despacho del Ministro de Gobierno, en ese entonces el Lic. Luis Robles Plaza, desde donde se disponía el pago económico a los miembros del SIC-10 por cada subversivo muerto y cuyas fotografías eran lanzadas en el escritorio por el propio Lic. Robles para que procediéramos a hacer lo nuestro (España, 1996a: 81).

Tras las denuncias presentadas por familiares de los presos políticos ante los organismos de Derechos Humanos, salieron a la luz los abusos del SIC-10 o también llamados “escuadrones de la muerte” y a pesar de que las autoridades decidieron, ante los escándalos, cambiar el nombre de dicho grupo por el de UIES (Unidad de Investigaciones Especiales), las atrocidades fueron incesantes durante todo el periodo de gobierno.

A esto se agregó el apaleamiento de legisladores de la oposición (Jorge Moreno del MPD, sufrió la voladura de su vehículo y Diego Delgado del PSE [Partido Socialista Ecuatoriano] fue salvajemente golpeado), la impunidad con la que actuaron grupos paramilitares como la llamada Cooperativa Jaime Roldós que “ajustició” a más de 20 pobladores³⁸ y las permanentes violaciones de los derechos civiles y políticos cometidos por la “fuerza del orden” desde 1984. Abusos que significaron el que Amnistía Internacional incluya al Ecuador en la “lista negra” de los países donde se violan los derechos humanos (Ycaza, 1991: 298-299).

Las desapariciones forzadas eran una constante: “En julio de 1986 desaparecieron 5 personas: Consuelo Benavidez, Manuel Bolaños, Luis Vaca, Jaime Otavalo y Víctor Yáñez, según la CEDHU [Comisión Ecuménica de Derechos Humanos]” (Arboleda et al., 1986: 87) y, así como ellos, un sin número de personas fueron víctimas del terror sistematizado, al ser detenidas para investigaciones relacionadas con actividades calificadas por el régimen como ‘subversivas’.

Uno de los crímenes más sonados (hasta la actualidad) sucedido durante el gobierno de Febres Cordero, fue el de los hermanos Pedro Andrés y Carlos Santiago Restrepo Arismendi, quienes sin tener antecedentes penales ni pertenecer a ningún movimiento político, fueron detenidos arbitrariamente por la policía, torturados hasta morir y sus cuerpos desaparecidos. Según lo señala el ex agente de la policía Hugo España:

38 Durante el litigio de tierras en Quito que enfrentó a la Cooperativa de vivienda Pisullí, al noroccidente de la ciudad de Quito, y Jaime Roldós, ésta última se constituyó como una banda paramilitar que implantó el terror entre los pobladores de Pisullí, muchos de ellos fueron víctimas fatales de las constantes explosiones y ametrallamientos, además de un sin número de crímenes, respaldados por el gobierno de Febres Cordero.

Los hermanos Restrepo fueron detenidos por la policía por no portar una licencia para conducir vehículos. Su nacionalidad colombiana les convirtió en sospechosos miembros de la guerrilla M-19, organización que había prestado apoyo logístico al grupo guerrillero ecuatoriano Alfaró Vive. Mientras se los torturaba para que confesaran sus culpas uno de los adolescentes murió, lo que llevó a sus verdugos a asesinar a su hermano para que no quedaran testigos del crimen. Algunos de estos hechos fueron corroborados por un agente de la policía, al que sus superiores le encargaron sumergir en una laguna bolsas plásticas que contenían los restos de los infortunados jóvenes (España, 1996a: 97-98).

Los crímenes de Estado se volvieron cotidianos, fueron constantes las denuncias de personas desaparecidas o torturadas según se desprende del análisis de la información aparecida en la prensa masiva y titulares de la época: “Preocupa desaparición de personas” (*Hoy*, 25 de enero de 1986: 10-B), “Durante marzo, según informe de la CEDHU: aumentaron arrestos arbitrarios y maltratos” (*Hoy*, 22 de abril de 1988: 10-B), “Desconocen paradero de Pancho Jaime” (*Hoy*, 27 de noviembre de 1985), Pancho Jaime fue un personaje guayaquileño, creador de las revistas *Censura* y *Comentarios de Pancho Jaime*, publicaciones de gran aceptación popular, en las que se emitían duras críticas a funcionarios públicos y privados, fue también una voz opositora al régimen de Febres Cordero, sufrió un constante acoso por sus denuncias y comentarios hasta que fue asesinado en 1989. Es posible afirmar, por ello, que estas acciones estaban respaldadas por una política represiva dirigida desde los altos mandos del gobierno y contaba con las armas, instituciones y la infraestructura necesaria para reprimir impunemente.

En los centros especiales de tortura, que incluso se establecieron en los recintos de las Fuerzas Armadas, muchos otros jóvenes fueron martirizados. El jefe de Alfaró Vive, apresado en el extranjero y traído al país, fue acribillado en un suburbio quiteño. Varios de los alzados en armas que se encontraban en prisión fueron ultimados aplicándoles la “ley de fuga” (España, 1996a: 98).

La politización de las Fuerzas Armadas alcanzó altos niveles de enfrentamiento al interior de esta institución:

Febres Cordero irrespetó las leyes y reglamentos militares, manejó arbitrariamente los ascensos y nombramientos e involucró a las Fuerzas Armadas en la vida política nacional y en la estrategia antisubversiva en donde varios de sus elementos se vieron involucrados en graves violaciones de los derechos humanos. Estos factores, unidos a las denuncias de corrupción, crearon el ambiente propicio para la rebelión del general Frank Vargas Pazzos, quien encabezó dos revueltas militares en Manta y en Quito (Comisión de la Verdad, 2010: 30-31).

El malestar en las Fuerzas Armadas provocó la insubordinación del comandante de la Fuerza Aérea, teniente general Frank Vargas Pazzos, quien después de tomarse la base militar ubicada en la ciudad de Manta fue apresado en marzo de 1986.

La negativa de acatar la amnistía al general Vargas Pazzos resuelta por la legislatura, determinó que en enero de 1987 Febres Cordero, su ministro de Defensa, Medardo Salazar y su comitiva fueran secuestrados en la base militar de Taura, tras la muerte de dos guardaespaldas. Febres Cordero, cedió a las exigencias planteadas por los rebeldes: la libertad de Vargas y el compromiso de no adoptar represalias ni iniciar acciones legales en contra de los participantes de esa sublevación, que tuvo un significado político de condena al autoritarismo, más allá de la solidaridad con el jefe militar (Ycaza, 1991: 293).

El secuestro de Taura fue realizado por oficiales y comandos de la Fuerza Aérea y provocado por el descontento y la pugna interna por el poder al interior de dicha institución, por lo que no es posible afirmar que se tratara de un episodio contencioso protagonizado por las clases subalternas, sin embargo, el hecho le sirvió a éstas para legitimar sus denuncias de autoritarismo y, en cierta medida, ridiculizar al poder, un ejemplo de esto lo encontramos en la canción de Jaime Guevara Apresador apresado (la misma que se analizará en el cuarto capítulo) que, según su autor, “era un grito de regocijo ante la humillación a la que fue sometido Febres Cordero

en la Base de Taura” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010) y que consiste en una caricatura musical que narra dichos acontecimientos desde la ironía.

Ni pan, ni techo, ni empleo: la movilización social como respuesta

En medio de los múltiples escándalos de corrupción³⁹, la persecución política y el autoritarismo del régimen, los derechos de los trabajadores y sus demandas fueron condenados y reprimidos.

Las huelgas, los levantamientos indígenas, los paros provinciales o regionales, las manifestaciones estudiantiles y otras formas de lucha empleadas por los sectores populares para conseguir sus reivindicaciones fueron catalogadas como amenazas a la seguridad del Estado o incluso como actos delincuenciales (Comisión de la Verdad, 2010: 40).

A pesar de ello, el gobierno tuvo que afrontar una intensa movilización social, dada como respuesta de las clases subalternas y motivada también por las medidas económicas que deterioraban la calidad de vida, tal como lo indica una de las tantas noticias que circulaban en la prensa masiva y que daban cuenta de la protesta callejera: “Estudiantes secundarios se enfrentaron con fuerzas policiales en horas de la mañana y tarde de ayer por cuarto día consecutivo. Los manifestantes en sus gritos rechazaban el alza del precio de la leche y demás productos de primera necesidad y el incumplimiento de las tarifas estudiantiles en los buses y colectivos” (*Hoy*, 27 de noviembre de 1988: 6-B).

A continuación, indicamos las siete huelgas nacionales que tuvieron lugar en este periodo, no sin antes señalar que no fueron las únicas expresiones de descontento popular y de conflictividad social; numerosas empresas, tanto públicas como privadas llevaron a cabo diversas medidas de hecho y paralizaciones que duraron varios meses contra las medidas adoptadas por el régimen y ante las cuales el gobierno respon-

39 Entre los que podemos señalar el perjuicio de 1400 millones de sucres al Estado ecuatoriano, realizada por el entonces secretario general de la administración pública, Joffre Torbay, por la adquisición de 350 recolectores de basura (*Diario Hoy*, 12 de septiembre de 1987, pág. 1-A), el remate de carros de lujo de la Comisión de Transito del Guayas, sobreprecios en los contratos de obras de infraestructura vial, la entrega de 150 mil dólares al israelita Ran Gazit para organizar la lucha antiguerrilla, etc. (*Revista Vistazo*, agosto de 1996: 09).



dió con persecuciones (sobre todo de dirigentes sindicales), despidos intempestivos, desalojos de fábricas y demás prácticas de amedrentamiento (Ycaza, 1991: 314).

Según Ycaza (1991), entre las huelgas nacionales unitarias de los trabajadores durante este periodo, encontramos: la del 31 de octubre de 1984, dada en contra de la política económica del régimen y del autoritarismo. El 9 y 10 de enero de 1985, los trabajadores se movilizaron por el alza de la gasolina y con ocasión de esta huelga, el Frente Unitario de Trabajadores y el Frente Popular (FP) llegan a unidad de acción. En ese mismo año, el 27 de marzo, la movilización fue en contra del alza de la gasolina y por el aumento salarial. El 17 de septiembre de 1986 se convoca la cuarta huelga nacional con el apoyo del FP, Coordinadora Nacional de Trabajadores (CNT) y sectores organizados de campesinos e indígenas.

Esta huelga denominada Segundo Paro Nacional del Pueblo promueve una plataforma de lucha que privilegia la derogatoria de las medidas económicas, la congelación de los precios de los artículos vitales y servicios básicos, la suspensión del pago de la deuda externa, la derogatoria de la represiva ley de Seguridad Nacional, el enjuiciamiento y destitución de varios ministros. La paralización tuvo fuerza especialmente en el sector fabril, pese a la reglamentación que limitaba el derecho de huelga solidaria. En Cuenca alcanzó la magnitud de un paro regional. Guayaquil fue sitiada y nuevamente numerosos dirigentes sindicales y políticos fueron agredidos y apresados (Ycaza, 1991: 292).

El 25 de marzo de 1987, se realiza la quinta huelga nacional “conjuntamente con el FP, la CNT y la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) [...] En esta oportunidad se plantea la expulsión de los soldados extranjeros⁴⁰, la defensa de la soberanía nacional, la derogatoria de las medidas económicas del 11 de agosto de 1986 y del 13 de marzo de 1987, el no pago de la deuda externa y la destitución del Presidente de la República” (Ycaza, 1991: 295).

40 Tras el terremoto de 1987 en el volcán Reventador, llegan al país soldados norteamericanos, con la excusa de reconstruir una de las vías principales del oriente ecuatoriano y el oleoducto que conectaba los campos petroleros del Oriente con la Costa que quedó severamente afectado (Ycaza, 1991).

A esto se suman las denuncias de militarización de los territorios indígenas para salvaguardar la penetración de las empresas transnacionales petroleras:

El gobierno entregó amplias zonas correspondientes a territorios habitados por los pueblos originarios de la Amazonía y de la Costa a empresas nacionales y extranjeras que deforestaron y contaminaron aguas y ríos, se apropiaron de tierras comunales, y hostigaron y arrinconaron a los pueblos indígenas no contactados durante las labores de exploración petrolera (Comisión de la Verdad, 2010: 29).

Siete meses después, el 28 de octubre de 1987, se realiza una movilización nacional exigiendo al régimen que cumpla con una resolución del Congreso que destituía al entonces Ministro de Gobierno Luis Robles Plaza, a quien se lo responsabilizaba por una serie de violaciones a los derechos humanos y el irrespeto de las garantías constitucionales, principalmente en contra de los miembros de Alfaro Vive Carajo. Y, la última huelga nacional durante el gobierno de Febres Cordero, se realizó el 1 de junio de 1988, en contra de una serie de medidas económicas y exigiendo un aumento salarial, el gobierno respondió decretando, la noche anterior, el estado de emergencia nacional y “estableció, igualmente, la censura en los medios de comunicación social que intentaren subvertir el orden” (*Hoy*, 01 de junio de 1988: Página 1-A).

Privilegiar los mecanismos de mercado, por parte del gobierno, trajo serias consecuencias para las clases subalternas, en 1988 “se estimó que el desempleo abierto alcanzó el 14.3 por ciento de la población económicamente activa, es decir, aproximadamente las dos terceras partes de la población estaban fuera o incorporadas débilmente al mercado nacional” (Viteri, 1998: 53). Además, la crisis se reflejó en la caída de los salarios que para julio de 1988 (un mes antes de que terminara el periodo de gobierno de Febres Cordero) se redujeron en un 50 por ciento respecto del salario mínimo de 1980 (Viteri, 1998).

El neoliberalismo tuvo en el Ecuador, como en América Latina en general, graves consecuencias sociales y políticas y fue un factor permanente de la violación de los derechos económicos, sociales y culturales. Las consecuencias sociales fueron:

empobrecimiento, degradación de las condiciones de vida de las mayorías (contención salarial, pérdida de poder adquisitivo de los ingresos, precarización del empleo, disgregación y descomposición social, profundización de la inequidad). Como consecuencias políticas se pueden apuntar las siguientes: estructuración de una democracia limitada, restringida, recortando la participación ciudadana, incluso la participación formal; degradación de la democracia a gobernabilidad; transnacionalización del Estado y desnacionalización de las políticas públicas; reforzamiento de la dependencia política y económica; fusión del poder económico y poder político. La puesta en marcha de estas políticas conculcó el derecho a una vida digna de los ecuatorianos, sobre todo de los sectores más vulnerables de la población. Pese a estas adversidades, la necesidad ineludible del cambio social estuvo presente en la agenda de movimientos sociales e indígenas cuya praxis, a lo largo de casi tres décadas, ha sido una traba para la profundización del modelo (Comisión de la Verdad, 2010: 33).

Las siete huelgas nacionales que enfrentó el régimen fueron algunas de las respuestas de las clases subalternas ante la represión y una serie de medidas de ajuste económico que significaron beneficios para el proceso de acumulación del capital de sectores privados en desmedro de la calidad de vida de los trabajadores y de la soberanía; pero a la vez, significó, como hemos visto, la agrupación y movilización de diversas fuerzas populares en contra del modelo neoliberal.

En conclusión, el análisis de la contienda política de los años 1976-1977 y 1984-1988, nos ha demandado un esfuerzo por sintetizar este recorrido histórico, puesto que, como lo señalamos en el capítulo anterior, se requiere la comprensión de los elementos estructurales y superestructurales que intervinieron y se interrelacionaron para constituir las condiciones de producción del mismo.

Al interior de la relación dialéctica entre dichos mecanismos hemos podido identificar, por un lado, las profundas reestructuraciones del Estado ante las necesidades de expansión y acumulación del capital en cada uno de los periodos.

Las formas de Estado se explican en las condiciones materiales que determinan las relaciones sociales de producción, es así que, a co-

mienzos de la década del 70, el gobierno de Rodríguez Lara asume un rol protagónico, encargándose de potenciar la industrialización del país y generar los cambios necesarios en las áreas jurídico-administrativas para la acumulación del capital a favor de los sectores industrial y bancario, convirtiéndose en el principal impulsador de la hegemonía de dicha clase.

Mientras que, a principios de la década del 80, el rol del Estado en los procesos económicos se convierte paulatinamente en un obstáculo para los intereses de la burguesía exportadora y financiera, que buscaba una liberalización total del mercado, es entonces cuando se abre paso el modelo neoliberal, encarnado en la figura de León Febres Cordero y su gobierno.

El desarrollo económico de cada época determinó, por otro lado, el ajuste de la sociedad civil y la sociedad política a las nuevas formas de producción. Como vimos, durante la década del setenta, el eje de dominación se desplazó de los grupos agro-exportadores terratenientes hacia los sectores industriales financieros (Ycaza, 1991) y la pugna política entre éstos por el control del excedente económico proveniente de las exportaciones petroleras llevó a la burguesía a respaldar el autogolpe de Velasco Ibarra en 1970, así como las dictaduras militares de Rodríguez Lara en 1972 y del Triunvirato en 1976, claro está, siempre se trató de un patrocinio condicionado a garantizar la continuidad de su hegemonía.

La transición económica del negocio bananero al petrolero y el papel principal del Estado como regulador de dicho proceso, significó la instauración de una política económica y petrolera nacionalista, expresada en un Plan de gobierno que vislumbraba reformas de carácter social (reforma agraria, revisión de contratos con las empresas petroleras, reversión al Estado de tierras y campos hidrocarburíferos, etc.) así como la creación de infraestructura (oleoducto, refinерías, carreteras, instituciones reguladoras, etc.) y la industrialización del sector productivo nacional (mayores subsidios, maquinarias, etc.), ajustadas a las nuevas demandas del mercado mundial.

Sin embargo, la riqueza petrolera y las políticas del Estado proteccionista, no fueron suficientes para superar las inequidades propias del modo de producción capitalista, al continuar siendo dependiente del mercado y capital extranjero, concentrando la riqueza en los sectores industrial y bancario, así como apuntalando la pobreza y marginación de amplios sectores de la sociedad (Acosta, 2001).

Los resultados fallidos del proceso de industrialización significaron la ampliación del margen de endeudamiento externo, como producto de la fase de expansión financiera mundial (Acosta, 2001) de aquellos años. El recurso petrolero se volvió garantía de los préstamos y deudas adquiridas por el Ecuador en nombre del ‘desarrollo’.

El interés de las clases subalternas, encabezadas por los trabajadores, de que el régimen revolucione su política nacionalista se tradujo en una constante presión que alcanzó distintos niveles de radicalización (huelgas y movilizaciones callejeras) por conseguir mejoras salariales y la lucha por la reforma agraria, reivindicaciones que eran obstruidas por la presión de la burguesía, que demandaba la implantación de un modelo económico de libre mercado, dicho escenario contencioso puso al gobierno de Rodríguez Lara en una encrucijada insalvable, que precipitó su reemplazo por un Consejo Supremo de Gobierno.

El Triunvirato militar se caracterizó por la búsqueda de mecanismos político-jurídicos que viabilicen el retorno al régimen democrático; en el aspecto económico continuó con la misma línea que su antecesor (agresivo endeudamiento externo) y limitó aún más los derechos, especialmente, de los trabajadores, acompañado de una política represiva en contra de este sector (ejecución de la Ley de Seguridad Nacional).

En la dinámica de los diversos episodios contenciosos, durante los periodos analizados, hemos podido identificar la estrecha relación entre la sociedad civil y la sociedad política al interior de la superestructura. Evidenciamos que cuando la hegemonía política entra en crisis y el discurso de la clase dominante no alcanza la legitimidad necesaria para contener a la movilización social, inmediatamente se activan los sistemas represivos del Estado. Tal es el caso de la normativa de la Ley de Seguridad Nacional, que impuso la noción de una sociedad en guerra permanente contra el ‘virus del comunismo’ (Comisión de la Verdad, 2010), los regímenes militares y neoliberal hicieron uso de la coerción directa, que alcanzó su expresión máxima, por ejemplo, en la masacre de los trabajadores de AZTRA en 1977 y en el caso del gobierno de Febres Cordero, los altos niveles de totalitarismo, se tradujeron en ejecuciones extrajudiciales, torturas físicas y psicológicas, desapariciones forzadas, detenciones arbitrarias, etc. en contra de grupos insurgentes, sectores opositores de izquierda y población en general.

Los gobiernos recurrieron frecuentemente a declarar estados de emergencia contemplados en la Ley de Seguridad Nacional que abarcan todo el territorio nacional o algunas regiones y provincias. Esos sirvieron no sólo para reprimir la movilización de los sujetos políticos e históricos más significativos (sindicatos y movimiento indígena), sino también para desarticular cualquier conflicto social reivindicativo como las tomas de tierras y la resistencia a los proyectos [...] petroleros y a las expropiaciones para construir proyectos públicos y privados. En estos casos, quienes protestaban estaban expuestos a desalojos, agresiones y detenciones, y eran acusados a menudo de cometer daños a la propiedad pública o privada, de sabotaje, subversión o incluso terrorismo (Comisión de la Verdad, 2010: 41).

Además de conformarse un aparato institucional represivo (escuadrones volantes, centros de tortura camuflados en el Servicio de Investigación Criminal - SIC, etc.), el gobierno implementó una campaña permanente de criminalización de todo pensamiento disidente y contrario a los intereses empresariales, lo cual justificaba a nivel discursivo la represión de la protesta social y la persecución de líderes sindicales y opositores políticos.

Se infamó a los enemigos políticos dotándoles un rostro criminal, borrando por completo su programa político. Lo deshonroso se sustentó en una serie de narrativas, en relatos criminalizantes, en uso de medios de comunicación que llevaron la infamia al terreno del espectáculo político. La idea del terrorismo resonó de manera fuerte en la mayoría de las alocuciones gubernamentales y las de los medios de comunicación. En otras palabras, se erigió la razón Estado versus criminalidad, es decir, gobierno contra terrorismo (Comisión de la Verdad, 2010: 251).

Durante el gobierno de Febres Cordero, la sociedad civil, es decir, la dirección ideológica de la sociedad, se articuló también a través de los medios de comunicación de masas, que actuaron como *funcionarios de la superestructura* en términos gramscianos, ya que al responder a los intereses de la clase dirigente (el empresariado), se encargaron de difundir las pautas ideológicas que se expresaron en la actividad económica, las relaciones de producción y la vida colectiva en general.

Algunos titulares de prensa de la época⁴¹ daban cuenta de la difusión del proyecto de modernización del régimen, que según la información recabada, consistía en el establecimiento de una política anti-estatista destinada a promover la producción del sector privado, y la construcción de la idea de ‘terrorismo’ vinculado a lo delincencial, para ‘justificar’ el ejercicio de la violencia o de la coerción directa desde el Estado.

La intensa campaña propagandística del régimen que, como lo señalamos en párrafos anteriores, consistía en publicar en la prensa y la televisión las fotos de los integrantes o supuestos miembros de AVC junto a titulares como ‘Basta de bestias’, entre otros calificativos, atribuyéndoles una serie de delitos, pretendió legitimar públicamente las acciones represivas y los atropellos a los derechos humanos, como acciones ‘necesarias’ para ‘salvar’ al país del ‘terrorismo’.

Por otro lado, las condiciones sociales de la vida de las masas y los cambios operados en este escenario, determinaron el crecimiento y organización de la lucha social de las clases subalternas (principalmente de los trabajadores).

En 1976-1977 el movimiento de trabajadores adquirió un grado significativo de desarrollo, tal como lo demuestra la conformación del Frente Unitario de Trabajadores o las numerosas huelgas nacionales y regionales que no dieron tregua a los gobernantes militares, a pesar del ejercicio de la violencia por parte de éstos. La lucha de las clases subalternas se centraron en la oposición a la legislación antiobrera, la defensa de la estabilidad laboral, de la nacionalización del petróleo y en contra de la represión de los trabajadores, en este periodo la militancia orgánica jugó un rol protagónico; mientras que en 1984-1988, la contienda política giró en torno a la implantación del modelo económico neoliberal y el autoritarismo de Estado, ejecutado mediante la Ley de Seguridad Nacional que sembró el terror sistemático como política de gobierno, pero a la vez provocó el surgimiento de nuevos actores al interior de la lucha social, demandando el respeto a los Derechos Humanos, la derogatoria de medidas de ajuste

41 “Hoy se decreta la desburocratización” (El Comercio, 15 de marzo de 1985: 1-A), “Baja ritmo inflacionario” (El Comercio, 15 de marzo de 1985: 6-A), “En 1984 se conformaron 1.982 nuevas compañías” (El Comercio, 15 de marzo de 1985: 6-A) o “País recibió crédito por US 300 millones” (El Comercio, 14 de marzo de 1985: 1-A).

económico y en contra de la precarización del empleo, el pago de la deuda externa, por la expulsión de soldados extranjeros del Oriente ecuatoriano y la defensa de la soberanía nacional.

En el siguiente capítulo analizaremos la forma de vinculación entre los intelectuales y lo que Gramsci denomina *hombre-masa*, a través del periódico partidario y la canción popular, como herramientas políticas para la generación de autoconciencia, corredería y acción colectiva de las clases subalternas. Además de comprender los procesos de producción discursiva de la contienda política y su componente ideológico, desde la relación dialéctica que existe entre las reproducciones material y simbólica, en la dinámica social que acabamos de analizar.

CAPÍTULO .III

Representaciones de la acción colectiva en el periódico partidario En Marcha

En este capítulo analizaremos la producción discursiva del periódico partidario *En Marcha*, que se desarrolló en el marco de los episodios contenciosos del período 1976-1977, por parte de sujetos subalternos. Partiremos del reconocimiento de la estructura organizacional del discurso, para ello ha sido necesario exponer las características de la prensa partidaria como componente de la organización política, haremos un recorrido general por la estructura del periódico y de su proceso productivo y finalizaremos, en la descripción y análisis de los resultados obtenidos en el estudio de las dimensiones referencial y enunciativa de los editoriales seleccionados para este trabajo, según la propuesta metodológica de Mata y Scaraffia, explicada en el capítulo introductorio.

El partido como soporte organizacional del discurso

Según Verón, el análisis de la producción no puede dejar de reconocer el *tipo de discurso* y de reflexionar alrededor de la estructura institucional que constituye el soporte organizacional en la que surge el mismo.

En lo que se refiere a la noción de “tipo” de discurso, me parece esencial asociarla, por un lado, a estructuras institucionales complejas que constituyen sus soportes organizacionales y, por el otro, a relaciones sociales cristalizadas de ofertas/expectativas que son los correlatos de estas estructuras institucionales.

Por supuesto, estas estructuras institucionales y estas configuraciones de ofertas/expectativas, no pueden tratarse simplemente como datos sociológicos “objetivos”; unas y otras son inseparables de los sistemas de representaciones que, *en producción*, estructuran el imaginario donde se construyen las figuras de los emisores y de los receptores de los discursos (Verón, 2004: 195).

De esta manera, el periódico *En Marcha*, al ser el Órgano Central del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador – PCMLE, adquiere características particulares que determinan su producción discursiva basada en la perspectiva marxista-leninista y para comprender, de mejor manera, la función de este *tipo* de discurso y su estructura, es necesario recapitular algunos pasajes de su historia.

El PCMLE nace el 1 de agosto de 1964, tras discrepancias ideológicas al interior del Partido Comunista del Ecuador⁴², cuando gobernaba el país una Junta Militar presidida por el contralmirante José Castro Jijón. Según César Muñoz, uno de sus fundadores, las tres diferencias que surgieron al interior del *viejo partido*⁴³ giraron en torno a dos visiones distintas sobre cómo hacer la revolución en aquel contexto de dictadura. Un grupo de militantes pugnaron porque se cambie la línea política del Partido Comunista, apelando a la necesidad de aplicar el marxismo a la realidad ecuatoriana, defender la tesis de la lucha armada como vía para llegar al poder y que el trabajo del partido debía ser secreto:

Un pecado original de los partidos comunistas, [fue] el convertirse en dogmáticos y no aplicar las leyes del marxismo a la realidad concreta de cada país, de cada momento, entonces se cogía como recetas la soviética y después la china, seguíamos al pie de la letra eso, después nos fuimos dando cuenta de muchas cosas, como no darle importancia suficiente al movimiento indígena y como no darle importancia al trabajo cultural; ese fue un garrafal error, que era un meterse las recetas y después no saber aplicarlas; por ejemplo el conocimiento del papel que juega la superestructura para poder hacer el cambio de la estruc-

42 “Al surgimiento del PCMLE no se lo puede sustraer del conflicto chino-soviético, que jugó un papel en la división de los Partidos Comunistas del mundo entero” (Villamizar, 1990: 50).

43 Expresión con la cual los militantes del PCMLE se refieren al Partido Comunista.

tura, es decir, que no puede haber lucha económica del pueblo para hacer una transformación revolucionaria de la economía, si es que los intelectuales no son ganados para la revolución y ellos ayudan al pueblo a esclarecerse a través de la propaganda, de la literatura, de la poesía, del teatro, del arte. La separación fue [por]que nosotros le dábamos importancia al movimiento campesino, a los indígenas y a los montubios también, hablábamos de que inclusive tenemos tradición histórica de luchas, las montoneras de Alfaro por ejemplo, y que eso había que estudiar, recoger, aprender, es decir, aplicar a la realidad ecuatoriana. En segundo lugar el problema era la vía, se puede llegar al poder por la vía pacífica, es decir, por las elecciones o era indispensable utilizar la vía armada, la violencia revolucionaria para alzarle al pueblo y poder derrotar a los demás, nosotros defendíamos esa tesis. [Y tercero], ellos [el Partido Comunista] decían que tenía que ser un partido abierto, de masas, que no tenemos por qué escondernos, que solo así a de aprender el pueblo; nosotros decíamos que no, que el pueblo va a aprender pero si nosotros sabemos educarle al pueblo, manteniendo un partido secreto. Esas eran las tres diferencias (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Estas confrontaciones fueron las que llevaron a un grupo de militantes a separarse del Partido Comunista, quienes se mantenían fieles a la directriz soviética, y conformar el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador, de orientación maoísta; cuyo nombre busca subrayar la diferencia con la anterior línea política, calificada de *revisionista*; un término utilizado de forma despectiva, para referirse a quienes asumen una interpretación moderada de los principios básicos del marxismo en sus concepciones ideológicas, accionar político y sus métodos de organización y trabajo, lo cual implica cambiar la vía revolucionaria por una postura menos radical y más conciliadora, que persigue cambios graduales y pacíficos, desde la participación de los partidos en el sistema político democrático liberal.

Los militantes del PCMLE identificaban a los revisionistas como ‘traidores’ del comunismo y por ello se les acusaba de derechizar el partido: “los revisionistas les llevaron a los partidos comunistas a la derecha [...] porque se había creado una nueva clase burguesa, constituida por la

aristocracia obrera, por los funcionarios de élite del gobierno y asimismo por los funcionarios de élite del partido, ellos constituyeron una nueva clase burguesa que poco a poco fueron socavando las bases del socialismo” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Una vez constituido el nuevo partido, nace el periódico *En Marcha. Hacia la revolución*, con el objetivo de *informar y educar*: “como una necesidad de llevar la información al pueblo y de educarle, al pueblo y a la militancia de base del partido, por eso hay artículos de educación y artículos informativos, informativo para que conozca el pueblo lo que el enemigo le ocultaba siempre” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Según los datos recabados en el testimonio de Muñoz, el soporte estructural del periódico era el partido, el mismo que estaba organizado de la siguiente manera:

El organismo máximo del partido era el Congreso, que se reunía ordinariamente cada dos años, y extraordinariamente cuando había necesidad, después del Congreso estaba el Pleno del Comité Central, que, se reunían por ejemplo, si no se podía hacer el Congreso, [en esos casos] el Pleno del Comité Central tomaba decisiones importantes; después estaba el Buró Político del Partido, que era el organismo ejecutor de las decisiones del Comité Central y por supuesto las del Congreso, que se llamaba también Comité Ejecutivo y después estaba el Secretariado, formado por tres o cuatro personas, cuya función era ejecutiva pero más restringida, tenía que cumplir solo lo que había decidido el buró político, y en algunos casos, cuando no podía reunirse el buró político, lo que las circunstancias exigían y lo que el secreto ameritaba. Había un ejercicio de crítica y autocrítica. Es decir que todas las labores del partido eran sometidas al análisis de los demás, incluida la militancia en las células. Las células eran organismos de 3 a 5 personas no más. Eran el organismo de Base del partido (Entrevista a César Muñoz, 2009).

A esta estructura hay que añadir también la participación de los Comités Regionales y Provinciales que permitían el alcance casi nacional del partido (con excepción del Oriente donde no existía estructura en aquella época) y eran coordinados por la dirección central del organismo.

La redacción del periódico y la organización de sus responsables eran determinadas por el Secretariado, siguiendo la línea política del partido. Este trabajo lo “conocía solo el Secretariado, porque de lo contrario era un riesgo espantoso, desaparecía la propaganda y desaparecían los cuadros claves dedicados a eso” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Vemos, de esta manera, como el periódico no sólo constituye el órgano central del partido, sino que su estructura organizativa y su carácter clandestino buscan garantizar su permanente funcionamiento y la vida de sus militantes, durante la contienda política.

Género-P: prensa partidaria

Como se explicó en el marco teórico, Verón plantea un concepto de *género-P* relacionado con la noción de tipo de discurso, que nos permite designar y clasificar a los productos para su análisis (Verón, 2004).

Reconocer el género-P del discurso, nos permitirá comprender las funciones de la prensa partidaria y las características que la distinguen del universo de medios impresos. Dichas particularidades están estrechamente vinculadas con su soporte institucional, el mismo que ya ha sido explicado en párrafos anteriores.

Según Lenin, la tarea de un partido revolucionario es la de “organizar la lucha de clase del proletariado y dirigir esta lucha, cuyo objetivo final es la conquista del poder político por el proletariado y la organización de la sociedad socialista” (Lenin, 1980: 14). El partido adquiere, así, un rol regulador de la lucha política de la clase obrera, llamado a educar políticamente a los trabajadores y construir con ellos un amplio debate y reflexión sobre la teoría de Marx que, al no ser algo acabado ni etéreo, pueda orientar la conciencia política y la práctica revolucionaria.

Organizar la dinámica de la lucha social, en términos de Gramsci, significa la creación del *hombre-colectivo* que, como hemos analizado en nuestra aproximación teórica, es aquel que adquiere conciencia de sus condiciones materiales objetivas de existencia, como condición previa, para transformar la realidad. De este modo, la resistencia individual y dispersa de los obreros contra un patrón se convierte en lucha de clase, y garantiza un resultado perenne, cuando el trabajador reconoce su ser colectivo y se asume perteneciente a la clase obrera; recordemos que la condición del proceso de transformación

es el auto-reconocimiento, en primer lugar, del sujeto histórico; solo así, adquiere conciencia de que su lucha particular no es contra un funcionario sino contra todo un sistema, toda la burguesía y las estructuras que lo sostienen.

Es importante señalar que, para Gramsci, el partido político es “la primera célula en la que se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a devenir universales y totales” (Gramsci, 1972: 15).

La voluntad colectiva que menciona Gramsci, necesita traducirse en conciencia activa de la necesidad histórica de transformación social, un rol que debe concentrarse en el Partido, según la explicación del autor:

El moderno príncipe [es decir, el partido político de izquierda] debe ser, y no puede dejar de ser, el abanderado y el organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna (Gramsci, 1972: 20).

Según Gramsci, el partido, entendido como el organizador de la reforma intelectual y moral, es decir como el espacio que conjuga la formación y la acción política, hace posible la construcción de una intelectualidad orgánica.

La lucha de clase del proletariado se divide en lucha económica y lucha política (Lenin, 1980), cualquier esfuerzo por llevar adelante, únicamente, una de las dos alejada de la otra, no puede garantizar un cambio permanente a favor de los trabajadores. Es por ello que la consigna y tarea inmediata, para Lenin, es la de “estudiar, hacer propaganda y organizar, y el punto central de esta labor puede y debe ser únicamente *el órgano del partido*” (Lenin, 1980: 22). La prensa partidaria es la que conjuga las demandas económicas y les otorga un carácter político, a través de la conciencia de que la fuerza revolucionaria está en no desvincularlas.

Según la reflexión leninista, el órgano de prensa está llamado a abrir el espacio al debate teórico y su aplicación, a la discusión sistemática de los problemas políticos en todos los ámbitos de la vida, con una mirada nacional e internacional y también sobre los problemas de organización y los métodos de actividad práctica; sin rechazar en ningún momento la polémica, porque las discrepancias públicas son necesarias para el esclarecimiento y la profundización de las opiniones y posturas (Lenin, 1980).

Además, es importante señalar que, según Lenin, aunque se trata de un órgano de prensa partidaria, no se limita a la discusión interna sino que tiene un carácter amplio e incluyente:

Consideramos necesario tratar de convertir nuestros órganos de prensa en órganos de carácter *democrático general*. Pero no en el sentido de que podamos acceder a dar al olvido, aunque sea por un momento, el antagonismo de clase entre el proletariado y otras clases, no en el sentido de que admitamos la más mínima tentativa de velar la lucha de clases. No, sino en el sentido de que planteemos y discutamos *todos* los problemas democráticos sin limitarnos a los estrictamente proletarios, de que planteemos y discutamos todos los casos y manifestaciones de opresión política, de que mostremos la relación existente entre el movimiento obrero y la lucha política en todas sus formas, de que nos atraigamos a todos los que luchan honradamente contra la autocracia, cualesquiera que sean sus puntos de vista y las clases a que pertenezcan, de que los atraigamos para que apoyen a la clase obrera como única fuerza revolucionaria e irrevocablemente hostil al absolutismo. Por eso, cuando nos dirigimos en primer lugar a los socialistas y obreros conscientes rusos, no queremos limitarnos exclusivamente a ellos. Llamamos también a cuantos se sienten aplastados y oprimidos por el actual régimen político de Rusia, a cuantos aspiran a liberar al pueblo ruso de su esclavitud política (Lenin, 1980: 41).

Este llamado amplio a las clases subalternas, que caracteriza a la prensa partidaria, tiene como objetivo concretar la unidad de fuerzas sociales al interior de la organización revolucionaria. La prensa no es sólo una herramienta de propaganda y agitación, actividades orientadas en primera instancia a extender la base social del movimiento; sino, sobre todo, de organización colectiva.

Es importante, en este punto, aclarar la diferencia entre propaganda y agitación:

Un propagandista, si trata por ejemplo, el problema del desempleo, debe explicar la naturaleza capitalista de la crisis, mostrar la causa que las hace inevitables en la sociedad actual, exponer la necesidad de transformar la sociedad capitalista en socialista,

etc. En una palabra, debe comunicar “muchas ideas” [...] En cambio, el agitador, al hablar de este mismo problema tomará un ejemplo, el más destacado y más conocido de su auditorio y aprovechando ese hecho conocido por todos y cada uno, orientará todos sus esfuerzos a inculcar en la “masa” *una sola idea*: la idea de cuán absurda es la contradicción entre el incremento de la riqueza y el aumento de la miseria; tratará de despertar en la masa el descontento y la indignación contra esta flagrante injusticia, dejando al propagandista la explicación completa de esta contradicción. Por eso, el propagandista actúa principalmente por medio de la palabra *impresa*, mientras que el agitador lo hace de *viva voz*. Al propagandista se le exigen cualidades distintas que el agitador (Lenin, 1980: 63).

A partir de la visión leninista y gramsciana, entendemos que el llamado de la prensa partidaria es a la autoeducación de las masas, a través de la reflexión que vincule la teoría con la práctica, con el fin de construir una voluntad y acción colectiva antagónica a la de las clases dominantes.

En cuanto a la forma, para elevar el nivel intelectual de los grupos subalternos, tanto Lenin como Gramsci, coinciden en que hay que impulsar al lector a pensar por sí mismo y proponer un pensamiento profundo. En este sentido, el rol de los *intelectuales* (en términos de Gramsci) o del *escritor popular* (en términos de Lenin) es el de producir discursos que lleven la práctica al plano ideológico y viceversa, para desarrollar la conciencia política que convierte al subalterno en dirigente y responsable de su propio destino.

En este sentido y ante la necesidad del partido de vincularse a las masas, surge el llamado a construir en cualquier espacio, donde se encuentren los grupos subalternos, células de organización. Según Lenin:

En todas las organizaciones, sindicatos y asociaciones sin excepción, sobre todo en las proletarias, pero también en las de masa no proletaria de trabajadores y explotados (en las políticas, sindicales, militares, cooperativas, culturales, deportivas, etc., etc.), deben crearse grupos o células de comunistas. Estos grupos o células serán preferentemente organizaciones legales, pero deberán ser también secretas en todos los casos en que se suponga que la burguesía abriga el propósito de prohibirla y de detener o desterrar a sus miembros. Estas células, estre-

chamente ligadas entre sí y con los organismos centrales del partido, intercambian experiencias, realizarán una labor de agitación, propaganda y organización y se adaptarán sin falta a todas las esferas de la vida social, a todas las categorías y sectores de las masas trabajadoras; y a través de esta labor polifacética, deberán educarse a sí mismas y educar al partido, a la clase y a las masas con toda regularidad (Lenin, 1989: 126).

En estos espacios, *En Marcha* cumplió un importante rol de formación política de cuadros y en este sentido, más que un órgano de prensa constituyó una célula de organización, como lo veremos más adelante.

Hasta aquí, hemos expuesto algunos elementos generales que caracterizan a la prensa partidaria, a continuación daremos cuenta de la experiencia ecuatoriana plasmada en el *En Marcha*.

Estructura general del periódico En Marcha

La elaboración del periódico en los años 1976-1977 estuvo a cargo de los militantes Rafael Larrea, César Muñoz, encargados de la redacción, Pablo Olmedo y René Gómez, quienes estaban al frente de la parte operativa. Ninguno de estos nombres constan en el *En Marcha*, ya que, según la información recabada, al tratarse de un órgano partidario, de un proyecto colectivo clandestino, no había cabida para destacar las individualidades. La característica del trabajo secreto, nos ha impedido registrar los nombres de otros informantes que fueron parte del proceso productivo del periódico y que podrían haber sido relevantes para este análisis pero, el conocimiento restringido sobre los involucrados y sus responsabilidades no nos permite revelar a otros protagonistas.

El periódico era de formato pequeño y esto hacía que, muchas veces, encontremos textos que no alcanzaban a terminarse en una sola hoja, sino que tenían que continuar en otros espacios del mismo, Gómez nos comenta: “La última página era dedicada al tema internacional, pero a veces los artículos no alcanzaban y se pasaba a la página anterior” (Entrevista a René Gómez, 2009). Esto obligaba a que la lectura muchas veces se realizara de atrás para adelante o de izquierda a derecha, pero saltando páginas. Por ejemplo, un artículo, de la tercera semana de junio de 1976, denominado “Las maniobras secretas de la J.I.A.T.”, comienza en la página

12, se desarrolla ocupando ésta y la página 13 y da un salto para finalizar en la mitad inferior de la página 15. La página 14 está ocupada enteramente por otro artículo. Esta distribución respondía al limitado espacio con el que se contaba, debido a su formato.

Pero las limitaciones del tamaño, también obligaron a sus productores a dar mayor preferencia a ciertos espacios. Por ejemplo, la contraportada tenía igual importancia que la portada, por este motivo podemos encontrar temas relevantes que comienzan en la contraportada y, por efectos de la falta de espacio, terminan en páginas anteriores. En el mismo *En Marcha* de la tercera semana de junio de 1976, por citar otro ejemplo, encontramos un artículo titulado “Concentración antiimperialista en Quito”, que comienza en la última página, la 16, y termina en la mitad superior de la página 15. En este caso la intención era garantizar que el lector le preste atención a dicho tema.

En la portada, se destacaban los temas más relevantes de la coyuntura, el editorial que era, según Muñoz, la voz oficial del partido, además de cumplir con la función de resumir las ideas y tareas del momento; también contaba con una sección de educación política, donde según Gómez, se aportaban elementos teóricos para la lectura de la realidad nacional, así como para la denuncia del revisionismo (denominación explicada en párrafos anteriores): “había mucha crítica al revisionismo, [como] parte de la educación político-ideológica” (Entrevista a René Gómez, 2009). Se encontraban también artículos sobre los sucesos acaecidos en la semana, tanto a nivel nacional como internacional y en ocasiones notas culturales o se publicaban ediciones especiales para conmemorar fechas históricas importantes, relacionadas con la lucha de la clase trabajadora.

Proceso de producción del periódico

Para conocer el proceso de producción del *En Marcha* durante dicho periodo, acudimos a los testimonios de dos de sus creadores: César Muñoz y René Gómez; a partir de los cuales intentamos reconstruir las redes de relaciones sociales en las que se articuló dicha herramienta.

La producción del periódico se realizaba todos los domingos de modo infalible, desde muy temprano en la mañana hasta altas horas de la madrugada de ser necesario, según el testimonio de Gómez.

Dicho trabajo requería la conexión de varios elementos enlazados por la ideología marxista: el conocimiento de la realidad, el estudio teórico y la experiencia personal producto de la militancia.

La coyuntura política nacional servía para proyectar [...] ventajosamente el marxismo si nos ayuda a esclarecer lo que está aconteciendo en función de la lucha de clases, porque es una ley que nos permite ver la dinámica de la sociedad en perspectiva, entonces, viendo lo que pasaba coyunturalmente preveíamos, sin necesidad de ser brujos, pero sí científicamente, lo que se venía en los próximos días (Entrevista a René Gómez, 2009).

Planificación de contenidos

La planificación de los contenidos se realizaba durante una reunión previa, que constituía un importante espacio de formación y discusión política para los militantes.

El hecho de analizar los temas que van a salir en el periódico [...] era un momento de estudio y de interiorización de las problemáticas, de la lucha de clases que se desarrollaba en el país y a nivel internacional. Solo ese momento ya era un motivo de aprendizaje y cuando uno iba a investigar para poder tener elementos para elaborar el artículo, tener los argumentos, había artículos que eran más difíciles que otros, porque a veces no se tenía información, porque a veces el tema mismo implicaba mayor aporte, esfuerzo intelectual (Entrevista a René Gómez, 2009).

A pesar de trabajar en la elaboración del periódico permanentemente, durante toda la semana, el tiempo era limitado, porque además de la planificación, donde se distribuían las responsabilidades, había que cubrir otras labores como la de obtener la información local y de las provincias, redactar y sintetizar los datos.

Se tenían solo tres días para hacer la redacción, y hasta eso ya recibíamos la información de las provincias. A la hora de escribir el problema era la cantidad de materiales que teníamos que hacer para cubrir el periódico de una semana y a tiempo mandar todo esto para que impriman. Pasábamos solo en eso, cocinábamos y comíamos en el lugar donde hacíamos el perio-

dico. Para decidir qué información va y cual no, eso se hacía sobre la picada, dependiendo del contexto (Entrevista a César Muñoz, 2009).

De esta manera, el número de páginas dependía del material informativo con el que se contaba.

Métodos para obtener la información

A la dirección del periódico llegaba la información originaria de las provincias a través de sus Comités, así como publicaciones de partidos fraternos de otros países, “cada cual sabía lo que tenía que hacer, muchas veces se mandaba por correo la información, utilizando otros nombres, nombres supuestos” (Entrevista a César Muñoz, 2009). Las normas de trabajo secreto eran estrictas.

Todas las tareas estaban distribuidas y vinculadas, “la información nos llegaba a nosotros, no íbamos a buscarla porque todo estaba dividido, era una cadena, pero no [estaba] en manos de las mismas personas” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

En pocos casos hice el papel de reportero por el peligro, porque en tiempos de persecución era exponerme, entonces la información se adquiría a través de otras personas que hacían el papel de corresponsales y periodistas. Eso [la información] anotaba el militante o el dirigente del partido de la provincia, miembro de la comisión de prensa y propaganda y le hacía llegar el partido para elaborar el periódico (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Según Muñoz, cuando no había condiciones para enviar muchos ejemplares a las capitales de provincia, se mandaba una copia del periódico para que allí lo impriman y distribuyan.

Por otro lado, buscar la información, aunque sea en limitadas ocasiones, significaba también el establecimiento de relaciones que posteriormente podían desembocar en la conformación de mayor organización, como sindicatos, por ejemplo.

Las fuentes más recurrentes, según Muñoz, eran los sindicatos de las fábricas, federaciones provinciales de trabajadores y campesinos. Es

decir, la realidad construida en el discurso estaba condicionada por fuentes institucionales del movimiento sindical y por sus dirigencias.

Ámbito técnico-operativo

El periódico, además de constituir un espacio de formación política e ideológica, motivó el desarrollo de diversas destrezas desde el punto de vista técnico-operativo en los militantes.

En Marcha se elaboraba en una máquina de escribir eléctrica con barras de tipos.

Cada letra tenía un tamaño, entonces lo que yo hacía es primero, trazar unas líneas en el papel en blanco y comenzaba a escribir hasta donde me dé [el margen derecho] y después le pasaba nuevamente para justificar a la derecha, o sea que tenía que pasar dos veces manualmente y viendo cuanto me sobraba [en el margen derecho] le trazaba, le tipeaba los guiones; asimismo los guiones de abajo tenían un tamaño diferente de los guiones de arriba. Yo ya veía cuántos guiones me sobraba acá [en el margen derecho] y tenía que distribuirle la línea, lo que hace la computadora, lo hacía manualmente, entonces tenía que irle corriendo así a doble espacio [agregando espacios adicionales entre palabras] en algunos sitios o tal vez medio espacio, porque había dos barras espaciadoras en la máquina, una que hacía un espacio completo y una que hacía medio espacio, entonces tenía que ir distribuyendo [hasta alinear el texto]. Era una máquina de escribir pero con [barras de] tipos, porque después vinieron con las de bolita [bola de tipos], eran de IBM (Entrevista a René Gómez, 2009).

El texto se levantaba dos veces de forma manual, “hacíamos un tiraje largo, una cinta larga del texto y veía cuántos espacios me quedaban al final, para poder justificar” (Entrevista a René Gómez, 2009), es decir, para realizar la alineación que actualmente hace el computador en los márgenes y darles una apariencia homogénea, “era un reto para uno poder justificar bien el texto”, recuerda Gómez.

Los títulos eran elaborados con Letraset, un sistema que consiste en una lámina transparente con letras adheridas que al frotarlas quedan fijadas sobre la superficie del papel. Se colocaba letra por letra, con el res-

pectivo trabajo de alineación que implicaba dicho proceso, “la mayoría de titulares era hecho así, algunos eran planchas [en el caso de los títulos que no cambiaban] como el titular *En Marcha. Hacia la revolución*” (Entrevista a René Gómez, 2009).

“Cuando se quería destacar alguna información se cambiaba de tipo de letra a los artículos o para variar, para no hacerle monótono” (Entrevista a César Muñoz, 2009). Esto lo podemos observar en casi todos los ejemplares del periódico, por ejemplo, en el editorial de la cuarta semana de mayo de 1977, denominado “La clase obrera consciente dijo no! al revisionismo”, que analizaremos más adelante, se encuentra escrito con formato de cursiva.

Una vez redactado y justificado el texto, el trabajo de diagramación consistía en recortar y pegar el mismo sobre un papel grande de columnas, para lo cual tenían que utilizar necesariamente la denominada mesa de luz, que consistía en una mesa con un foco y un vidrio niquelado encima, “sobre el cual se ubicaba la hoja donde se iba a diagramar y se recortaba y pegaba manualmente” (Entrevista a René Gómez, 2009).

Se podía encontrar, además, gráficos acompañando al texto (en algunos casos se usaba xilografía en madera), “nos preocupábamos de los gráficos, porque nos parecía que debe ser más ágil, más ameno, más atractivo el periódico. También, nos esforzábamos por utilizar un lenguaje claro y sencillo y a la vez procuraba darle alguna belleza, algún sentido literario al lenguaje” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Una vez diagramado el periódico “el compañero Rafael Larrea era el encargado de llevarse las artes para la imprenta, él era el responsable del comité de elaboración del periódico [...] nosotros no sabíamos donde se imprimía” (Entrevista a René Gómez, 2009), afirma el entrevistado.

El método de impresión era offset, se hacían dos planchas metálicas, una para imprimir el texto en negro y otra en rojo, los colores predominantes del periódico. Concluida esta etapa, “otras personas eran las encargadas de coger los periódicos y hacer los paquetes, solo de eso, otros se encargaban de distribuir, de ir entregando en diversos sitios” (Entrevista a René Gómez, 2009).

En lo que respecta a la escritura, ésta tenía que sujetarse al formato. “Era necesario reescribir varias veces el artículo hasta que quede

listo, luego venía una lectura del equipo de la comisión, se leía el artículo y se daban las opiniones para mejorarle contenidos, formas, dimensión” (Entrevista a René Gómez, 2009).

La elaboración de los artículos era un trabajo complejo, que implicaba no sólo la responsabilidad de conseguir la información, sino de proveerle a ésta el sustento teórico e ideológico y finalmente plasmarla en un lenguaje sencillo y a la vez profundo, con fines educativos.

Nos obligaba a estudiar, no solo la coyuntura, sino los textos del marxismo-leninismo, la línea política del partido; había necesidad de recurrir a unos textos extras a parte de la investigación que hacíamos, el materialismo dialéctico como metodología era una herramienta que la aplicábamos diariamente, todo el tiempo pensábamos cómo abordar el artículo, como distribuir las ideas, era pensar todo el tiempo sobre el tema a desarrollar, porque era un compromiso de que el artículo salga bien. Y eso era difícil, hasta conseguir un resultado que tenga impacto en la gente, que sea un aporte realmente, no una nota que pueda encontrar en cualquier otro documento, sino que sea un aporte a la comprensión de una situación determinada dándole todos los elementos. Era un reto que uno asumía para no solamente informar sino analizar desde el punto de vista del marxismo (Entrevista a René Gómez, 2009).

Más adelante, en el análisis de los ejemplares seleccionados evidenciaremos los alcances de este propósito.

Distribución del periódico

El tema de la distribución del periódico cobra importancia no sólo porque es parte fundamental del ciclo de producción sino porque, en términos políticos, construye importantes vínculos entre la militancia, como lo veremos más adelante. Recordemos que desde la perspectiva leninista, la prensa busca concretar la unidad de fuerzas sociales al interior de la organización revolucionaria.

La distribución se realizaba mediante comisiones que repartían el periódico a los comités provinciales, a nivel nacional o los vendían en las diversas organizaciones de los trabajadores, en las células y en algunos puntos de comercio estratégicos para el acceso del público en general,

cuando el contexto lo permitía. Según Muñoz, durante los años 1976-1977, la distribución fue restringida por las circunstancias de persecución política, por lo que se buscaron otros mecanismos que garanticen la seguridad, de tal manera que la distribución se realizaba “a través de la militancia, de las organizaciones de masas en las cuales trabajaba la militancia o enviando por correo gratuitamente” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

La venta del periódico no solo respondía a su sustento económico, más que un significado mercantil, existía una motivación política para ello. La compra del semanario representaba un compromiso político “queríamos que la gente compre el periódico, que haga un esfuerzo por adquirirlo, porque eso significaba que le interesaba” (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Dicho interés por adquirir el periódico abría el camino también hacia otro tipo de relaciones con determinados lectores, trabajadores por lo general, que podían convertirse en aspirantes a militantes del partido. Era una forma de medir el interés y la voluntad política de los obreros que más se destacaban en las luchas.

El uso político de la prensa

En este punto es importante destacar el uso que se le dio al órgano del partido por un lado y por otro, el manejo de la prensa masiva en el proceso de construcción del *En Marcha*.

Como *herramienta de estudio y de organización*, la prensa partidaria jugó un rol fundamental. Tal como lo explica René Gómez, al interior de las células, conformadas por militantes y aspirantes a militantes, el periódico dio paso a la creación de cuadros políticos. “En las células se estudiaba y se perfilaban los aspirantes; se les entregaba el periódico para que lo estudiaran, luego en otra reunión se leía algún artículo de interés en ese momento y de ahí se iban destacando, los que más se destacaban eran candidatos a recibir otros documentos del partido” (Entrevista a René Gómez, 2009).

Para la educación de las células se utilizaba principalmente la sección de Educación Política del periódico y el Editorial, según la información recabada por los informantes.

El uso de la prensa partidaria en el estudio de los militantes, abría la puerta hacia la retroalimentación, ya que en los encuentros no solo se

analizaba la coyuntura política, sino que, según Gómez, era una obligación recoger las opiniones de la gente respecto a los contenidos del periódico, con el fin de mejorar, “eso era una orientación desde la dirección del partido” (Entrevista a René Gómez, 2009).

Por otro lado, como *referente del pensamiento opositor*, la prensa masiva también tuvo una influencia en el proceso de producción del *En Marcha*, aunque los temas abordados por la prensa burguesa no marcaban el referente de análisis del semanario: “utilizábamos la prensa masiva cuando era necesario, pero la decisión del tema central era nuestra, independiente, autónoma. La información, las noticias, todo eso nos servía para ver y señalar precisamente que la propia prensa burguesa dice o informa tal cosa, o para desmentir, para aclarar” (Entrevista a César Muñoz, 2009). El entrevistado hace referencia a la pertenencia de clase social (pequeña y gran burguesía) de los dueños de la prensa masiva y de sus productores, cuyo contenido se construye en función de sus intereses particulares. Es importante tomar en cuenta esta distinción de clases, puesto que es determinante al momento de definir el componente ideológico del discurso.

Un ejemplo del uso de la prensa masiva en el discurso del *En Marcha*, lo encontramos en el editorial publicado luego de la masacre de los trabajadores de AZTRA, donde se adjuntó una pequeña publicación del diario El Universo, de Guayaquil, titulada “Bomberos ayudaron a rescatar a los cadáveres” y donde se recogía el testimonio de un sargento de dicha institución, que decía:

En un primer momento la guardia no nos permitió la entrada al Ingenio, alegando que no existía ningún muerto. Esperamos un momento y luego un superior permitió entrar a 9 bomberos. En el canal que rodea al Ingenio rescatamos 15 cadáveres de hombres, de los cuales 5 eran efectivamente ahogados, pero los demás presentaban orificios de bala en la cabeza o aberturas producidas por golpes contundentes con algún objeto pesado (*En Marcha*, quinta semana de Octubre de 1977).

Esta publicación, sirvió como estrategia de legitimación de su discurso y para desmentir la versión oficial que, como vimos en el segundo capítulo de esta investigación, intentaba imputar a los propios trabajadores la res-

ponsabilidad de sus muertes. En este caso, la prensa masiva, sirvió como recurso para impugnar la posición oficialista.

Según los testimonios de los ex-militantes, conocer el discurso del *enemigo* (enmarcado en la lógica de la lucha de clases), era fundamental a la hora de elaborar el periódico: “una de las cosas que yo aprendí desde el comienzo era que el militante del partido, lo primero que tiene que hacer al amanecer el día era enterarse de lo que la prensa dice, toda la prensa, para ver qué dice la derecha, qué informa, cómo informa” (Entrevista a César Muñoz, 2009). Esta práctica nos recuerda, lo que ya se planteó en el marco teórico, que los procesos enmarcadores adquieren gran importancia en la contienda política, puesto que constituyen un esfuerzo para legitimar la acción colectiva y en este sentido, las interpretaciones discursivas sobre el adversario son estratégicas para configurar las denominadas identidades políticas.

La clandestinidad como medida de seguridad

Un elemento que atravesó todo el proceso de planificación, producción y distribución del periódico fue la clandestinidad, asumida como una importante rutina de seguridad ante las amenazas.

“Un buen mecanismo clandestino de imprenta exige una buena preparación profesional de los revolucionarios y la más consecuente división del trabajo” (Lenin, 1980: 73). La principal medida de seguridad era trabajar en conjunto, pero sin conocer quién hace qué, ni cómo.

En el caso de la masacre de AZTRA, enviaron a una compañera a esa casa en donde yo estaba, pero ni ella me conocía a mí, ni yo le conocía a ella, no sabíamos ni siquiera nuestro seudónimo y peor nuestros propios nombres y ella fue allá sin saber que ahí se hacía el periódico y entonces, me dio detalladamente la información sobre todo lo que ella obtuvo de algún trabajador que se salvó de la masacre, ahí supimos el número de muertos, supimos las condiciones terribles de los muertos, unos murieron a bala, otros murieron ahogados en el canal y otros botados al caldero, a los calderos del ingenio AZTRA (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Se trataba de un engranaje en el que cada militante debía asumir su trabajo con disciplina, la confianza en el compañero es fundamental, de lo contrario no se alcanzaría ninguna coordinación y cualquier proceso podía fracasar.

El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento tiene que ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades está asegurado algo mucho más importante que el “ambiente democrático”, a saber: la plena y fraternal confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios (Lenin, 2000).

En lo que respecta a la producción del periódico, uno de sus creadores nos comenta: “No sabíamos quienes imprimían ni quiénes distribuían. Eran las medidas de seguridad que se llevaron a cabo con mucha disciplina. Esa fue la escuela del Partido de Lenin, del partido de cuadros, secreto, selecto” (Entrevista a René Gómez, 2009). En medio de una coyuntura adversa, de persecución a los militantes, el trabajo fragmentado cumplía una función política, la de proteger el proceso productivo y a quienes trabajaban en éste, para garantizar así, la continua circulación de la prensa.

Hasta aquí hemos hecho un recorrido por el proceso de producción del periódico *En Marcha*, a continuación realizaremos el análisis de la enunciación y lo enunciado en términos de Verón (2004), para conocer cómo dicho proceso se vincula con las condiciones materiales de producción mediante su componente ideológico.

Análisis de la enunciación y lo enunciado en el discurso del *En Marcha*

A continuación, detallaremos los resultados arrojados por el análisis de las dimensiones referencial y enunciativa (Mata y Scarafía, 1993) de cinco editoriales tomados del periódico *En Marcha* entre junio de 1976 y octubre de 1977, éstos son: “El poder para el pueblo”, “Ninguna negociación con la Gulf”, “Contra los decretos antiobreros”, “La clase obrera consciente dijo No al revisionismo” y “Gloria a los mártires de AZTRA”; seleccionados a partir de su vinculación con los episodios contenciosos descritos en el se-

gundo capítulo de este trabajo. Dichos textos fueron estudiados con el fin de conocer la construcción de sentidos sobre la lucha social y sus protagonistas en el periódico partidario y la manera en que sus interpretaciones de la realidad intentaron configurar identidades políticas y oportunidades para la acción colectiva.

Construcción discursiva de la lucha social en el contenido de los editoriales

Como lo señalamos en el primer capítulo, a partir de la definición de Verón (2004) del discurso como una construcción social de sentido, que se enmarca en un contexto espacio-temporal determinado, podemos identificar que éste no refleja la realidad, sino que la configura.

Lo que dice el discurso o su dimensión referencial, es el nexo que establece el emisor entre lo que se dice y aquello de lo que se habla, es decir, entre el plano del discurso y el plano de la realidad (Mata y Scarafía, 1993).

Para conocer la manera en que la realidad se establece en el discurso del periódico *En Marcha*, realizamos una plantilla recogiendo algunos elementos para el análisis de la dimensión referencial, propuesto por Mata y Scarafía (1993) los mismos que se exponen en el capítulo introductorio. Esta herramienta nos permitió clasificar el contenido de los editoriales para identificar los procesos de mediación dados desde sus creadores.

Uno de los primeros hallazgos, producto del acercamiento al proceso productivo del periódico, fue el reconocimiento del enunciador-partido es decir, que al tratarse del órgano central de un partido político, se priorizó el carácter colectivo por encima de las individualidades, es por ello que en el contenido de la prensa no constan los nombres de sus creadores, esto responde, a que el discurso se construyó en base a una estructura orgánica, la misma que expusimos a inicios de este capítulo.

Por otro lado, según los datos proporcionados por la plantilla de análisis referencial, durante el periodo 1976-1977 el principal tema que se posicionó desde el periódico fue: la toma del poder por parte del pueblo; alrededor de éste se pusieron en discusión algunos ítems, entre los cuales hemos seleccionado los que, desde nuestra perspectiva, responden a los principales episodios contenciosos que se señalaron en el segundo capítulo, como el retorno al orden constitucional mediante una Asamblea Popular, la nacionalización del petróleo y expulsión de la Texaco-Gulf

sin indemnización, la defensa de los derechos laborales, la lucha contra el revisionismo, la represión de la dictadura militar y la denuncia de la masacre de los trabajadores de AZTRA, es decir, se dio prioridad al campo de la lucha política y económica, levantando protestas y reivindicaciones específicas en lo que concierne al mejoramiento de la calidad de vida en el ámbito cotidiano, como el conflicto alrededor del encarecimiento de productos de primera necesidad, las mejoras salariales, el respeto a la huelga, libertad de presos políticos, entre otros; así como demandas que respondían a las necesidades de las clases subalternas por configurar, lo que en términos gramscianos constituye, una nueva dirección intelectual y moral, por ejemplo, la instauración de un modelo de democracia directa y no representativa, redistribución de la riqueza, respeto de la soberanía y la vida, reforma agraria, el antiimperialismo, etc.

Huellas temporales

Identificamos la presencia de huellas temporales en el discurso, es decir, referencias al tiempo en que ocurrieron los hechos para dotarlos de significación. Los tipos de visiones predominantes, que se conjugaron en la propuesta de los editoriales, fueron presentista y prospectiva. La visión histórica de los acontecimientos se limitó en la mayoría de los casos a la exposición de los hechos señalando el momento en que sucedieron los mismos y a la vez proyectando sus derivaciones políticas.

Un ejemplo de dicho proceso lo encontramos en el editorial denominado *El poder para el pueblo*, que se publicó como respuesta a la convocatoria oficial a diálogo político dada por el triunvirato militar, como mecanismo para el retorno al régimen democrático:

El 18 de febrero de este año, en respuesta pública a la invitación que el Ministerio de Gobierno hiciera a nuestro Partido para que participara en el 'diálogo sobre el retorno', sosteníamos que: La salida a la actual crisis política, el desarrollo y la independencia del país exigen la entrega del poder al pueblo ecuatoriano, mediante la constitución de una Asamblea Popular (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976).

En este fragmento del discurso observamos que se concentran elementos del presente, entendido no como lo actual sino como el momento de ocurrencia real de un hecho (Mata y Scaraffia, 1993), al señalar la fecha en que se publicó la respuesta del PCMLE; mientras que la visión prospectiva se evidencia en el planteamiento a futuro de que la salida a la crisis, el desarrollo y la independencia del país, solo serán posibles mediante la Asamblea Popular.

Según Muñoz, en el editorial se resumían las ideas y tareas del momento, esto explicaría la predominancia de las visiones presentista, en la medida en que uno de los objetivos del periódico era informar y posicionar los temas que competen directamente a la clase obrera y, prospectiva, en función de delinear los métodos de actividad práctica a seguir, respondiendo de esta manera al llamado que tenía el órgano de prensa, desde la concepción leninista, de abrir el espacio al debate teórico y su aplicación.

A pesar de que la tendencia, en cuatro de los cinco editoriales analizados, estuvo marcada alrededor de plantear los hechos y el alcance de los mismos en términos políticos, encontramos un punto de quiebre de dicho procedimiento en la publicación del escrito “Contra los decretos antiobreros, huelga nacional!” durante la segunda semana de noviembre de 1976 cuando, en medio de un generalizado ambiente de insatisfacción popular debido al quebrantamiento de derechos laborales y la implantación de diversas medidas económicas antipopulares impulsadas por el régimen, en medio de un proceso inflacionario que deterioró aún más la calidad de vida de los sectores subalternos y la posesión del Coronel Bolívar Jarrín Cahueñas, como Ministro de Gobierno, encargado de poner en marcha la denominada Ley de Seguridad Nacional (destinada principalmente a la represión en caso de conmoción interna o subversión), tal como lo vimos en el segundo capítulo; se promueve la convocatoria a huelga nacional desde distintos sectores de la subalternidad, uno de ellos fue el PCMLE.

La lectura de los acontecimientos en dicho caso, reunió tres tipos de temporalidades: pasado, presente y futuro o lo que las autoras Mata y Scaraffia (1993) denominan visión diacrónica.

Se entrelazaron elementos actuales (en relación con la época), como la referencia a la crisis que vivía el sector laboral:

Varios son los decretos antiobrereros dictados para aumentar en millonadas las ganancias de las empresas mediante el descarado atraco a los trabajadores, como el 14-29, de diciembre de 1972, que suprime la responsabilidad patronal solidaria, para liberar de toda obligación laboral a las empresas constructoras y petroleras y permitirles que roben íntegramente el porcentaje de utilidades de miles y miles de trabajadores (*En Marcha*, segunda semana de noviembre de 1976).

El discurso se remontó al momento en que se emitieron las leyes represivas:

El decreto 105 (Asamblea Constituyente de 1967) impone penas de prisión hasta por tres años a los dirigentes sindicales y populares que organicen luchas generales (...) 054 y 855 (gobierno de Velasco, 1969), al declarar a los trabajadores de los servicios públicos, incluidos los de la salud, empleados de libre remoción, suprimiendo para ellos todas las garantías del Código de Trabajo (...) El decreto 064 (dictadura militar de Rodríguez Lara), el más odiado, no solo anula el derecho de huelga sino que impide legalmente el derecho de reclamación (...) Es absolutamente claro que todos estos decretos atacan a la vez, gravemente, los derechos de huelga, de reclamación y de organización que están íntimamente relacionados (*En Marcha*, segunda semana de noviembre de 1976).

Y finalmente, se exponen los hechos desde una proyección, al referirse a los logros que el pueblo alcanzaría con la huelga nacional:

La lucha contra las leyes represivas, por los derechos políticos de los trabajadores, que es el objetivo central de la Huelga Unitaria Nacional es uno de los aspectos que dará un carácter político a este combate general de los trabajadores ecuatorianos, enfrentándolos como clase a la clase de los patronos y a su Estado represivo, poniendo a prueba y desenmascarando a los revisionistas y a los demás agentes del enemigo incrustados en el movimiento sindical (...) El pueblo entero aprenderá en este combate a luchar por las libertades públicas y podrá comprender mejor que su liberación definitiva será posible cuando tome el poder bajo la dirección de la clase obrera (*En Marcha*, segunda semana de noviembre de 1976).

El apareamiento de un editorial con una visión temporal diacrónica, que relaciona de modo integral la información sobre un hecho, en este caso, la aplicación de los decretos antiobreros por parte del gobierno militar (apoyado en la Ley de Seguridad Nacional), la explicación de dichos preceptos basados en sus antecedentes (la identificación de los gobiernos que decretaron dichas leyes y sus consecuencias atentatorias a los derechos sindicales), así como la proyección de la huelga nacional como una oportunidad de aprendizaje colectivo para la toma del poder, evidencian el propósito desde el partido de construir una lectura dinámica de la lucha social en aquel momento.

En este sentido, podemos deducir que la convocatoria a huelga nacional era un llamado a los trabajadores a reconocer su ser colectivo clasista y superar la resistencia individual, evidenciando la característica de la prensa como una herramienta de formación política. Enlazar la vulnerabilidad de los derechos laborales con su contexto histórico puede ser entendida como un intento de generar conciencia activa de la necesidad histórica de transformación social.

Pero, ¿por qué se vuelve evidente la lectura diacrónica de los acontecimientos en este caso en particular?, consideramos que además del llamado a la unidad de fuerzas en contra de las leyes denominadas represivas, el contexto social y político en el que se emitió el editorial, nos permite pensar que existía una intencionalidad más allá de lo expuesto. Recordemos que el texto que examinamos fue realizado en el periodo de preparación de la huelga, específicamente seis meses antes de que se realice, el 18 de mayo de 1977, cuando al interior de las clases subalternas se pugnaba por configurar interpretaciones sociales compartidas para la movilización, en consecuencia, la amenaza para el PCMLE no sólo provenía del gobierno y la implementación de leyes antiobreras, sino de la polarización de posiciones de la izquierda, alrededor del retorno constitucional. Lo que estaba en juego no era solamente la defensa de los derechos de los trabajadores, sino la dirección política de la acción colectiva, es por ello que consideramos que la estrategia de ampliar y profundizar la mirada histórica, en un intento de comprensión sistémica de los hechos, como sucedió en este caso, estuvo en función de otorgar una interpretación más sólida que permita disputar los argumentos que enmarquen el sentido y orienta-

ción de la huelga, dejando en claro que no se puede tener ningún tipo de cooperación o condescendencia con el régimen, menos aún en nombre de la democracia.

Personificación de actores y sus roles sociales

Conocer la representación de los actores de la contienda política en la prensa partidaria, nos permitirá comprender el modo de interpretación de la lucha social y la manera de configurar identidades políticas, las mismas que, como vimos en el capítulo teórico, “consisten en respuestas colectivas a preguntas del tipo ‘quiénes somos nosotros’ y ‘quiénes son ellos’” (Tilly, 2007: 55).

Dentro del discurso encontramos la representación de sujetos e instituciones como actores y la construcción de sus roles sociales como una forma de enmarcar significados para la irrupción en el escenario político.

Según los datos arrojados por la plantilla de análisis de la dimensión referencial, los actores que protagonizaron la lucha social entre 1976-1977 desde la visión de los editoriales del periódico *En Marcha*, se dividen en tres tipos: clase dominante, clases subalternas (principalmente el proletariado urbano) y el imperialismo (norteamericano).

La *clase dominante*, en este caso, reúne al empresariado que concentra el capital industrial-financiero y al gobierno; los primeros son representados como “opresores”, “entreguistas” y “explotadores”:

La reaccionaria democracia representativa que ha sido el juego permanente de los explotadores en su afán por arrastrar a su favor el sudor y la sangre de los trabajadores, buscando afianzar con ellos su propio poder de opresores y explotadores del pueblo (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976).

El gobierno junto con sus instituciones, se presentan como representantes y garantes de los intereses de la clase burguesa: “la dictadura militar, al elaborar el plan de ‘reordenamiento jurídico’ del Estado se ha planteado como objetivo central la entrega del poder a los civiles de las clases dominantes” (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976); y del imperialismo: “la propia dictadura militar, ante el cúmulo de presiones de todos los entreguistas y agentes del imperio ha declarado que ‘no hay intención de

despojar a la Gulf unilateralmente de lo que le corresponde” (*En Marcha*, quinta semana de septiembre de 1976). Así como, represores del pueblo: “responsables son todos los cuerpos represivos, adoctrinados de tal modo contra el pueblo, cobardes que no dudan un segundo en tirar a matar contra personas inermes, mujeres y niños” (*En Marcha*, quinta semana de octubre de 1977).

El imperialismo norteamericano, encarnado en las empresas petroleras transnacionales y el gobierno de los Estados Unidos, es catalogado como “conspirador” y “opresor”. Por ejemplo, en el editorial Ninguna negociación con la Gulf, el entonces embajador estadounidense, se muestra como el agente conspirador del imperialismo que impone sus intereses al gobierno: “El imperialismo, a través de su embajador Bloomfield presiona a la dictadura, a la vez que empuja a la conspiración para lograr la aprobación definitiva de las Reformas a la actual Ley de Hidrocarburos y pagar una alta indemnización a la compañía” (*En Marcha*, quinta semana de septiembre de 1976).

Las clases subalternas, donde encontramos representados a los trabajadores de la ciudad, el pueblo (sectores populares), la dirigencia sindical, el Partido posicionado como la “vanguardia” cuyo rol es “organizar y dirigir la lucha de la clase obrera” y, los revisionistas, que son personificados como “traidores, oportunistas y renegados”, señalados como “agentes del imperio” y abiertos “serviles” a los intereses de la dictadura y los empresarios.

Según el contenido de los editoriales, los sectores calificados como “revisionistas”, “corrompidos politiqueros pseudoizquierdistas” y “traidores” de los intereses del pueblo se encuentran “incrustados en el movimiento sindical” y son: el Partido Comunista, Partido Socialista Revolucionario, el FADI, CEDOC, CEOSL, entre otros, que según se indica “se afanan por ser los puntales de la dictadura desarrollista, castrando las luchas populares, desorganizando a las masas, inculcándoles el veneno del pacifismo y el legalismo”. (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976).

El pueblo, que reúne a los “obreros, campesinos, maestros, estudiantes, profesionales, artesanos, militares patriotas y otros sectores explotados de todas las provincias del país” (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976), es representado como un actor combativo (resaltando el grado de provocación y amenaza que también puede significar para el

enemigo de clase) cuando el discurso convoca a la acción; es decir, cuando se busca movilizar a éste en función de los objetivos de lucha, como lo fueron la defensa de la nacionalización del petróleo, los derechos laborales, etc., mientras que, en momentos de repliegue, es descrito como víctima de la clase dominante que lo explota, del gobierno que lo reprime y de los revisionistas que lo engañan.

Un ejemplo de dicha dinámica, la encontramos en el contexto preparatorio de la Segunda Huelga Nacional Unitaria, cuando uno de los periódicos representaba a la manifestación como una herramienta para elevar la unidad de las bases de los trabajadores y abrir nuevas perspectivas de victoria a su lucha y la del pueblo (*En Marcha*, segunda semana de noviembre de 1976).

Nuestro pueblo combate la miseria, la explotación, la arremetida patronal, la política antipopular del régimen, el saqueo y la intromisión imperialistas. Se cuentan por decenas de miles los trabajadores, maestros, estudiantes y demás clases y capas populares que —particularmente estos últimos meses— han llevado a cabo importantes movilizaciones demostrativas de su afán de transformación social y política (*En Marcha*, segunda semana de noviembre de 1976).

En los meses previos a la movilización no faltaron las exaltaciones del “pueblo en pie de lucha”, sin embargo, la Segunda Huelga Nacional de mayo de 1977 no alcanzó la trascendencia que buscaba en el sentido de consolidar la unidad de los trabajadores ni de anular los decretos antiobremos en ese momento, debido a diversos factores que ya han sido mencionados, entre ellos la polarización de la izquierda. Frente a esto, la respuesta dada por el PCMLE estuvo orientada a identificar lo que ellos consideraron como razones para el fracaso de la medida de hecho:

Huelga convocada por los burócratas sindicales con los propósitos golpistas ya denunciados [...] La actitud traidora de la burocracia que lanzó una huelga en las peores condiciones, carente de preparación, de combatividad [...] el imperialismo, valiéndose de sus instrumentos y agentes de la CIA incrustados en las alas de la CEDOC (con Cusiana a la cabeza) y de la

CEOSL (con Villacrés Arandi en primer lugar) desataron toda una campaña anticomunista [...] Socialistas revolucionarios, izquierda cristiana, Jaime Galarza, Carlos Rodríguez [...] sus maquinaciones no prosperaron [...] sus intentos de utilizar al movimiento obrero para sus fines fracasaron otra vez (*En Marcha*, cuarta semana de mayo de 1977).

Es decir, la combatividad que en un momento se plasmó en el periódico como característica inherente al pueblo, tras el fracaso de la huelga, se convirtió en un elemento ausente, según se explica en la cita anterior, por la actitud traidora de la burocracia sindical. La falta de movilización fue interpretada como una manifestación de fortaleza del movimiento obrero:

Contra la acción de los agentes de la CIA y de la dictadura, contra las maniobras del revisionismo y demás oportunistas, en hecho de gran trascendencia histórica, el movimiento obrero más consciente, los sectores más avanzados del pueblo, han dado un gran paso hacia delante. La no participación consciente de la clase obrera [...] ha marcado la separación más tajante de la parte sana del proletariado de la podrida y traidora burocracia sindical (*En Marcha*, cuarta semana de mayo de 1977).

En este caso, se exalta una imagen de los trabajadores con mayor conciencia política, capaces de identificar la actitud traidora de los burócratas sindicalistas, a nuestro parecer, se trata de un giro discursivo para mantener el símbolo de una clase proletaria activa y firme, por encima de los resultados de la huelga convocada por las centrales sindicales tildadas de revisionistas.

Otro factor que destaca de este episodio, es que la poca acogida que tuvo la huelga, fue concebida en el discurso del PCMLE como una victoria implícita de la lucha, entre los sectores de izquierda, por captar políticamente la dirección de la acción colectiva: “El marxismo-leninismo disputó al revisionismo, en la práctica, la dirección del movimiento obrero”. Tan es así que no se perdió la oportunidad para posicionar una estrategia de propaganda del partido entre las masas, al atribuirse el apoyo irrestricto a las bases sindicales durante la coyuntura: “Cada vez les es más difícil a los enemigos del pueblo, engañarlo y utilizarlo, y eso se debe, en primer lugar, a la presencia y lucha de nuestro Partido, junto al pueblo”

(*En Marcha*, cuarta semana de mayo de 1977).

De esta manera, identificamos que el receptor-trabajador es el principal destinatario de la construcción discursiva de la prensa partidaria, pero no cualquier trabajador, sino aquel que es representado como la parte sana del proletariado, es decir el que se identifica con las bases de la clase obrera. En ningún momento aparece la intervención de dicho receptor empírico de forma directa, lo que predomina es la representación de éste como clase revolucionaria, es decir, el periódico habla desde su compromiso con los sectores populares, construye un discurso que proviene de la reflexión de la organización, que habla del pueblo, pero que no necesariamente es una expresión acabada de la cotidianidad de los sectores populares.

Los consensos o lazos de cooperación entre el gobierno, los empresarios, el imperialismo y los revisionistas, que figuran en el discurso, los dibujan como un bloque opositor cuyos intereses entran en conflicto con los del pueblo, que se muestra constantemente en alianza con los trabajadores y el partido. Dicha dinámica es casi inalterable en los editoriales analizados, no se registran mayores transformaciones y se mantiene una lectura estática de estos actores y sus interacciones. La dimensión de quiénes son *ellos* y *nosotros* (Tilly, 2007), es identificada de modo directo y unívoco.

Vínculos discursivos entre el enunciador-partido y sus destinatarios

Como se mencionó en el capítulo teórico, dentro de la relación enunciador-destinatario existe un vínculo denominado contrato de lectura (Verón, 2004), que es entendido como un acuerdo implícito entre quien construye el discurso, es decir el enunciador y quien lo recibe, su destinatario: “Se trata de una convención, de un sobreentendido necesario para poder comunicar algo. De acuerdo con ese supuesto, el *enunciador* imagina un *destinatario* que en principio le puede entender, creer, aceptar, pero que también puede rechazar lo que dice, interrumpir el vínculo” (Mata y Scarafía, 1993: 92-93).

Para identificar el tipo de contrato que sostiene al discurso de la prensa partidaria, diseñamos una plantilla en base a los elementos metodológicos que proponen las autoras Mata y Scarafía para el estudio de la dimensión enunciativa del discurso radiofónico, el mismo que fue adaptado a nuestros objetivos, dicha herramienta fue utilizada para clasificar el contenido de los editoriales con el fin de conocer las estrategias del partido

para garantizar la permanencia del vínculo con sus destinatarios.

Para ello, fue necesario reconocer las huellas de la forma directa en que aparece el destinatario en el discurso a través de apelaciones y referencias, y la imagen indirecta del enunciador que se construye mediante el uso de estrategias de posicionamiento, persuasión, legitimación y educación; todos estos elementos ya han sido explicados en el capítulo introductorio.

Apelaciones y referencias discursivas

La construcción de los destinatarios del discurso de la prensa partidaria, responde a su soporte organizacional, el periódico al ser el órgano central del PCMLE, debía cumplir con el objetivo de informar y educar al pueblo, en función de organizar la lucha de clase del proletariado para la conquista del poder político y la organización de la sociedad socialista (Lenin, 1980). Es así que, las formas de interpelar al destinatario (pueblo, trabajadores y militantes del partido) giraron en torno a convocatorias directas para la educación, organización y acción por una lucha independiente:

Que este planteamiento de la lucha independiente del pueblo se efectivice depende, en primer lugar, de la *acción del pueblo*, de la lucha de las masas, de la permanente elevación de su conciencia política [...] La acción del partido es decisiva. La calidad de vanguardia de nuestro partido radica precisamente en acen-
tuar el camino independiente de la clase obrera y el pueblo (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976).

Es necesario reconocer, que desde la construcción discursiva del periódico, los destinatarios pueblo y trabajadores se encuentran fuertemente vinculados, en varias ocasiones encontramos intentos por mostrar que las demandas de ambos sectores son afines y orientadas hacia un mismo objetivo: la toma del poder por parte del pueblo bajo la dirección de la clase obrera; es decir, la unidad de fuerzas subalternas que relacionan la lucha económica y política, por ejemplo, cuando se reunió dentro de los objetivos de la Huelga Nacional de 1977 “el rechazo al encarecimiento de la vida y la defensa de los derechos sindicales” (*En Marcha*, segunda semana de noviembre de 1976).

Las alusiones al pueblo tienen un sentido de pertenencia y distanciamiento; por un lado, el partido se incluye como parte del pueblo, manifiesta abiertamente una relación de inclusión cuando se refiere a este destinatario como “nuestro pueblo” y por otro, marca una diferenciación al interior del mismo, posicionándose como su custodio en calidad de “vanguardia”. Esto podría entenderse, desde la lectura gramsciana, porque a pesar del vínculo entre los intelectuales y el hombre-masa la función del intelectual, de unificar la voluntad disgregada de los grupos subalternos y articular diversos niveles de conciencia para orientarlos hacia un mismo fin, le obliga a asumir un rol dirigente sobre éstos, por supuesto, dialécticamente interpretado.

En el discurso de la prensa partidaria se presenta al pueblo y al partido como una fuerza revolucionaria, una totalidad articulada, como dos miembros cercanos de una misma familia. De esta manera, entendemos que se busca fortalecer el vínculo entre el partido y los trabajadores, lo que en términos gramscianos significa el intento por conformar una fuerza hegemónica, a partir de la unión teoría-práctica, es decir, los intelectuales en su rol de organizadores y dirigentes aliados, conducen a los grupos subalternos hacia una concepción más elevada de la vida, en este caso, hacia la necesidad de emprender una lucha de clase unitaria e independiente.

Estrategias de enunciación en el periódico En Marcha

Posicionar el discurso del partido, su lectura sobre la realidad, era una de las tareas que debía cumplir la prensa partidaria para desempeñar sus roles de agitación, propaganda y organización del pueblo, los trabajadores y su militancia. A continuación damos cuenta de las huellas que evidencian dichos intentos por construir vínculos que garanticen la aceptación del mensaje.

Los resultados arrojados por las plantillas de análisis de la dimensión enunciativa muestran que el posicionamiento del partido, en la mayoría de los editoriales analizados, estuvo centrado alrededor de la denuncia y la propuesta, observemos algunos ejemplos, dados en el contexto de buscar salidas políticas para el retorno al sistema democrático:

[Denuncia]: La reaccionaria democracia representativa ha sido el juego permanente de los explotadores en su afán de arrastrar

en esta forma a su favor, el sudor y la sangre de los trabajadores. [Propuesta]: Ante la actual situación política reafirmamos que el poder debe estar en manos del pueblo, que este debe dar lugar a la lucha por que se conforme una Asamblea Popular, [la misma que] nos debe servir hoy, en concreto, para educar al pueblo y elevar su conciencia respecto a la necesidad de que las masas se basen en sus propias fuerzas para resolver sus problemas (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976).

De esta manera se pone de manifiesto las huellas del enfoque ideológico en su discurso de la lucha de clases y la toma del poder por parte del pueblo en alianza con los trabajadores y el partido.

Reconociendo la lucha armada como vía para la toma del poder (una de las líneas de acción del PCMLE, tal como lo explicó César Muñoz a inicios de este capítulo) nos llamó la atención encontrar en el mencionado editorial el planteamiento de retorno al orden constitucional a través de una Asamblea Popular; nos preguntamos ¿cambió, a caso, la línea del partido sobre la lucha armada?, uno de sus militantes responde:

No cambió, sino que no era el momento, porque el pueblo, cansado de las dictaduras, quería el retorno a la democracia, ese era el ambiente general y entonces, si se planteaba la posibilidad de dar el voto nosotros íbamos a caer mal ante el pueblo planteándole la lucha armada. No era factible en ese momento, es decir, ahí sí había una aplicación correcta de hacer las cosas de acuerdo a las circunstancias, al momento histórico en el que se estaba, a qué fuerzas podíamos tener con la lucha armada o qué fuerzas del pueblo podían apoyar nuestra tesis de también ir al retorno, pero con una diferencia sustancial a lo que la dictadura planteaba, nosotros planteábamos una alternativa que era la Asamblea Popular (Entrevista a César Muñoz, 2009).

La tesis discursiva de la Asamblea Popular constituyó, en consecuencia, una huella de la adaptación del partido a las condiciones de lucha del momento, una estrategia de posicionamiento para conservar el contrato de lectura con los destinatarios del periódico y no poner en riesgo el vínculo con éstos.

Desde la lectura gramsciana y de McAdam, Tarrow y Tilly, podemos en-

contrar en dicho giro discursivo un nuevo ejemplo del paso de lo “objetivo a lo subjetivo”, en la medida en que podemos pensar que se trató también de un intento por crear oportunidades para la acción colectiva, a partir de una reinterpretación del escenario político.

Por otro lado, el enunciador-partido fundamenta y legitima su discurso a partir de una abierta identificación con los trabajadores que, como vimos en párrafos anteriores, se representan como los principales actores de la contienda política. Esto puede explicarse a partir de la lectura leninista que reconoce a las organizaciones sindicales como “auxiliar de la mayor importancia para la agitación política y la organización revolucionaria” (Lenin, 1970: 151), podríamos entender que a partir de esta visión se dio prioridad a la lucha de la clase obrera, como conectora del resto del pueblo.

Dicha huella correspondería también al escenario político del momento, ya que en el periodo contencioso de 1976-1977, la clase trabajadora personificó el principal opositor del régimen que, como vimos en el segundo capítulo, afrontó brutales represiones y una serie de arbitrariedades como despidos intempestivos, encarcelamientos y persecuciones contra sus dirigentes; pero también constituyó un momento de reordenamiento, agrupación y lucha por consolidar las fuerzas políticas de las clases subalternas lo que, desde nuestra perspectiva, motivaría al PCMLE a demostrar su interés por proponer soluciones a los problemas que aquejaban a la clase obrera urbana, trabajadores informales, el campesinado, los estudiantes, etc. y hablar en nombre del derecho que le asiste, al representarse como la vanguardia de éstos.

Los contenidos de los editoriales también estuvieron sustentados en estrategias de persuasión, principalmente en fundamentos que recurren a criterios de autoridad y a argumentaciones lógicas, por ejemplo: el partido, en su rol de vanguardia, habla en nombre de la clase obrera y el pueblo, y afirma: “el plan de ‘reordenamiento jurídico’ del estado se ha planteado como objetivo central la entrega al poder de los civiles de las clases dominantes”. Desde el discurso del partido, la dictadura militar representa a la burguesía, por tanto su plan de ‘reordenamiento jurídico’ busca entregar el poder a los civiles de las clases dominantes. El argumento de que el poder debe estar en manos del pueblo surge, entonces, de una reflexión elemental y lógica para los enunciadores ¿quién puede conocer mejor los problemas del pueblo y tener la capacidad de resolverlos, sino es el propio

pueblo?: “reafirmamos que el poder debe estar en manos del pueblo [...] que es el único capaz de resolver radicalmente, los agudos problemas generales”. En consecuencia, ¿cuál es el camino que debe tomar el pueblo?: “La Asamblea Popular es la respuesta correcta del proletariado y del resto del pueblo. Constituye el más idóneo instrumento de expresión popular *inmediata* por el cual luchar” (*En Marcha*, segunda semana de junio de 1976), de esta manera se buscó cimentar el mensaje.

En ciertos casos, como cuando se exigía la terminación del contrato con la compañía petrolera Gulf, según el editorial en cuestión, por negarse a pagar el precio real del petróleo, las estrategias de persuasión se fundamentaron en criterios de autoridad masivamente reconocidos, como las leyes, la Constitución, etc. y en el señalamiento de cifras, veamos: “Según la vigente Ley de Hidrocarburos (artículos 72 y 73) el Estado puede y debe declarar la *caducidad inmediata del contrato con la Gulf*, por incumplimiento y estafa. [La Gulf] adeudará al Estado ecuatoriano la cantidad de cincuenta millones de dólares (1.250 millones de sucres)” (*En Marcha*, quinta semana de septiembre de 1976). Todos estos componentes discursivos se construyeron en función de probar la validez de los criterios emitidos, de intentar que los destinatarios se adhieran a las ideas del partido y respalden el llamado a la nacionalización del petróleo.

Las estrategias de legitimación del discurso variaron en función de la coyuntura, vimos que en el tema del petróleo y las empresas transnacionales, era necesario hacer referencia a la intervención imperialista como proceso enmarcador del conflicto, para justificar una convocatoria nacionalista en defensa de los recursos naturales. Mientras que en el marco de la convulsión social ocasionada por la masacre de los trabajadores de AZTRA, se dio paso a un discurso emotivo de los hechos: “Han vuelto a enlutar nuestros hogares, nos han vuelto a asesinar, pero no estamos dispuestos a bajar la cabeza” (*En Marcha*, quinta semana de octubre de 1977) para lograr aceptación y movilizar, aprovechando el momento de debilidad y de poca credibilidad del gobierno. A continuación, citamos algunos ejemplos de dicho proceder.

En el editorial Gloria a los mártires de AZTRA! Viva el derecho de huelga! El pueblo vengará sus muertes!, de la quinta semana de octubre de 1977, a diferencia de los anteriores, el discurso se respaldó principal-

mente en el conocimiento vivencial, según lo manifiestan sus enunciadores, de los testigos del hecho, a partir de ello se exponen en contraste las versiones oficiales y del pueblo:

La versión oficial pretende, por todos los medios, disminuir al máximo la gravedad del crimen, disminuir el número de muertos, hacer creer al pueblo que la causa fundamental fue el ‘ahogamiento’ en un canal de riego del ingenio, y responsabilizar a supuestos “agitadores” como los causantes del mismo. Ese es un lado de la moneda, el otro lado lo sostiene el pueblo: testigos oculares de los hechos [...] que manifiestan, con absoluta certeza, que la represión tenía las características de una acción fascista (*En Marcha*, quinta semana de octubre de 1977).

Frente a dichos argumentos y en momentos de profunda conmoción social, nos preguntamos ¿Quién puede dudar de la palabra del pueblo?, es aquí donde identificamos una huella de legitimidad que intenta cerrar cualquier posibilidad de cuestionamiento al discurso y finalmente, se apela a los derechos que asisten a los trabajadores para justificar su huelga y rechazar su asesinato: “en defensa de las más elementales conquistas, derechos y libertades públicas, tales como el derecho a la vida, el derecho a la organización, el derecho de huelga, contra los cuales se han lanzado los dictadores al asesinar a los trabajadores azucareros quienes, haciendo uso de sus derechos se declararon en huelga” (*En Marcha*, quinta semana de octubre de 1977) .

Particularmente, nos llamó la atención el llamado a la venganza que se destaca en el titular del editorial, como estrategia de legitimación; sus militantes nos explican por qué se utilizó este término en el discurso:

Escuché el relato [de los testimonios] y leí muchas otras cosas, el pueblo en todas partes se lanzó a esas manifestaciones gigantes en todas las ciudades del país, entonces, cabía usar la palabra venganza. Esto no nos divorciaba para nada de la masa, de la gran masa, era una palabra usada y sentida por la gran mayoría (Entrevista a César Muñoz, 2009).

Fue el contexto en el que se escribió, había una efervescencia de la lucha obrera, campesina, indígena, popular, veíamos muy cerca la toma del poder, eran unas condiciones objetivas que se mane-

jaban en el país, que estábamos a las puertas y era necesario exacerbar más ese odio de clase (Entrevista a René Gómez, 2009).

Es decir, que al emplear un término que estaba presente en el sentir de la gran mayoría, según la versión de Muñoz, se buscaba, por un lado, garantizar la permanencia del vínculo con el destinatario, el reconocimiento del partido con el pueblo, además que permitía configurar identidades políticas que daban paso a la identificación de los enemigos de clase y la construcción de significaciones compartidas favorables y necesarias para la acción colectiva.

Finalmente, las huellas del discurso que dan cuenta del objetivo formativo de la prensa, las encontramos en el tipo de temporalidad discursiva, que como ya vimos, fue mayoritariamente presentista y prospectiva, a partir de este tipo de visiones sobre la historia se relacionaron procedimientos informativos y cognitivos (Mata y Scarafía, 1993) con el fin de orientar el conocimiento de los destinatarios y sus prácticas.

El establecimiento de argumentos de causa y efecto fue una dinámica constante encontrada en los editoriales, a partir de ellas no sólo se establecieron pautas para la acción colectiva, sino toda una propuesta de interpretación de la realidad a partir de un razonamiento que involucraba una práctica de planificación de contenidos, referencias teóricas, experiencias empíricas valoradas como fuentes de saber indiscutibles, apelación a las emociones en momentos específicos para despertar la atención e identificación con los destinatarios y propuestas de movilización, que se utilizaron para explicar los acontecimientos sociales y definir una identidad política.

El uso de términos como clase, proletariado, imperialismo, revisionistas, burgueses, oligarcas, marxismo-leninismo, revolución, poder, etc., manejados casi de modo espontáneo, sin la necesidad de aclaración de conceptos, son las huellas que dibujan un destinatario políticamente organizado (proletariado urbano, sindicatos), con un bagaje cultural lo suficientemente ilustrado en el ámbito de la lucha social, con quien se comparte códigos lingüísticos que hacen suponer su entendimiento.

Lo que hemos evidenciado en el análisis de este tipo de estrategias utilizadas en los editoriales es, en términos gramscianos, la manera en que dentro de la lucha por la hegemonía entran en conflicto las direcciones de

las clases sociales, podemos decir, que en el caso particular de este sector de las clases subalternas (el PCMLE), las disputas por sentar un discurso desde su visión del mundo se jugaron en el campo ético, el mismo que se convirtió en elemento indispensable para sustentar la propuesta política, esto explicaría la generalizada exaltación al pueblo que defiende el derecho a una vida digna, en contraste con el severo rechazo a los valores de la clase dominante, que pretende acumular riqueza.

Concluimos entonces que, no podemos desligar la construcción discursiva de la lucha social en los editoriales del periódico *En Marcha* de su contexto histórico, puesto que allí se encuentran muchas explicaciones de su configuración. El paso del dominio del capital agro-exportador al industrial-financiero, no estuvo exento de conflictos en el seno de las clases dominantes, la naciente burguesía financiera y comercial, asociada al capital extranjero desplazó a la burguesía agraria, pero más allá de concentrar el poder económico necesitaba garantizar su hegemonía política e ideológica, es decir, lo que en el pensamiento de Gramsci significa restablecer el vínculo orgánico entre la estructura y la superestructura del bloque histórico, por ello, como vimos en el segundo capítulo, no faltaron los padrinazgos condicionados a regímenes militares y caudillos con el fin de instaurar un modelo de Estado, que garantice las condiciones necesarias para reafirmar su poder.

Las fuerzas armadas y los empresarios buscaron mecanismos para cambiar las bases sociopolíticas del país (Plan de Retorno, Plan de Reestructuración Jurídica del Estado, Ley de Seguridad Nacional) e imponer de esta manera una nueva hegemonía acorde con los nuevos parámetros que exigía el mercado internacional de exportación de petróleo, tornando al tema político como eje central para la legitimación del poder. La pugna por la hegemonía se reflejó, precisamente, en los intentos del triunvirato militar por modificar las relaciones Estado-masas, a través de la propuesta de un nuevo consenso social que le permitiera a la clase dominante remover posibles obstáculos a su proyecto político, es así, que el gobierno busca captar a las clases subalternas a través de su propuesta de retorno por la vía constitucional, delimitando de esta manera la cancha en que se disputaba el juego democrático.

Aquello implicó también, el ahondamiento de una crisis al interior de los

partidos políticos de izquierda, entre quienes cedieron lugar a los diálogos y quienes se mantuvieron al margen de éstos, por tanto en lugar de existir una clara y conjunta propuesta de dirección de la acción colectiva, predominaron los enfrentamientos internos. Las discrepancias en el proyecto político de la toma del poder, entre la izquierda de tendencia soviética y maoísta incidieron en la posición de diálogo político. Las huellas de la imperante pugna ideológica, se reflejaron en el contenido de los textos, ninguna de las lecturas hechas por los editoriales estuvieron exentas de adjuntar a los enemigos políticos algún grado de responsabilidad de los conflictos sociales.

La llegada de la década del setenta, caracterizada por la instauración de dos dictaduras militares y un vertiginoso dinamismo económico producto de la explotación petrolera, no sólo dio paso a la expansión del capitalismo en nuestro país, sino a un proceso de industrialización moderna e incremento de las desigualdades sociales. Este contexto de reconfiguración de las relaciones de producción, significó además, un espacio de intento de acumulación de fuerzas del sector laboral, de organización proletaria que se manifestó en la conformación de gremios de los trabajadores y una constante confrontación al régimen a través de huelgas nacionales, recordemos que el movimiento obrero organizado fue la principal fuerza social que se opuso al proyecto político de las clases dominantes.

Dicha oposición se tradujo, en más de una ocasión, en fuertes golpes por parte de los regímenes militares a los obreros, perdieron conquistas laborales y enfrentaron fuertes oleadas de represión que trajeron como consecuencia la muerte o persecución de muchos de sus dirigentes y militantes, la masacre de los trabajadores de AZTRA es uno de sus mayores referentes. Todo este proceso de desarrollo de las fuerzas del proletariado en nuestro país, configuraron dos formas de representación de la contienda en los discursos del periódico *En Marcha*, la primera respondía a las necesidades inmediatas de mejorar la calidad de vida de la población (se movilizaron en respuesta al deterioro económico, por salarios dignos, por la defensa de los derechos sindicales y sus organizaciones, por el mejoramiento de las condiciones de trabajo, etc.) y la segunda, estaba vinculada al proyecto político que perseguía este sector de las clases subalternas, orientado a la toma del poder; ambas luchas (económica y política) eran

concebidas como una sola cosa, como el resultado de la lucha de clases que busca acabar con la explotación y el capitalismo.

Los argumentos que daban cuenta de dicha dinámica en los editoriales, proyectaban a la transformación social como una necesidad ineludible. La urgencia de la revolución que parecía inminente, tomando en cuenta la influencia de la revolución cubana, las circunstancias de desarrollo de las fuerzas productivas y las diversas crisis políticas de la clase dominante al intentar consolidar su hegemonía, modeló un tipo de discurso que demandaba soluciones inmediatas y la convicción de los enunciadores de que podían transformar la realidad, aún a riesgo de perder sus vidas, los llevó a dibujar un panorama polarizado de confrontación cerrada, a partir de una construcción discursiva en la cual la uniformidad de la representación de actores, con roles estereotipados, pretendía la casi automática interpretación y señalamiento de responsables, consecuencias y obligaciones políticas sobre los hechos, en un intento de organizar una voluntad colectiva que se traduzca en conciencia y acción.

La lucha social como escuela

El intelectual ligado orgánicamente a las clases subalternas, en el pensamiento de Gramsci, no solo deriva del pueblo sino que construye, impulsa o promueve un proceso intelectual colectivo en función de elevar *la concepción del mundo* de las masas y no sólo para pocos grupos intelectuales (Gramsci, 1984), con el fin de conformar una fuerza hegemónica traducida en conciencia política y acción.

De esta manera, el concepto de hegemonía en Gramsci se sustenta en la idea de que los acontecimientos no dependen del arbitrio de un individuo, ni tampoco del de un grupo o partido, sino de las voluntades de muchos; desde un punto de vista estratégico, el militante italiano, destaca no solo la necesidad de llegar al poder, sino de convertirse en clase dirigente incluso antes de tomar el poder.

En tal sentido, el partido político, como síntesis de la voluntad colectiva (Gramsci, 1972) basado en un principio articulador, está llamado a construir dicha hegemonía en base a un cuerpo de prácticas y representaciones sobre la vida social, pero ¿cómo se evidencia dicha

función en la prensa partidaria?

La lucha por la hegemonía desde las clases subalternas, por la construcción y validación de su proyecto político, ha significado el delinear de múltiples estrategias de autoeducación y organización colectiva. Por ejemplo, en el caso del PCMLE, vimos que la creación del periódico no sólo respondió a las necesidades de propaganda y agitación, sino que constituyó un espacio de formación para los militantes.

La contienda política no sólo demandaba reacciones inmediatas por parte de los trabajadores, sino la más disciplinada coordinación del trabajo conjunto. Los militantes encargados de elaborar el periódico adquirieron destrezas en el manejo de equipos, técnicas de diagramación, redacción, impresión, etc., esos conocimientos no los recibieron de la educación formal sino de su militancia a tiempo completo. Las condiciones adversas en las que actuaban, los obligó a implantar estrictas normas de trabajo secreto, las mismas que además fueron configurando el establecimiento de lazos entre sus miembros, más allá de su compromiso político, como lo mencionamos anteriormente, la disciplina, fraternidad y confianza en el compañero eran la mayor garantía no solo de la permanencia de la organización, sino de la vida misma de sus integrantes.

Aquello nos lleva a pensar, que la lucha social no sólo fue el espacio de disputa por la hegemonía, sino que también significó la conformación de una cultura militante, entendida como un conjunto de comportamientos, creencias y costumbres, una concepción del mundo, como diría Gramsci, de carácter clasista que constituyó, hasta cierto punto, una amenaza a la superestructura política dominante, en la medida en que se representó como una fuerza intelectual y moral contra-hegemónica para impulsar la movilización popular.

La contienda política, entre el amor y el odio

Otro de los elementos que se develaron en la indagación del proceso productivo del periódico, fue el modo en que se estableció un contrato de lectura, entre los enunciadores y destinatarios, en base a un discurso exacerbado del antagonismo de clases: los trabajadores y el gobierno no tienen posibilidad de reconciliación, la lucha es a muerte; la figura del Estado solamente es legitimada si el poder está en manos del pueblo, de esta

manera se intenta reunir el descontento producido por las medidas económicas antipopulares y el carácter represivo del régimen; que se tradujeron en consignas y convocatorias por la defensa de los derechos laborales, de la soberanía, de la dignidad, de la vida, etc.

Si bien el periódico intenta otorgar un carácter político a las demandas económicas, el sentido de los relatos que invitan a la movilización de los actores es ético-moral. La acción colectiva se justifica tras la imagen de un gran ideal: la libertad del pueblo oprimido, de esta manera la representación discursiva de unas clases subalternas víctimas del otro (es decir del gobierno, los revisionistas, los empresarios y el imperialismo) y, de un partido que se halla vinculado con el sentir del pueblo, sirve para intentar ganarse la confianza o generar una identidad con el destinatario, en la medida en que pretende mostrar que sus planteamientos son moralmente correctos y basados en una racionalidad lógica.

Un claro ejemplo de exaltación de la indignación moral, como estrategia para la toma de conciencia de un estado de injusticia y motor de la movilización social, lo encontramos en el relato de la masacre de los trabajadores de AZTRA, donde el llamado a la venganza fue representado como un estado emocional general, tan legítimo como el derecho a defender la vida e intentó ser promotor, desde el discurso, de una *catarsis*, en términos gramscianos, que de paso a convertir dicho acontecimiento en instrumento para la conformación de una conciencia ético-política favorable al proyecto de cambio.

En el periódico *En Marcha*, el partido habla en nombre de una identidad colectiva. La representación de un pueblo y una clase trabajadora que, en ciertos momentos, figuran como una fuerza combativa y en otros, dependiendo del contexto, como víctimas del engaño de las clases dominantes respondería, en el primer caso, a la necesidad de incitar a la lucha, para ello se vuelve fundamental caracterizar los poderes confrontados (los buenos y los malos) y, en el segundo, a la urgencia de rearticular sus fuerzas, reconstruir sus niveles de organización cuando se ven golpeados, ante lo cual resulta estratégico responsabilizar al enemigo como el generador de la discordia.

Dicha tendencia de representación de la dinámica social, puede explicarse desde el pensamiento gramsciano que plantea el “paso del saber

al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, al saber” (Gramsci: 1984, 123), es decir:

Si las relaciones entre los intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos -entre gobernantes y gobernados-, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no de forma mecánica, sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; solo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social (Gramsci, 1984: 124).

Esto nos indica que la apelación a un discurso fuertemente emocional, apasionado, puede responder a que, desde la mirada de este sector de las clases subalternas, la esperanza y el amor son tan importantes como el odio, a la hora de generar procesos enmarcadores de significados que desafíen al poder y originen oportunidades para la acción.

En el siguiente capítulo realizaremos el mismo ejercicio de análisis del proceso productivo de la canción popular, vinculada a la lucha social protagonizada en el periodo 1984-1988, como herramienta política para la generación de autoconciencia, correeduría y acción colectiva desde la subalternidad.

CAPÍTULO .IV

La canción popular y su construcción de sentidos: una práctica social

El arte es capaz de caracterizar y representar una época determinada mejor que cualquier otro fenómeno social.

Jan Mukarovsky.

A continuación analizaremos la producción discursiva de la canción popular, vinculada a la contienda política del periodo 1984-1988 en el Ecuador. Partiremos del reconocimiento del cantautor como sujeto político para comprender el soporte organizacional de su obra y la identificación de su género discursivo, expondremos los componentes más relevantes de su proceso productivo y finalizaremos en la descripción y análisis de los resultados obtenidos en el estudio de las dimensiones referencial y enunciativa de los temas musicales seleccionados, utilizando para ello la misma propuesta metodológica de Mata y Scaraffia, implementada en el estudio del periódico partidario.

El cantautor como actor político

Como lo señalamos en la introducción de esta investigación, durante los años ochenta la canción popular se convirtió en una herramienta de acción política socialmente relevante, debido a las condiciones de repliegue y resistencia a la que fue obligada la militancia orgánica de la izquierda, por la

incidencia de las políticas neoliberales y el terrorismo de Estado, lo cual no quiere decir que desapareció. En dicho contexto Jaime Guevara, también conocido como el Cantor de Contrabando, encontró un espacio para el canto agitador y el activismo político.

La década del setenta no sólo estuvo marcada políticamente por la irrupción de dos dictaduras militares y el intento de la clase trabajadora de alcanzar la unidad de fuerzas, como lo vimos en el segundo capítulo, sino por el surgimiento de un movimiento cultural, “la juventud como ente político y social empezó a tomar conciencia de sí mismo” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010) y a cuestionar muchos de los componentes del orden establecido, a buscar espacios de libertad al interior de la sociedad conservadora, influenciados por el movimiento hippie de los años sesenta. Esta renovación del pensamiento juvenil, se reflejó no sólo en el cambio de comportamiento (oposición a los patrones morales de la sexualidad), vestimenta (pantalones acampanados, sandalias, pelo largo en los hombres y mini falda en las mujeres) y hábitos (como el consumo de marihuana) de la juventud sino, sobre todo, en canciones como el rock y el folklor latinoamericano o también conocido como nueva canción, comprometida con la lucha de la clase proletaria.

Guevara se vincula con el movimiento rockero de Quito en 1973, en ese año hace su primera aparición durante un concierto en el Coliseo Julio César Hidalgo de esta ciudad, donde la comunidad rockera lo recibió con hosnidad:

La gente en un concierto de rock tenía prejuicios paralelos a los que tenía la gente que acudía a los festivales de música folklórica latinoamericana, que por entonces empezaron a despertar en nuestro territorio, tenían prejuicios análogos, si para los adherentes a la canción folklórica hubiera sido una injuria y era una injuria aparecerse con guitarra eléctrica, para los adherentes al rock fue una injuria al principio mi aparición con guitarra de palo, y solo gracias a que mis letras hablaban de las vivencias de la juventud de ese tiempo, hablando sobre la represión, satirizando a los militares, solo gracias a eso salvé mi pellejo, pero no fue cosa sencilla y en seguida, al estar integrado al sector roquero de Quito empezar a desafiar la represión que se desató en consecuencia cuando el sistema dominante se dio cuenta de que eso iba creciendo (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Efectivamente, la dictadura militar de Rodríguez Lara se encargó de criminalizar el nuevo fenómeno cultural, según el testimonio de Guevara, el régimen decretó la prohibición oficial de melenas y barbas, “perseguián los milicos con camiones e iban a los barrios donde estábamos los melendos” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

La rebeldía expresada en canciones, tanto de rock como de folklor, marcaron los inicios y el estilo de la canción popular del *cantor de contrabando*. Esto se explica por la relación dialéctica que existe entre el sujeto y la historia, según el lingüista checo, Jan Mukarovsky, “cada día es más evidente que la base de la conciencia individual está marcada hasta sus estratos más profundos por contenidos pertenecientes a la conciencia colectiva” (Mukarovsky, 2005: 131).

El espíritu rebelde que contienen las canciones de Guevara, encontraron un sustento teórico cuando el cantautor se autodefinió políticamente como anarquista, luego de que su amigo Ricardo Torres, quien dirigía un colectivo literario denominado La Pedrada Zurda, al volver de un viaje que realizara a Francia, le explicara a Jaime el significado del anarquismo y le hablara de autores como Bakunin, entre otros, a los cuales empezó a estudiar.

Desde entonces el concepto libertario otorgó un sentido a la canción popular de Jaime Guevara sustentado en el “ideal de una sociedad dirigida a conseguir la mayor armonía en el seno de la igualdad y la justicia, por eso se identifica con los más humildes” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

La lucha social como soporte organizacional de la canción popular

A diferencia del periódico *En Marcha*, estudiado en el capítulo anterior, donde pudimos evidenciar al partido como la estructura que determinaba su construcción discursiva, en la canción popular de Jaime Guevara, el establecimiento de dicho soporte organizacional no es institucional, por que parte de la visión anarquista del mundo, la misma que adquirió mayor impulso frente al autoritarismo de Estado de los años ochenta.

El anarquismo forma parte del pensamiento socialista, es una visión de historia que presenta como contradictorios los intere-

ses de los trabajadores y patronos, al igual que las otras corrientes socialistas decimonónicas posteriores a la Internacional de los trabajadores.

Coincide con las tesis marxistas al plantear que el camino para la liberación del proletariado y todos los explotados en general es la revolución social. Pone especial acento, al menos en sus formas más conocidas, en la organización obrera como manera de lograr la emancipación de los trabajadores.

Siendo para el socialismo marxista su objetivo la lucha de la clase obrera, la toma del poder y la instauración de la dictadura del proletariado, para los anarquistas el objetivo es la destrucción de todo aparato de coerción, con la intención de originar así una sociedad libre, sin violencia (Páez, 1986: 13-14).

Es decir, estamos ante un tipo de discurso que se mantiene al margen de la militancia partidaria, pero que a la vez se compromete con el ideal de la izquierda política.

En el capítulo de opresión económica es cuando coincidimos bastante con el sector de formación tradicional folklórica, que tenía una influencia fuertemente marxista, mientras que nosotros no sólo criticamos la opresión política, es decir, la opresión del poder, es así como yo descubro y no solo creo que yo sino jóvenes de diversas generaciones, descubrimos el anarquismo, el ideal, la lucha por una sociedad en la que no predomine poder alguno (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

De esta manera, al conocer el componente ideológico que sustenta a la canción popular que analizaremos, vemos que existe una marcada diferencia con la ideología marxista-leninista que componía el discurso del periódico partidario, a pesar de que ambos productos se originan al interior de la misma clase explotada. Esto da cuenta de la diversidad política que constituyen las clases subalternas, pero también nos obliga a explorar un ámbito en el que el discurso, aunque no está sustentado en estructuras institucionales tradicionales (como el caso del partido en el *En Marcha*), propone otro tipo de acción política.

El tipo de discurso de la canción popular de Jaime Guevara, según su autor, se define como anarquista, por ello no se basa en una estructura organizativa central, sino que está constituido por las redes de relaciones

sociales en las que se articula durante la lucha social, dependiendo del momento histórico. En el caso que estamos analizando, es decir, en el periodo 1984-1988, el cantautor trabajó cercanamente por la causa de la defensa de los derechos humanos que impulsaba la CEDHU (Comisión Ecueménica de Derechos Humanos).

Creo que debo mi libertad, la libertad de mis numerosos carce-lazos a la gente de derechos humanos, especialmente a la Co-misión Ecueménica de Derechos Humanos, a la hermana Elsie Monge y su equipo. Eso me sensibilizó muchísimo, el ver las lágrimas y el miedo, el terror que había, el terror imperante, tal vez algunos no lo sepan, pero por entonces Febres Cordero instituyó el escuadrón volante, que era una especie de GOE [Grupo de Operaciones Especiales de la policía], de matones de policías pero en camiones y ahí iban con metralla de trípode, como si fueran a la guerra, iban con metralla de trípode amenazando a la población, de esto la gente tiende a olvidarse (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

La creatividad, producto de la crítica al autoritarismo de Estado evidencia-do durante los gobiernos de las dictaduras, previos al régimen de Febres Cordero y posteriores a éste, llevó a Jaime Guevara a componer un sinnú-mero de canciones sobre la temática social de dichas épocas, lo que le sig-nificó, particularmente en el periodo 1984-1988, persecución, represión, varios encarcelamientos y tortura en manos de la policía.

Otro de los acontecimientos que marcaron el accionar político del cantautor y la composición de algunas de sus canciones de protes-ta durante el mencionado periodo, fue su vinculación con la lucha de la familia Restrepo⁴⁴, por encontrar a los hermanos Pedro Andrés y Carlos Santiago, que desaparecieron durante el régimen, tal como lo señalamos en el segundo capítulo.

Jaime: Te dije que me había sensibilizado este periodo de Fe-bres Cordero.

Nathalia: sí, y la vinculación con los derechos humanos.

Jaime: Claro, y a partir de ahí me fue fácil abrir los ojos cuando

44 Una lucha que empezó en 1989 y que continúa hasta la actualidad.

escuché el caso de los hermanos Restrepo y me vinculé a su familia con la guitarra en la Plaza Grande todos los días miércoles, cada día miércoles durante 15 años, iba todos los miércoles a los plantones de ellos. También la vivencia cercana con ellos me hizo crecer como ser humano, por ejemplo, esto de verle a Luz Elena Arismendi, la mamá de los chicos, desafiando perros, chapas, motos y helicópteros para meterse a la Plaza Grande, me hizo reflexionar en cuan flojos somos, cuan cobardes somos, ella que era una señora de 40 y algo años de edad y sin embargo se atrevía a desafiar a las llamadas ‘fuerzas del orden’ y por ello fue varias veces arrastrada de la Plaza Grande y, de hecho, ahí ya pongo en primera persona del plural, fuimos arrastrados de la Plaza Grande, primero bajo el régimen de Borja, al que se le da una fama inmerecida de humanitario y también con Sixto Durán Ballén, a quien también se le da una inmerecida fama de bonachón, porque son 15 años compartidos con ellos, salía con ellos también, no solo a guitarrear a sus plantones, sino a hacer pintas [graffitear], a pegar afiches a distribuir volantes, todas esas son cosas que aprendía con los Restrepo, de hecho también me surgieron canciones de ese periodo, esencialmente ahí está los Fluviomarinos que se burla de la hipótesis, mejor dicho de la coartada policial, sobre la desaparición de los chicos, cuando dijeron que se habían accidentado cayéndose con el carro al río Machángara y que ahí les habían devorado los peces ‘fluviomarinos’ en el Machángara, entonces hice una canción satírica sobre el tema, de ahí me surgió también esta canción Desaparecidos, de hecho de ahí también me salió *Canción de cuna* para Carlos Santiago y Pedro Andrés y ah! el *Cerco de miércoles* me salió también, esa canción habla de el cerco que Sixto Durán Ballén ordenó tender alrededor de la plaza todos los días miércoles, cerraban la plaza, para que una veintena de personas, entre las que me encontraba, no pasáramos hacia la plaza y como claro, los plantones eran los días miércoles, le llamé así ‘Cerco de miércoles’ (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

De esta manera, observamos que el origen contestatario de la canción popular de Jaime Guevara es determinado por su involucramiento al interior de las luchas sociales, su activismo político le facilita la construcción de un lenguaje comunicable a la mayoría, superando sus parámetros subjetivos;

en este sentido, “la obra de arte está destinada a mediar entre su creador y lo colectivo” (Mukarovsky, 2005: 132), es así que a partir de esta interacción surge una identificación entre el cantautor y las clases subalternas, un vínculo dialéctico que trastoca al artista y, a través de la canción, a la realidad social; es decir, la canción además de ser creación, es creadora de sentido a partir del desarrollo de la conciencia del ser colectivo de su autor.

Género: canción popular

Como ya lo hemos señalado en capítulos anteriores, Verón plantea un concepto de género relacionado con la noción de tipo de discurso, que nos permite designar y clasificar a los productos para su análisis (Verón, 2004). En este sentido, identificar el género del discurso, nos permitirá comprender las funciones de la canción popular y las características que la distinguen del universo de canciones.

La canción es una forma de comunicación, porque representa una realidad y es fácil constatar que a lo largo de la historia ha tenido una relación estrecha con los pueblos y sus culturas, pero ¿Qué es lo que hace a una canción popular?

Sin duda una pregunta que no es fácil determinar teóricamente, pero para acercarnos a una definición podríamos empezar por diferenciar a la canción que se califica de popular por tener un alcance masivo entre el público consumidor, que es difundida a través de los medios de comunicación y cuyo principal objetivo es venderse; de aquella que, al no ser promovida por intereses comerciales, intenta construir un sentido de la práctica social desde su interior. De esta última nos ocuparemos en este capítulo.

Augusto Boal, dramaturgo brasileño, formuló un concepto de teatro popular que puede ayudarnos a comprender esta característica desde el arte *del pueblo y para el pueblo*⁴⁵, dice: “para ser popular, el teatro debe abordar siempre los temas según la perspectiva del pueblo, vale decir, de la transformación permanente, de la desalienación, de la lucha contra la explotación, etc. Para ello no hace falta recurrir exclusivamente a los temas llamados ‘políticos’. Nada humano es extraño al pueblo, a los hombres” (Boal, 1982: 29).

45 Primera categoría del teatro popular (Augusto Boal, 1982).

Podríamos decir entonces, que la canción, así como el teatro de carácter popular, parte de un posicionamiento ideológico identificado con el pueblo⁴⁶, sus luchas y necesidades para construir un efecto de sentido, por lo tanto, estamos refiriéndonos a la canción popular como un reflejo no pasivo de la realidad social.

La canción popular siendo específica, debe mostrar la vida con objetividad y espíritu de totalidad, valorar los personajes y los hechos de su tiempo ideológicamente. Es esa valoración, más la calidad estética, la que dará a la canción la importancia necesaria para que, al mismo tiempo que es un instrumento de agitación y propaganda, trascienda en el tiempo y en el espacio y juegue el rol que tácita o implícitamente su creador le ha querido dar, subvertir el orden y abrir nuevos caminos para la construcción de una sociedad más justa y más humana (Ruales, 2007: 16).

Esto nos lleva a reflexionar que, la canción popular, al enunciar y comprometerse con las luchas sociales subalternas, no solo reproduce significados, sino que construye un discurso que configura la realidad y en este sentido es una herramienta política o como lo afirma Ruales, un instrumento de agitación y propaganda.

Canción rebelde hubo siempre, como canción de amor hubo siempre, canción para bailar hubo siempre, pero en el momento en que se transforma en un aporte para la historia y el avance social, económico y, hay que decirlo también en otros terrenos, para el avance y la renovación sexual, para la reivindicación de sectores absolutamente oprimidos como el de la mujer, adquiere una dimensión que le equiparan a un instrumento de las ciencias sociales muy importante (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Otra de las características de la canción popular que surge de su identificación con las luchas sociales, es su trascendencia más allá de las culturas, del

46 Para Boal, el pueblo “incluye sólo a quienes alquilan su fuerza de trabajo. Pueblo es una designación genérica que engloba a obreros, campesinos y a todos aquellos que están temporalmente u ocasionalmente asociados a los primeros, como ocurre con los estudiantes y otros sectores en algunos países” (Boal, 1982: 21). En términos gramscianos, el pueblo se incluye dentro de toda la clase social explotada y dominada, es decir, subalterna.

tiempo o las distancias, cuando una canción hace referencia a conflictos universales como la lucha de clases, es fácilmente adaptable a realidades distintas de las que la originaron.

Jaime: Si ha logrado mantenerse una canción ha sido por el texto, ha sido por lo que dice.

Nathalia: Justamente, para que de alguna manera quede permanente en el pueblo, en la gran mayoría, debe hablar de las cosas que le interesen y que le competen a ese sector.

Jaime: Así es, y mira tú que hay canciones que siendo himnos de lucha en determinado territorio, como las canciones de la Guerra Civil Española, han logrado atravesar el charco, han logrado atravesar el océano y aquí, la gente ignora que canciones como:

Cuando querrá el Dios del cielo

que la tortilla se vuelva

que los pobres coman pan

y los ricos mierda, mierda.

Una canción así, la gente la canta y preguntas ¿de dónde es esa canción? y te dicen, creo que es chilena o creo que es argentina y no es así, es una canción española. Hay himnos de lucha, al revés, latinoamericanos que han llegado a España, durante la lucha contra el franquismo canciones de Violeta Parra, canciones de Atahualpa Yupanqui fueron parte de la voz popular para derrocar al franquismo (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Así como el teatro, la canción popular aborda los temas que dan cuenta de las diversas necesidades, no sólo políticas, del pueblo, desde su propia construcción social de sentido, es decir, actúa como un vínculo entre la realidad y el discurso que la representa.

En términos gramscianos dicho vínculo está desempeñado por los intelectuales que se encuentran integrados en una relación dialéctica con la masa, en este caso dicho rol es representado por el cantautor, que conjuga la dimensión social, de la que es parte, con su subjetividad (experiencia de vida) y su ideología, para establecer pautas con intencionalidad política desde donde la sociedad adquiere conciencia sobre la estructura, es decir, sobre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y dominación que se interrelacionan al interior de la misma.

Estructura de la canción popular

Jaime Guevara parte de una definición de canción cuyos componentes, música y texto, se relacionan de forma estrecha: “La música es una forma artística, constituida por ritmo, melodía y armonía, es simplemente eso, pero sobre esta argamasa artística va al centro el texto, es más la argamasa llamada música se pone al servicio del texto para subrayarlo, para destacarlo ahí se vuelve canción” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

El texto o letra de la canción puede, en ciertos casos, alcanzar niveles poéticos, es decir, la canción también involucra a la poesía para estimular la conciencia crítica del receptor, el mismo que es tan diverso como lo pueden ser las temáticas abordadas.

La música tiene el poder, igualmente, de hacer reflexionar a la gente, cuando tiene una letra a la que sustenta la música y se vuelve canción, esta canción puede adoptar formas para los niños, formas para la juventud, formas en general para subvertir, para desafiar a los valores impuestos, puede evocar con rabia a las víctimas del sistema dominante y puede incitar a los pueblos a levantarse a la lucha (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Es decir, la manifestación heterogénea de formas que puede adoptar la canción popular y los múltiples públicos a los que consigue dirigirse, le permite adoptar la función de un medio de comunicación de los acontecimientos cotidianos que involucran o conciernen a los grupos subalternos, en este sentido coincide con la lectura de Boal, de que nada humano es extraño al pueblo y, en el caso específico de la lucha política, la canción popular puede llegar a convertirse en una herramienta de agitación, siempre que se rebele contra toda forma de opresión.

Como hemos visto, el abordaje de temas políticos, no es lo que le otorga el carácter de popular a una canción, sino su grado de trascendencia, es decir, la intencionalidad de crear una identificación que puede ser de diverso tipo, generacional, de clase, etc. “Cuando el ritmo tal o el verso tal o las formas melódicas y armónicas determinadas en una forma espontánea brotan y se difunden y logran trascender el tiempo, entonces es cuando se puede decir que una canción es de carácter popular” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Pero, ¿Qué es lo que le otorga el carácter de herramienta política a la canción popular, si sus temas pueden ser tan variados, como los de la canción con fines comerciales? Esta interrogante puede resolverse a partir de la distinción entre tema y contenido:

El tema de una canción no determina su contenido. En términos bastante generales, una buena obra empieza por la selección de un buen tema, pero buena parte de la confusión respecto al contenido de una obra de arte radica en que se cree que el “fondo” de las creaciones artísticas y literarias se reduce a la temática de la misma [...] Es insuficiente la selección de un tema para que una canción sea estéticamente válida y políticamente útil. Es necesario que ese tema sea tratado con “certeza” ideológica y con alta calidad estética. Lo primero se conseguirá con el involucramiento del creador con el proceso de su patria y de su pueblo; lo segundo, a través de una práctica permanente que le lleve al cantautor al dominio del lenguaje literario y musical, escenario en el que lo segundo es menos (solo menos) importante que lo primero (Ruales, 2007: 18).

Es decir, lo que le otorga un carácter de herramienta política a la canción popular no es sólo su identificación con el pueblo, al abordar los temas que le conciernen a dicha clase, sino la propuesta política y filosófica que se plasma en su contenido.

Otro de los elementos que construyen vínculos y permiten la trascendencia de la canción popular es su lenguaje, no se trata solamente de lo que se dice, sino de cómo se lo expresa, una de las cualidades de las canciones de Jaime Guevara es justamente el uso del lenguaje sencillo y directo.

Mira, para mí no hay palabras vetadas, no hay temas de los que no se pueda hablar, no hay temas tabú, no hay personaje respetable o sacramentado, no hay versos a los que uno deba rendir culto como el Himno a la Bandera o el propio Himno Nacional o el hoy estilizadísimo y gastado ‘Patria Tierra Sagrada’, no hay por tanto malas palabras, se ha dicho y se ha dicho con acierto, que las palabras no son ni buenas ni malas, simplemente son instrumentos de expresión, trato de utilizar un lenguaje sencillo, un lenguaje accesible para el común de los auditorios (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

El lenguaje que permite hablar de los temas que atañen a los grupos subalternos desde sus propias palabras permite, en términos gramscianos, el fortalecimiento de la relación dialéctica entre el intelectual y el hombre-masa, en un intento por desarrollar el nivel crítico de la conciencia popular, para generar el rechazo de la ideología dominante y estimular la organización social.

De esta manera, observamos que toda la estructura artística, los temas y contenidos de la canción popular, actúan como significado comunicativo.

La trascendencia de una composición musical depende del vínculo que construye entre la realidad y su representación discursiva y en este sentido, las temáticas abordadas son diversas, pero en el caso que nos compete, nos detendremos a analizar el tipo de canción popular comprometida e involucrada en la lucha social y que da cuenta de dicha realidad, con la finalidad de generar una autoconciencia que potencie la acción colectiva.

Proceso de producción de la canción popular en la lucha social

Primer paso: la motivación

Para conocer cómo nace la motivación que inspira la composición de una canción popular en la lucha social, es importante referirnos a la unidad teoría-práctica, un elemento que desde el marxismo es fundamental para la construcción de la hegemonía, tal como lo señalamos en el primer capítulo, pero que también se vuelve prioritario para el cantautor que busca construir una visión del mundo coherente y unitaria en sus canciones.

El canto popular se nutre, como no puede ser de otra manera, de los acontecimientos y seres cotidianos. Más aun, la trascendencia de los procesos se manifiesta mediante acciones y seres concretos en una diálisis en la que la esencia y la apariencia interactúan y se enriquecen incesantemente. Más, el cantautor que quiere servir a su pueblo, tiene que ser capaz de extraer de la vida lo esencial, lo trascendente, su complejo sistema de causalidad; usando lo anecdótico como insumo de su canto, más no reduciéndolo a su espejismo irrelevante (Ruales, 2007: 15).

Es así, que el cantautor requiere no sólo de un involucramiento práctico en la lucha social, sino de un conocimiento teórico que le permita realizar de forma consciente una lectura ideológica de la realidad y de esta manera, su canción puede pasar de una elemental descripción de hechos a un razonamiento más complejo, que se plasme en un canto de protesta comprometido con el proceso de transformación de la sociedad, traducido a un lenguaje y una estética accesibles al público mayoritario.

Yo sí soy de los que cree que existe la llamada inspiración, la inspiración entendida como motivación para escribir una canción, pienso que ese es el primer punto, algo tiene que motivarte, algo tiene que inspirarte, algo tiene que picarte para que tu reacciones escribiendo una canción, puede bien ser una situación personal afectiva o puede ser la rabia por las últimas medidas económicas adoptadas, puede ser esa misma rabia pero transformada en caricatura, en caricatura de los opresores, se parte de esa motivación (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

La unidad teoría-práctica, reflejada en la posición ideológica y el activismo político del cantautor supone, en términos gramscianos, una unidad intelectual y una ética conforme a una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica (Gramsci, 1984). En el caso de Jaime Guevara, el periodo de gobierno de Febres Cordero, constituyó uno de los regímenes que mayor inspiración le despertó para su canto, por su grado de autoritarismo, nunca antes visto en la historia de la ‘democracia’ de nuestro país.

Yo no podía permanecer impasible, no podía permanecer mudo, indiferente frente a las noticias que día a día llegaban, que a tal amigo, posiblemente un conocido cualquiera, se le detuviera sin fundamento alguno, por la mera sospecha de que era un subversivo, no podía permanecer impasible ante eso, pero cuando él salía y te contaba que le habían colgado de los dedos, que le habían colgado de los testículos o una chica en circunstancias similares, te contaba que le habían colgado de los pezones, te contaba en medio de lagrimas y de indignación, cómo iba a permanecer yo impasible ante un panorama político en el que era muy fácil, era muy frecuente el que a patadas derribaran la puerta de tu casa y se llevaran tu biblioteca

completa y cómo iba a permanecer yo impasible ante el hecho de que ciudadanos ‘extra frontereros’ solo por el hecho de serlo, si es que era un vasco era de la ETA [grupo armado Euskadi Ta Askatasuna, traducido al español País Vasco y Libertad] sin duda, eso para el gobierno, si es que era colombiano era del M-19 [Movimiento 19 de Abril, grupo insurgente colombiano] sin duda alguna, los estigmas anti-izquierda en general se pusieron a color sangre viva y finalmente, cuando en festivales y en actuaciones diversas fui apresado y conocí ya directamente la represión a golpes una y otra vez, no podía permanecer callado, tenía que hablar y mi forma de hablar era cantando, es cantando (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

De esta manera, ¿Qué es lo que permite que un mismo acontecimiento social pueda en ocasiones pasar desapercibido o convertirse en inspiración para crear una canción?, desde la lectura marxista, podemos señalar que la diferencia la constituyen los parámetros de conciencia de clase del cantautor y su grado de sensibilidad ante la vida, desarrollada a partir de la unidad teoría-práctica, que le permita reconocerse a sí mismo como el resultado de la compleja dinámica entre los elementos estructurales y superestructurales de la sociedad, como una particularidad que no se desliga de su ser social, para identificar en la cotidianidad la causalidad sistémica de los conflictos, para proyectar sus derivadas confrontaciones políticas.

“No me encasille, ñañito”

Con este lema, Jaime Guevara apela a la necesaria libertad para la creación y hace referencia a la infinidad de posibilidades rítmicas que existen y que caracterizan sus fusiones musicales. Aunque reconoce también que hay limitaciones:

Es verdad que las formas musicales tienen un determinado ánimo subyacente que hace que, por ejemplo, el yaraví te entristezca o hace que la cumbia te ponga a mover los pies o hace que el San Juanito te lleve a ensoñaciones amorosas por ejemplo y entonces, pese a la amplitud que tú puedas tener de partida, es obvio que determinado tipo de canciones son más susceptibles de tener como molde musical determinadas formas de música (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Es entonces cuando el cantautor, movido por una intencionalidad, por la necesidad de comunicar elige, entre el abanico de ritmos musicales disponibles, aquel que le otorgue mayor soporte a la letra de su canción. Guevara afirma: “por ejemplo, a mí me encanta para las canciones de rebelión el jumbo o el albazo, Apresador apresado, Taura es un albazo” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010), pero, dicha elección, tanto de ritmos, como de cualquier recurso musical, también es el resultado de un posicionamiento político-ideológico.

Ahora, una canción como Vengan nomás hijuetanques, ésta para mí exigía un ritmo puro, exigía para mí rock y es así como salió la canción, espero haber logrado lo que buscaba que es desafiar a las autoridades imperiales, decirles: “ah! van a venir acá, van a venir, vengan nomás aquí les esperamos” y, esta canción, por ejemplo, está introducida por un poema que he escrito yo que se llama Palabras Frontales, puse de fondo un sintetizador y metimos cosas como la voz de George Bush blasfemando y ruidos de la masacre en Irak y cosas de esas, son recursos que ahora se puede disponer en estudio y sobre ese fondo siniestro declamo el poema:

Busco hallar unas palabras
más que groseras, frontales
con sílabas como balas
y con letras de puñales;
porque tenemos motivos
consonantes y vocales
para decir vino al vino
y a esos gobernantes gringos
simplemente “¡criminales!”.

Cuando declamo ese poema [con] ese fondo siniestro, como he dicho, tienes la oportunidad que se torne en un vehículo expresivo nuevo y que realmente consiga su objetivo que es el de concientizar y contribuir a la indignación del auditorio y tratar de moverle al accionar (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Recursos como la poesía y efectos sonoros, como los utilizados en este caso, permiten sensibilizar al auditorio sobre una temática, como lo indica el artista y le otorga además un carácter renovador a la canción.

Una vez establecido el ritmo a utilizar, dependiendo de la intencionalidad del discurso y de las posibilidades que el compás otorgue, Jaime Guevara procede a la creación de la letra de la canción.

Definido el ritmo, defino la armonía, puede ser Sol, puede ser La, puede ser Sol Menor, puede ser Sol Mayor sostenido, yo que sé y entonces empiezo a rasgar la guitarra o la rasgueo o la arpeggio. Arpeggiar es sacar una nota tras otra, mientras que el rasgueo es ejecutar el acorde pero todas las notas juntas. Es como si pones todo los dedos juntos en un piano y aplastas todos ellos, te dan un determinado acorde, en la guitarra es igual, pasas la vitela o pasas tus dedos por la guitarra y te va a sonar un acorde y con el ritmo que decidiste vas buscando la melodía, que en mi caso es lo último en hacer (...) Escribo la música y enseguida, una vez bien establecida la música, entonces, trato de que lo que yo quiero decir, sea la temática que sea, quepa en la melodía que he creado y esa parte es la más difícil, porque te obliga a recortar pensamientos o más bien a sintetizarlos para que puedan caber en la melodía que escribiste previamente (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

En el amplio repertorio de Jaime Guevara, encontramos canciones a las que se les ha compuesto primero la música, pero también, se han utilizado ritmos de canciones populares a las cuales se les ha cambiado el contenido: “lo que ocurre es que una vez teniendo la métrica [...] tienes unas ríeas, tienes un camino sobre el cual caminar con palabras” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Aunque con poca frecuencia, el cantautor reconoce que las canciones en las que brota al mismo tiempo letra y música son las de mejor terminación: “las canciones que yo considero realmente logradas, generalmente han sido porque me brotaron letra y música o puede ser el caso que haya conseguido una música tan apropiada que calzaba de una forma perfecta con la letra, por ahí leí que una canción en la que la letra vaya perfecta con la música es tan rara como un matrimonio bien avenido” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Una canción que tengo así es Apaga el Celular o Vestirás mi Pantalón y en el terreno político Taura, bueno, hasta yo acabé diciéndole Taura a una canción que originalmente le titulé

Apresador apresado, como la gente me pide “Taura, Taura” y con esa canción también descubrí [que] una canción como esa podía atravesar generaciones y décadas, a pesar de que la gente que muchas veces me pide o se ríe o disfruta de esa canción, no necesariamente conoce el hecho ocurrido, me piden “Apresador apresado” chamos de 17 años, chamos de 20 años que de modo alguno vivían ni siquiera cuando Febres Cordero gobernaba o eran muy niños (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

En el caso de la canción *Apresador apresado*, que señala el cantautor, observamos que el modo de apropiación de la canción por parte del público escapa a la intencionalidad de su creador y el contenido supera la importancia temática, es decir, lo que le ha permitido a dicho tema musical trascender generaciones y seguir siendo uno de los más aclamadas por el auditorio no es su temática particular, que se refiere al secuestro de Febres Cordero en la base militar de Taura durante su gobierno, sino su contenido, su significación ideológica, la burla del poder como una necesidad desde la subalternidad.

De la misma manera en que el cantautor no señala límites al momento de fusionar ritmos que sustenten y otorguen determinada intencionalidad al texto, el tiempo de composición de una canción popular tampoco está sujeto a reloj o calendario: “hay canciones que fluyen rápido, al calor de los acontecimientos, como Piedra para el León, que surgió para una manifestación hecha contra Febres Cordero y también Apresador apresado, pero hay otras canciones que me han salido remordiéndome” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010). Es decir, son el resultado de factores sociales y personales que se articulan de forma variable para determinar la creación musical.

Estética musical

La canción popular es un producto estético que se construye a partir de la cosmovisión del mundo de su creador. “El enfoque estético del arte y en este caso de la canción obedece a una enrevesada gama de factores sociales, culturales, políticos, económicos, psicológicos, educativos que, aunque no determinantes por separado; al articularse configuran de manera compleja, la estética del cantautor” (Ruales, 2007: 11).

En el caso de Jaime Guevara, las formas poéticas que imprime a sus canciones son la métrica rimada, como el verso clásico.

Sí, a mi me encanta el verso clásico, yo crecí, en cuanto a lector de poesía con versos de García Lorca y de Miguel Hernández y de poesía medieval [...] o leyendo el cancionero de Palacio [...] que están estrictamente ceñidas a formas clásicas de escribir poesía y por eso es que me gusta tanto realmente que esté bien hechita la rima y que haya también una musicalidad fácil al escuchar, fácil para captar. La rima sobre todo es un mecanismo nemotécnico para memorizar más fácilmente una canción, ayuda muchísimo esto (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Vemos que su enfoque estético es el resultado de su acercamiento a la poesía clásica, pero también de su proceso de socialización. Otro aspecto que ha marcado la estética musical de Jaime Guevara fue el acercamiento a diversos géneros como el Rock y la Nueva Canción en la década del setenta, que lo llevó a superar los prejuicios y rivalidades imperantes entre la comunidad rockera y folclorista de la época; el cantautor se considera seguidor por igual de las canciones de Violeta Parra, Piero, Víctor Jara, así como de Bob Dylan, Led Zeppelin, etc., para él la coincidencia radica en los contenidos de las canciones de estos autores, que hablan de la lucha contra todo tipo de opresión: “canciones con ganas de romper tabúes, canciones con ganas de romper con este mundo existente y crear uno nuevo” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010), este tipo de influencias musicales convergieron en las canciones de Guevara y han marcado su estilo particular.

Por ello, aunque podemos encontrar en las canciones de Jaime Guevara una estructura compuesta a partir de una métrica, eso no define como clásico a su estilo, porque a la vez, está fusionado con otros elementos provenientes de su visión del mundo, como lo pueden ser su disposición a reunir diversos ritmos musicales, los propios contenidos que llaman a la subversión del orden impuesto o la intencionalidad de utilizar el recurso de la rima para provocar alteraciones en la conciencia popular.

Recursos del lenguaje

Las canciones de Jaime Guevara no solo están compuestas por un lenguaje sencillo, sino que se encuentran fuertemente influenciadas por recursos como la ironía, el humor y la ternura, por ejemplo, la composición de caricaturas musicales en el periodo de León Febres Cordero fue una constante, a continuación el fragmento de una de las más conocidas, dedicada a dicho personaje, *Apresador apresado*.

Yo creí que disparaban
sus fusiles en mi honor,
y resulta que me agarran
por mañoso y opresor.
¿Y aura, y aura
cómo me escapo de Taura?
Se me caen los calzones
y los humos de matón,
al barrer con mis bigotes
todo el campo de aviación.

¿Y aura, y aura...

¡Pobre Rambo
Pobre Rambo derrumbado
Pobre Rocky
Pobre Rocky derrocado,
Pobre Cobra descobrado,
Pobre cowboy frustrado:

Apresador apresado!... (Fragmento de la canción Apresador Apresado, disco In Fraganti Jaime Guevara en vivo 1977-1999: 2009).

Ante el uso del recurso de la ternura, la ironía y el humor, el cantautor comenta:

Está muy bien dicho aquello de ‘la ironía es el mejor antídoto contra la droga del poder’, entonces si la ironía es el mejor antídoto contra la droga del poder, aquellos drogados sentados en sus sillones, puede que no les conmueva en absoluto, puede que a ellos les resbale este tipo recursos, no así en cambio para un público que te escucha ese momento con la guitarra y que le pierde cualquier respetabilidad, le pierde cualquier distancia,

cualquier respeto, ya [sea] al personaje o a la mafia dominante; [...] a ese público puede que repentinamente se le rompa en la cabeza el tabú que tenía sobre determinadas canciones, como los himnos patrios por ejemplo, el tabú de que se debe respetar a la autoridad policial, porque es la autoridad policial o porque es el ejército nacional, todo ello a base de ironía. Y, ¿por qué la ternura? En cambio porque, es una bolita de dulce de leche que tenemos en el centro del shungo [término quichua que significa corazón] y que hay que preservarla con mucho más celo que a una perla; creo que ese rayo que nos conmueve de repente, cuando vemos a un niño jugar o vemos que él corre y nos abraza o sentimos nacer ante una pareja, eso es lo que le llamo ternura, la capacidad de sentir delicadeza ante una persona o ante una acción (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Es decir, la ironía se convierte en un instrumento para desafiar el poder y despertar una conciencia crítica en los grupos subalternos, desbaratando el mito de la autoridad. Mientras que a través del humor y la ternura se resaltan valores culturales que afianzan lazos e identidades políticas, como por ejemplo, el llamado a la solidaridad que lo podemos observar en una de las canciones denominada *Crónicas de abril*, y que ha acompañado muchas de las jornadas de lucha callejera en Quito, desde cuando se creó en abril de 1978 durante la contienda conocida como la guerra de los cuatro reales, durante la dictadura del triunvirato militar:

Doña Inés se despegó de la telenovela
Iván dejó sin resolver la multiplicación
la señora de las tripas se puso contenta
al ver en su calle una manifestación.
Las ventanas y las puertas llenas de vecinos
se han emocionado, ya no dejan de aplaudir
cuando los muchachos gritan “¡Basta de asesinos!”
y encienden fogatas en tus noches, buen abril.
Usted también, comadrita colabore
no se demore, dé lo que pueda dar
una llantita tal vez o gasolina
o una sonrisa que tampoco está demás.
Nos atacan helicópteros y artillería
y si hubiera charcos... con submarinos también
pero San Pedrito nos apoya en esos días

¡Ay, viejo subversivo, te quisiera agradecer!
Usted también comadrita colabore...
Por todos los barrios está pasando lo mismo,
los trucutús no atinan a qué, o a quién apresar;
el caucho quemado es solamente un anticipo
de cómo mañana sus cuarteles quedarán,
y el cuartel quemado es solamente un anticipo
de cómo mañana ese palacio quedará.
Usted también comadrita colabore... (Canción Crónicas de
Abril, disco Palabras Frontales de Jaime Guevara: 2010).

La canción es una muestra de cómo el cantautor, pudo escarbar en la cotidianidad de su tiempo, de la cultura popular y sus personajes y encontró la inspiración en los paisajes y vida de los barrios, en las costumbres de su gente, para crear una canción que ha trascendido por su utilidad como herramienta de agitación política, así como por la identificación de sus actores y valores comunitarios que inducen a la necesidad de organizarse y luchar.

Particularmente nos llama la atención, en esta canción, la referencia a la figura católica de San Pedro, que parecería contradictoria tomando en cuenta el sustento ideológico del discurso y su autor, sin embargo existe una motivación política para el uso de este tipo de recursos, que consiste en adoptar el lenguaje popular para crear identificaciones: “Más de una vez yo suelo hablar por ejemplo, de Diosito o San Pedro, cosas así, pero son más bien referencias culturales que religiosas. Culturales, porque la cultura judeocristiana pesa bastante en este tipo de figuras” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Otra de las características de la canción popular de Jaime Guevara es el acompañamiento de coplas como introducción a sus composiciones musicales: “Generalmente escribo tres octosílabos con rima asonante, rimando A-B-A-B, o sea el primero rima con el tercero y el segundo con el cuarto, tres cuartetos de estos, tres coplas de estas” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010), un ejemplo de ello lo encontramos en el poema Palabras Frontales que acompaña a la canción Vengan nomás hijue... tales o el que encontramos como prelude de la canción Basta de bestias: “Desde allá, de la cárcel, de adentro. Desde la esquina, desde la tienda, desde los sindicatos, desde el barrio, desde la universidad se oye un solo grito que es: ¡Basta

ya de tortura! ¡Basta ya de muerte! ¡Basta ya de miseria! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta de Bestias!” (Canción Basta de bestias, disco In Fraganti Jaime Guevara en vivo 1977-1999: 2009).

Hemos citado estos ejemplos para evidenciar la manera en que la canción popular puede convertirse en una herramienta de construcción de sentidos, de una sensibilidad que concientiza sobre la contienda política. Para ello el cantautor, que asume el rol de intelectual, en términos gramscianos, integrado al hombre-masa, no precisa militar en un partido u organización, como lo evidencia el caso de Guevara, cuyas canciones en ausencia de un soporte institucional, apelan a las vivencias sociales y culturales cotidianas.

Distribución de la canción popular

El activismo político de Jaime Guevara en las luchas sociales, lo ha llevado a involucrarse con diversos públicos, de todas las edades, generalmente pertenecientes a las clases subalternas, dentro y fuera del país. Sus escenarios han sido las tarimas, los festivales, pero también las barricadas de las manifestaciones populares, los barrios, los sindicatos, las plazas, los parques, la cárcel, etc.

Guevara cuenta con un repertorio de más de quinientas canciones de su autoría, algunas de ellas forman parte de un disco colectivo que comparte con otros músicos y dos temas en torno a la infancia fueron grabados para UNICEF. Ha grabado tres discos de manera autofinanciada: De Contrabando (1996) con tres ediciones, Jaime Guevara en vivo 1977-1999 (2007) con su tercera edición In Fraganti (2009) y Palabras Frontales (2010).

Tengo el orgullo de decir que ninguno de los discos míos están patrocinados por entidad estatal alguna, todos los tres discos son autoedición, o sea yo mismo me he visto maneras de financiármelos, de gestionármelos yo mismo. Me he dado modos de crear un sello discográfico, es imaginario, pero funciona y se llama Autoedición y claro pongo el símbolo ácrata, el símbolo anarquista como inicial de la palabra Autoedición, la A está rodeada por un círculo. Así que aquí no vas a ver, ni en mis discos subsiguientes, no vas a ver auspicia el Ministerio de esto

o de este otro, no auspicia el Ministerio ni el misterio de poder alguno (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Este mecanismo de grabación de discos para la difusión de sus canciones no sólo responde, como lo podemos percibir en el testimonio, al condicionamiento ético e ideológico del autor, sino a que muchas veces los intereses de la gran industria musical no son compatibles con este tipo de arte, es así que, los espacios para la reproducción de la canción popular, con características como las aquí señaladas se encuentran limitados, sin embargo, Guevara ha podido contar con el apoyo de Ramiro Acosta, uno de los precursores del rock en Quito y amigo del cantautor:

Así es, el estudio de Ramiro Acosta ha sido para mí una facilidad, me ha brindado para mí facilidades que no las había encontrado antes. Yo había intentado grabar desde hace muchos años, en los sellos que existían entonces que eran Ifesa, Fediscos, pero en todos esos sellos me encontré con una pared sólida que me dijo “no, no, esas canciones aquí no podemos grabar”, directamente “no podemos grabar” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

La ausencia de patrocinadores también es una limitante para la difusión de las canciones, por este motivo los discos que se han grabado han sido el resultado de los esfuerzos del propio autor y el acólite o apoyo de amigos cercanos.

Por otro lado, un elemento que ha aportado a la difusión de las canciones de Guevara ha sido la piratería, que le ha permitido, aún sin su consentimiento, difundir canciones que incluso no están grabadas en sus discos originales: “he tenido el aporte espontáneo de panas pirateros que han hecho de las suyas con las canciones, por ejemplo, han grabado canciones en radio o en actuaciones y después las han convertido en CDs” (Entrevista a Jaime Guevara, 2010). A pesar de ello, el cantautor incita a la reproducción libre de sus canciones, sin ánimo de lucro.

Sí, produzco canciones pero quiero que lleguen a un público lo más amplio posible y es entonces cuando encuentro a la piratería como un mecanismo de difusión; yo con los piratas de la calle tengo una relación bastante fraterna ¿por qué?, porque les

digo, bueno, tu estas vendiendo las copias, pero a la par véndeme mi disco original y así funcionamos. El público cuando entra verá si compra el original o si compra la copia.

Nathalia: El disco original tampoco tiene un precio exorbitante, ¿también buscas que esté al alcance del bolsillo de la mayoría?

Jaime: Si, suelo cobrar por ejemplo por un disco 7,00 dólares y en los almacenes venden hasta en 10,00 dólares, no he querido que se venda a un precio mayor para que justamente, por ese afán de que llegue mi arte a la mayor cantidad posible de personas, yo he visto la piratería como un mecanismo de democratización de la cultura (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

En el caso de la canción popular, su distribución constituye en términos políticos, un vínculo directo con los grupos subalternos, ya que el mecanismo de la piratería, como sucede en el caso de las canciones de Jaime Guevara, permite además de una difusión masiva, el establecimiento de un ejercicio de producción que supera la mercantilización del arte, la dominación del capital sobre el trabajo del cantautor, en términos de competencia y acumulación. La difusión de las canciones responde más que a un significado mercantil a una motivación política. Si bien, el artista busca vivir de su trabajo, encuentra otros mecanismos para hacerlo, que no limiten su principal objetivo, la propagación de su arte.

Tenemos que tratar de vivir de nuestro trabajo y, es verdad, cuando tengo oportunidad de cobrar, trato de cobrar lo mejor que puedo, depende de qué se trate, pero hay un sinnúmero de ocasiones en que para mí es un honor, una oportunidad emocionante de adherirme a causas humanitarias, sociales o políticas, en que claro no hay un solo centavo de por medio. Al disco, me hubiera gustado también considerarlo como instrumento de pan a la boca pero, me ha tocado vivir en una época en la que los mecanismos tecnológicos evolucionaron de tal forma que hicieron sumamente fácil la reproducción del sonido, de la música, de modo que, planteado ya este terreno así, ¿de qué lado me he puesto? me he puesto del lado del consumidor porque, a la vez que del productor, ¿por qué? Porque sí, produzco canciones pero, quiero que lleguen a un público lo más amplio posible y es entonces cuando encuentro a la piratería como un mecanismo de difusión (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Desde la lectura marxista, podemos señalar que el cantautor no pierde el vínculo con el producto que ha creado, por el contrario, se afirma como ser humano y sujeto político, ya que su motivación de creación parte de su propia energía física y espiritual, no de las necesidades que impone la industria del mercado musical. La canción popular adquiere otro tipo de apropiación del público, su apreciación no está medida por su valor de cambio, sino por su utilidad política y estética y, más aún, por la identificación que despiertan sus contenidos.

Uso político de la canción popular

En este corto recorrido por el proceso de producción de la canción popular, observamos que el cantautor necesita, no solamente de un conocimiento a nivel técnico de la música, de sus formas poéticas, sino también una acción, un involucramiento en la lucha social, una participación y una formación intelectual propia que construya su visión del mundo, todos estos factores se resumen en las letras de las canciones, para denunciar, protestar e incitar al compromiso político.

Recordar a quienes han caído en la lucha por la conquista de una vida justa, de una vida fraterna, de una vida mejor. Llorar por ellos, pero también no solo llorarles, sino seguir su ejemplo, es entonces cuando se torna de canción lamento en canción rebelión, incitar a la rebelión, por tanto recordar la historia del país y en general de las clases oprimidas del mundo entero, para que así la gente no se olvide de donde nace la conmemoración de determinadas fechas, ¿por qué el 18 de marzo es considerado el día de la mujer? resulta que es en homenaje, en recordación de una masacre de obreras en los Estados Unidos [...] la canción está para recordar de dónde nace el Primero de Mayo, para recordar de dónde nace el Día de la Mujer, para incitar a que la lucha en que cayeron gente como Milton Reyes o como los jóvenes de Alfaro Vive Carajo, que llegaron a entregar sus vidas en el sueño de un Ecuador más justo, como ellos merecen ser reivindicados por el pueblo, para todo eso está la canción, pero naturalmente la canción también está, humana como es, para vivir en festejo los amores que nacen y en duelo los amores que se van muriendo; está para recrear a los niños y está para celebrar lo

hermoso de los paisajes de cada uno de los países del mundo, para todo ello está la canción popular (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

Hemos visto que la canción popular no reduce el abordaje de sus temáticas al factor político, pero cumple un rol fundamental al interior de la lucha social, como un documento de la memoria histórica, que registra sus pasajes y los salva del olvido, con el objetivo de formar constantemente la conciencia crítica de los grupos subalternos.

Análisis de la enunciación y lo enunciado en el discurso de la canción popular

A continuación, detallaremos los resultados arrojados por el análisis de las dimensiones referencial y enunciativa de ocho canciones de Jaime Guevara, que acompañaron la lucha social durante el periodo de gobierno de Febres Cordero: Piedra para el león, Basta de bestias, Apresador apresado, Coplas de la huelga nacional, ¡Vengan nomás hijue...tales!, Orden superior, El sargento herido y Desaparecidos; seleccionadas a partir de su vinculación con los episodios contenciosos descritos en el segundo capítulo de este trabajo.

Al igual que sucedió con la prensa partidaria, utilizamos plantillas de análisis de discurso en base a la propuesta metodológica de Mata y Scaraffa (1993); a través de los textos de las canciones que estudiamos en este capítulo, pretendemos conocer la construcción de sentidos sobre la lucha social y sus protagonistas y la manera en que sus interpretaciones de la realidad intentaron configurar identidades políticas y oportunidades para la acción colectiva.

Configuración de la contienda política desde la canción popular

Según los datos arrojados por la planilla de análisis de la dimensión referencial del discurso, las canciones dieron cuenta de la vida, los personajes y hechos de su tiempo desde distintas referencias temporales, pero todas comparten una visión predominantemente prospectiva de la historia, es decir, constantemente los acontecimientos fueron descritos en términos del presente y su proyección. Esta tendencia, puede ex-

plicarse como una huella de la función agitadora de la canción ya que, muestra el devenir de los hechos para plantear desde allí su mensaje de movilización inminente.

Hubieron casos, como en las canciones *Desaparecidos* y *Sargento Herido*, donde la lectura de los acontecimientos se desarrolló, además, usando elementos retrospectivos, lo cual indica un esfuerzo por contextualizar las temáticas desde sus antecedentes y conectarlas con sus consecuencias, apelando a la comprensión integral del proceso histórico en casos como la desaparición forzosa de seres humanos o las repercusiones del combate popular.

El principal tema posicionado desde la canción fue el autoritarismo de Estado, alrededor de éste se denunciaron problemáticas como la persecución y criminalización de militantes de izquierda, la conformación de escuadrones volantes, la corrupción del gobierno, desapariciones forzadas, lucha de los familiares de desaparecidos, lucha por la defensa de derechos laborales, de la soberanía, la unidad popular, y abuso de poder de las fuerzas armadas y policiales. La reiterada insistencia en mostrar el clima de represión y corrupción del régimen en los temas que propuso la canción popular, indican el interés del cantautor por construir un sentido de rechazo y deslegitimación del poder.

Una de las huellas del soporte organizacional en la canción es la representación de sujetos y sus roles en el discurso, pues la vinculación directa del enunciador con la lucha social, al margen de una estructura institucional central, le permitió reconocer actores heterogéneos en la contienda política, como lo veremos a continuación.

La representación de actores se caracteriza por dos componentes, en primer lugar, los adversarios, encarnados en el Estado (gobierno, funcionarios e instituciones) son constantemente caricaturizados en figuras animalescas (león, perros, cerdos, simios, paquidermos), cuando no aparecen en su rol de “oligarcas”, “gamonales” y “traidores”, existe un persistente uso de metáforas como recurso lingüístico y cognitivo, por ejemplo, en la canción *Basta de Bestias*, a través de la imagen del león como ‘rey de la selva’ se dibuja el símbolo del poder que ejercía el entonces presidente León Febres Cordero.

Ya siglo y medio nuestro pobre país
lleva en su espalda siempre algún malandrín
pero no hay duda que de un tiempo hacia acá
está sufriendo el peor del que se pueda acordar
y por eso nuestras voces claman con su grito de exigencia
¡Basta de bestias!
Andan copando todo el mando mayor
simios, paquidermos y un felino traidor
elegido por fingir religiosidad
y sólo adora sus armas y su arbitrariedad.
No eres animal pero ese rey te impone leyes de la selva
¡Basta de bestias!... (Fragmento de la canción Basta de Bestias,
disco In fraganti Jaime Guevara en vivo 1977-1999: 2009).

La canción, surge como respuesta contra-hegemónica a la intención del régimen de legitimar su poder represivo y su tesis del anti-terrorismo, a través de intensas campañas propagandísticas en los medios de comunicación privados, que consistían en publicar las fotos de los integrantes o supuestos miembros de AVC junto a titulares como “Basta de bestias”.

Esta canción parte de cuando empezó la cacería de jóvenes pertenecientes o de quienes se sospechaba que pertenecían a Alfaró Vive Carajo y se empezó a propagandizar a través de la televisión, sacaban las fotos de ellos como si fueran criminales y ponían el título ‘Basta de bestias’ [...] les atribuían a ellos, asaltos, robos y violaciones, asesinatos, todo a ellos, así es que el título del jingle publicitario era ‘Basta de bestias’, así que yo hice una canción con ese título (Entrevista a Jaime Guevara, 2010).

En este caso, el cantautor pretende revertir el significado de ‘bestia’ y atribuírselo al gobierno y su accionar (políticas de libre mercado y de ajuste económico acompañadas de represión), cuestionando el sentido de criminalidad que se le pretendía otorgar a los opositores políticos.

En segundo lugar, los personajes del pueblo (hombres, mujeres, niños, trabajadores, militantes de izquierda y desaparecidos) se muestran desde la exaltación de sus valores comunitarios, sus condiciones materiales de existencia, su lucha, sus personajes, etc., tal como lo vimos en la canción *Crónicas de abril*, citada en párrafos anteriores.

La representación de la ama de casa en la figura de “Doña Inés”, del estudiante en “Iván”, del barrio y sus vecinos, son un ejemplo de la manera en que dicha canción intenta establecer una mirada de reconocimiento y vínculo con la cultura popular, para incitar a una correduría de fuerzas de las clases subalternas.

La representación de actores diversos constituye también una huella del escenario político del momento, pues en el periodo 1984-1988, la implantación de medidas de ajuste económico que agudizaron las condiciones de pobreza, la corrupción y el autoritarismo de Estado determinaron que no sólo la clase trabajadora se constituya como el frente opositor del régimen, sino que se abriera paso a otras manifestaciones antagónicas desde distintos sectores de la sociedad, que también afrontaron fuertes represiones, encarcelamientos, persecuciones y todo tipo de arbitrariedades, como el caso de los familiares de desaparecidos y torturados, en este sentido, la canción fue un catalizador de dicho contexto.

Los actores son representados en constante confrontación, todos los conflictos suceden entre el pueblo, que se escenifica como solidario y luchador, sin discrepancias internas, y el Estado, que se personifica como fuente de todas las discordias y responsable del padecimiento popular. Mientras que los consensos o situaciones de cooperación suceden principalmente entre el pueblo consigo mismo, es decir, desde el discurso de la canción la dinámica social se basa en una representación esquemática del proceso de la lucha de clases.

De esta manera, a partir de los datos que hemos obtenido, podemos indicar que la contienda política que se configura en el discurso de la canción es severamente polarizada, las condiciones adversas que enfrenta el pueblo (violación de derechos, empobrecimiento y fuertes grados de represión) demandan, por un lado, un constante llamado a la acción colectiva que se evidencia en la predominancia de la visión prospectiva y en la lectura de los hechos alrededor de la dinámica causa-efecto, y, por otro, la necesidad de resaltar una identidad política basada en sus fortalezas internas, rescatando elementos de su lucha política como la solidaridad, la unidad, la razón de sus exigencias, la rebeldía, dignidad, etc., que les otorga un carácter activo, desafiante, incluso en momentos en los que son presentados como víctimas de la clase dominante, con el fin de proponer respuestas colectivas hostiles a sus opositores.

Vínculos discursivos entre el cantautor y su pueblo

Recordemos, que según Verón (2004), el discurso construye la imagen del que habla, es decir el enunciador y la de aquel a quien se habla, llamado destinatario, los mismos que se relacionan a partir de lo que se dice, es decir, en este caso, de los acuerdos implícitos que propone la canción; del reconocimiento de esas huellas nos ocuparemos a continuación.

El análisis de la dimensión enunciativa, nos indica que el destinatario-pueblo aparece de modo directo en el discurso, a través de apelaciones que convocan a la unidad, la lucha y el rechazo al régimen, tal como se evidencia en la canción *Piedra para el león*.

Allá en la montaña
y aquí en la ciudad
pedrita precisa
voy a disparar.
Piedra para el león y lucha
piedra para el león.
La piedra del pueblo
que es trabajador
le rompe las muelas
al engañador.
Piedra para el león y lucha...
Todos lanzan piedra y palo
y a quemar la llanta hasta que caiga.
Pin, pon, pan y lucha
Piedra para el león... (Fragmento de la canción *Piedra para el león*, disco In Fraganti Jaime Guevara en vivo 1977-1999: 2009).

En nuestro segundo capítulo señalamos brevemente las siete huelgas nacionales que tuvieron lugar en el periodo de Febres Cordero, aunque no fueron las únicas manifestaciones de descontento popular y conflictividad social. La canción *Coplas de la huelga nacional*, que se escribió en base a la música del tradicional carnaval de Guaranda, da cuenta de una de las respuestas levantadas desde las clases subalternas ante el autoritarismo y las medidas de ajuste económico, este tema musical resalta las referencias al pueblo como garante de sí mismo durante los episodios de manifestación callejera.

En la huelga nacional
todo el mundo se levanta
levantando bien la voz
como el humo de las llantas
en la huelga nacional.
Así se hace, así se hace
una huelga nacional
con amigos, compañeros
y una buena vecindad.
Vecinita de mi barrio
no se me haga la miedosa
que da gusto combatir
junto a una buena moza
en la huelga nacional.
Así se hace, así se hace
una huelga nacional...
¡Viva la Huelga!... (Fragmento de la canción Coplas de la huelga nacional, disco In Fraganti Jaime Guevara en vivo 1977-1999: 2009).

En este caso, el enunciador se dirige a su destinatario refiriéndose a las prácticas de solidaridad y el cariño popular para proteger a los manifestantes (como abrirles las puertas de las casas para esconderlos de la policía, atenderlos si están heridos, etc.), lo cual nos muestra su intención de alimentar un vínculo basado en la familiaridad, la afectividad y la semejanza.

El lenguaje metafórico, característico de las canciones de Guevara, no lo distancian de la responsabilidad sobre sus afirmaciones, por el contrario, existe una manifestación directa del enunciador que se hace presente a través de un discurso desafiante, mediante el cual expresa sus ideas, emociones y compromisos políticos, tal como se evidencia en el fragmento del poema *Palabras Frontales* que citamos en párrafos anteriores.

Los procedimientos de posicionamiento también se evidencian en una constante presentación de denuncias, como por ejemplo, el señalamiento de los trasfondos de la institución policial o el llamado a la conciencia de los uniformados al cuestionar su obediencia servil a la clase dominante, representada en la figura del ‘perro amaestrado’, tal como se señala en la canción *Orden superior*, cuyo extracto dice:

¡Qué vida de perros
la vida que nos toca!
gimen los de tropa
y ladra el oficial:
afilan los dientes
y disparan fusiles
contra los civiles
que se comporten mal
Si preguntan ¿por qué?
con la punta del pie
hay que sólo contestar
con un tono de can.
¡Guau!
Orden superior
¡guau, guau!
orden superior... (Fragmento de la canción Orden superior,
disco Palabras Frontales de Jaime Guevara: 2010).

Por otro lado, encontramos una estrategia de posicionamiento implícita, puesto que las convocatorias al pueblo hacia la movilización parten de una deslegitimación de quienes ejercen el poder desde el gobierno, al denunciar su irracionalidad y autoritarismo, creando a la vez un lazo de identificación entre el cantautor y el pueblo.

La fusión entre letra y música marcaron la intencionalidad de las canciones y constituyó la principal estrategia de persuasión, con el fin de motivar la aceptación y reconocimiento de los destinatarios con el pensamiento del cantautor. Hubo casos, por ejemplo en el tema Desaparecidos, dedicada a Consuelo Benavides y a los hermanos Santiago y Pedro Andrés Restrepo, donde la intencionalidad era apelar a la conciencia a través del llamado conmovedor de los familiares de las víctimas.

Asómate mi querido
estábamos por cumplir
un poco más de latidos
un poco más de vivir.
Asómate yo te busco
de uno a otro cantón
y no te encuentro en sepulcros
ni libre ni en la prisión.

No acepto querido
oírte llamar
“desaparecido”
y debes llegar... (Fragmento de la canción Desaparecidos de
Jaime Guevara, sin editar).

La letra de esta canción estuvo acompañada por un ritmo suave, una balada y da cuenta de la vinculación de su autor con la causa de los derechos humanos.

En otro contexto, cuando las tropas estadounidenses llegaron al país tras el terremoto en la zona del volcán Reventador y en medio del descontento de muchos sectores de izquierda de Latinoamérica por la guerra que desató Estados Unidos para derrocar el gobierno sandinista de Nicaragua, la movilización social por la defensa de la soberanía nacional adquirió mayor trascendencia y ante ello el trovador crea la canción ¡Vengan nomás hijue...tales!, con el fin de alentar dicha reivindicación.

Vengan nomás, hijueperras;
de un bravucón atrevido
nos parece haber oído
que ocuparán nuestra tierra.
Que ocuparán nuestra tierra
“como si fuese su patio”,
que nos bloquearán el plato
mientras ustedes se encierran.
Mientras ustedes se encierran
para castear con traidores
como dignos sucesores
de su madrastra la guerra.
De su madrastra la guerra
que perderán palmo a palmo
desde aquí se lo alertamos
¡Vengan nomás, hijueperras!... (Fragmento de la Canción ¡Ven-
gan nomás, hijue...tales!, disco Palabras Frontales de Jaime
Guevara: 2010).

La canción apeló a la indignación mediante la implementación de un lenguaje corrosivo y un mensaje desafiante, conjugado con un ritmo fuerte como lo es el rock, aquello es una muestra de cómo la música soporta al texto y le otorga sentido.

Otro elemento de persuasión en el que se apoyó el enunciador fue la sátira, principalmente al momento de configurar la imagen de los adversarios, por ejemplo en la canción *Apresador apresado*, cuyo extracto citamos en párrafos anteriores, donde no sólo se desnuda el abuso del poder sino que se burla de él, con el objetivo de deslegitimarlo. Esta canción, según su autor, representa un grito de regocijo ante la humillación a la que fue sometido el régimen de Febres Cordero, cuando fue secuestrado junto con su comitiva por un grupo de comandos y oficiales de la Fuerza Aérea en la base militar de Taura.

Identificamos que existe una relación entre las estrategias de legitimación y de posicionamiento, ya que cuando el enunciador deja en claro su punto de vista a favor de los intereses del pueblo, su discurso adquiere una valoración adicional, la de hablar en nombre de los derechos que le asisten como parte de ese pueblo en el cual se reconoce y también porque construye su enunciado a partir del conocimiento vivencial de la protesta social, un ejemplo lo encontramos en la canción *Sargento herido*, donde se personifica el sentir de un manifestante popular que se dirige a un policía herido en combate y en cuyo fragmento le dice:

Contra atacamos
del otro lado
con agresión también
pero quisiera
que nos comprendas
en realidad a quién
deberías preguntarte
de qué parte
luchas tú:
si de parte de ese pueblo
que tenemos
en común,
si de parte de ese pueblo
o de un cerdo
allá en su club... (Fragmento de la canción *Sargento herido* de Jaime Guevara, sin editar).

De esta manera, la estrategia de legitimación del discurso parte de una abierta identificación con el pueblo, la misma que se evidencia también, en muchos casos, en el uso de una jerga popular, palabras como: *chapas* (un término peyorativo con el que se conoce a los policías, al menos en la región Sierra, un apodo utilizado no sólo en los enfrentamientos callejeros, sino en la cotidianidad), *parecís* (un modismo del habla tradicional quiteña) o referencias culturales como las *tripas* (plato popular de la cocina ecuatoriana) que, en términos gramscianos, puede leerse como el intento por reforzar los vínculos de la relación entre el intelectual y el hombre-masa.

La canción no sólo cumplió con una función agitadora de la protesta social, la información recabada nos permite identificar que existió un elemento cognitivo inherente a ésta, que se evidencia en los procedimientos de interpretación sobre la realidad, por ejemplo la propuesta de utilizar las mismas palabras de su adversario y re-significarlas a su favor, como en el caso de la canción *Basta de bestias*, la apelación a emociones como la ternura y la ira para explicar la realidad, el uso de un lenguaje popular, anecdótico, son elementos que constituyen huellas de una estrategia educativa, que intentaba orientar a los destinatarios hacia una reflexión crítica para la acción.

A manera de síntesis podemos señalar que, la canción popular no fue el resultado de una inspiración improvisada de su autor, las huellas de su proceso productivo nos permiten constatar que se construyó en respuesta a las tensiones políticas de su época, como resultado de un desarrollo discursivo y semiótico que involucró dimensiones subjetivas, sociales e ideológicas.

Las letras de las canciones se abren a una conexión con las experiencias y discursos populares, motivado por la necesidad de su creador de reconocerse a sí mismo en el proceso de enunciación, es por eso que el canto se presenta como una manifestación colectiva que en determinado momento puede convertirse también en instrumento de lucha por la hegemonía, no solo porque revela condiciones de injusticia, sino porque rebela conciencias.

La canción se convirtió en herramienta política, no sólo por narrar las vivencias de un conflicto social, sino porque fue dotada de un sentido movilizador y un significado cognitivo al documentar una memoria histórica colectiva que se transmite de generación en generación, como vimos en párra-

fos anteriores, la trascendencia de una composición musical de corte popular está en los vínculos que construye con su discurso y su propuesta ideológica.

El análisis de las dimensiones referencial y enunciativa de la canción nos permitió identificar que el factor político fue el principal tema de movilización, pero el escenario de contienda no sólo fueron las calles, sino el campo de la superestructura, lo que estaba en juego no era únicamente la reivindicación de derechos, sino la dirección intelectual y moral de la sociedad.

Aquello, lo podemos observar en varios aspectos, uno de ellos es la delimitación de los conflictos y consensos alrededor de la lucha de clases, desde esta perspectiva dinámica se enfrentan no sólo dos tipos de intereses antagónicos, sino de proyectos culturales, esto lo podemos evidenciar en el constante rechazo, cuestionamiento a la ideología de la clase dominante y la burla al ejercicio de su poder envilecido.

Mientras que el gobierno intentaba legitimar su proyecto político a partir de la configuración de la idea del 'otro' como peligroso y de instaurar su orden a través de la condena de la protesta social al considerarla como un 'peligro' para la democracia, las clases subalternas, según el discurso de la canción, encontraban en sus manifestaciones culturales una estrategia de enmarcamiento, correeduría y movilización, lo que significó el intento por construir una identidad política a partir de la negación de los valores de la cultura de la clase dominante y la exaltación de sus costumbres, necesidades y anhelos.

El planteamiento del poder que está implícito en el discurso de la canción, como algo mucho más complejo que una forma de gobierno opresor, es otro factor que nos llama la atención, puesto que no se representa como un objeto que está fuera del pueblo y que hay que tomar o conquistar, sino como una fuerza implícita de la acción colectiva, de la unidad que hay que desarrollar, por tanto el llamado se direcciona a ejercer ese poder que el pueblo tiene en sus manos y que se plasma en sus valores, su fuerza moral y su cultura. Desde esta perspectiva, la revolución se concibe como un proceso social, un tejido de relaciones de fuerzas, producido por las propias masas, que se autoeducan, organizan, resguardan y dirigen, sin imposiciones de ningún tipo, en este enfoque se manifiestan, también, las huellas del ideal libertario del enunciador.

CAPÍTULO .V

Reflexiones finales: la lucha de las ideas durante la contienda política

En este capítulo reflexionamos sobre algunos aspectos que consideramos importantes de resaltar para comprender la dimensión de la función que tuvieron la prensa partidaria y la canción popular en el intento de promover un debate social desde la subalternidad, que aportara a la construcción de una nueva hegemonía.

Una de las reflexiones teóricas de Gramsci que más nos ha permitido comprender la contienda política desde la acción social de los sujetos subalternos ha sido la de hegemonía, entendida como la dirección intelectual y moral que la clase dominante ejerce sobre las demás. Como vimos a lo largo de este trabajo, dicho proceso no es una respuesta mecánica que se da como consecuencia de la toma del poder, sino que constituye un cuerpo de prácticas y representaciones sobre la vida social que necesita ser legitimado, pero que no está exento de oposiciones, resistencias y amenazas que responden a las propias dinámicas de la lucha de clases.

Para nuestro autor, las luchas por la hegemonía en la sociedad se desarrollan desde el plano de la estructura-superestructura, los dos elementos que conforman un bloque histórico, es decir, desde la influencia en el terreno material-objetivo y en el de la conciencia de los seres humanos, esa pugna por consolidar el poder hegemónico fue lo que observamos en nuestro breve recorrido histórico por los periodos 1976-1977 y 1984-1988.

El desarrollo del capitalismo en nuestro país durante aquellos años, se caracterizó por una marcada tendencia hacia el autoritarismo como sistema político del gobierno militar y neoliberal. Esto se explica porque la implantación de dicho modelo de acumulación de capital redefinió constantemente las relaciones Estado-economía (de proteccionista a libre mercado) y Estado-masas (lucha hegemónica), dicho proceso no estuvo exento de crisis, por un lado, entre las fracciones de la clase poseedora del capital industrial-financiero y aquella burguesía agraria que fue desplazada del eje de dominación (control del negocio petrolero) y por otro, debido a las inequidades propias del modo de producción monopólico, que modificaron las condiciones de vida de los grupos subalternos y desataron agudos conflictos sociales.

Mientras el predominio del control de la economía por parte de las clases dominantes avanzaba y se configuraban nuevas formas de relaciones de producción, los enfrentamientos con las clases subalternas se intensificaban como respuesta a la violencia del sistema, no en vano dicha época estuvo caracterizada por fuertes movilizaciones nacionales, regionales y locales, impulsadas por los trabajadores organizados durante los años setentas, y diversos sectores de la sociedad (familiares de desaparecidos, activistas, artistas populares, mujeres, estudiantes, barrios etc.), además de la resistencia armada de grupos guerrilleros en los años ochenta, que obligaron a los respectivos gobiernos a buscar maneras de contención (a través de diálogos o de la represión) para intentar controlar las fuerzas opositoras que amenazaban su proyecto político. De esta manera, el poder coercitivo formó una parte integral, necesaria, para el mantenimiento de la estructura económica.

Las clases subalternas fueron duramente golpeadas, así lo indican sus reivindicaciones, las mismas que estuvieron orientadas al restablecimiento de derechos y conquistas (en los ámbitos económico, social y laboral) que les fueron arrebatados, la defensa de la soberanía, la nacionalización del petróleo y de los derechos humanos ante la muerte y desaparición de muchos de sus miembros. Pero, a pesar de ello sus movilizaciones, desde nuestro parecer, tuvieron una importante repercusión política al interior de la pugna por la hegemonía, ya que, pese a los intentos por integrar a las clases subalternas a la nueva dinámica del sistema (Plan

de Retorno, Plan de Reestructuración Jurídica del Estado, Ley de Seguridad Nacional), ésta se mantuvo como factor desestabilizador, en varias ocasiones obstaculizaron el desarrollo de los planes de gobierno de los regímenes en cuestión a través de paros, huelgas, tomas, etc., formas de lucha que a través de la historia han ido formando una conciencia colectiva o como suele decirse 'la fuerza del ejemplo', que han configurado nuestras prácticas de participación política hasta la actualidad.

Si bien la concentración del poder político y económico le otorgaba el carácter dominante a la burguesía, esto no era suficiente para la implantación de su proyecto hegemónico, recordemos que desde el pensamiento de Gramsci, para que un grupo social adquiera hegemonía, no solo debe alcanzar el poder político sino constituirse en clase dirigente, lo cual implica establecer una gran alianza social que le permita posicionarse como una fuerza intelectual y moral.

Es entonces cuando el tema de la legitimidad del poder se vuelve elemento sustancial para el establecimiento de un consenso social en los regímenes analizados y la lucha ideológica y cultural adquiere relevancia en el discurso de las clases subalternas. Desde la prensa partidaria, así como desde la canción popular los cuestionamientos a la ideología de la clase dominante fueron una constante, pero las estrategias que utilizaron, para intentar superar su fragmentación y disputar a través de la conformación de una voluntad colectiva un proyecto político dirigente, fueron diversas, tan heterogéneas como ella misma. Esta investigación ha recogido dos de sus expresiones políticas, manifestadas a través de la militancia orgánica y del activismo social.

Elevar la concepción del mundo de los grupos subalternos, desde el pensamiento gramsciano, es uno de los objetivos de de la práctica revolucionaria, puesto que a través del desarrollo de su pensamiento crítico se puede generar el rechazo de la ideología de la clase dominante, abrir el sendero de la crisis política para desestabilizar el poder y dar paso a nuevas oportunidades para la acción colectiva. Esa construcción de conciencia es un proceso que se desarrolló también durante la lucha de los periodos estudiados, cuando las masas se encontraban en movimiento y se volvía aun más urgente una lectura discursiva que permita hacer visible la complejidad de las problemáticas sociales.

Aquel objetivo de formar una conciencia crítica sobre la realidad, se plasmó en la prensa partidaria y la canción popular, que constituyeron canales colectivos para el involucramiento de las clases subalternas en la acción colectiva y en esa medida es que las consideramos como herramientas políticas, cada una con características muy particulares y con marcados objetivos de propaganda y agitación política respectivamente, que formularon sentidos distintos de la contienda y sus actores, a pesar de evidenciarse una similitud al construir sus discursos a partir de la noción de la lucha de clases.

De los resultados arrojados por la investigación sobre la generación de procesos interpretativos de la contienda política, podemos señalar que en el periódico *En Marcha*, el conflicto de la lucha de clases, su motor dinamizador, fue visualizado desde el campo económico y político, que se plasma en un discurso cuya temática principal fue la oposición a la legislación antiobrera, la defensa de la estabilidad laboral, la protesta frente al alto costo de la vida y en contra de la represión de los trabajadores, en este contexto se propuso la toma del poder por parte del pueblo y a partir de esto intentó otorgar un sentido político a la lucha económica, posicionando además la problemática de la nacionalización del petróleo, la defensa de la soberanía y el rechazo al imperialismo norteamericano.

Mientras que en los años ochenta, la lucha de clases había adquirido características diversas tras el giro del modelo económico hacia el libre mercado, que reconfiguró a la sociedad civil y la sociedad política hacia los nuevos parámetros de producción, de igual manera sucedió con la contienda política que tuvo como eje central el rechazo a las políticas neoliberales y el autoritarismo de Estado, ejecutado mediante la Ley de Seguridad Nacional que sembró el terror sistemático como política de gobierno, pero a la vez provocó el surgimiento de nuevos actores al interior de la lucha social, demandando el respeto a los Derechos Humanos, la derogatoria de las medidas de ajuste económico, en contra de la precarización del empleo y el pago de la deuda externa.

En dicho escenario, donde la protesta social fue criminalizada y los altos niveles de represión golpearon en más de una ocasión a la resistencia organizada, haciendo aún más difícil la consolidación de una fuerza opositora, la canción popular propuso una construcción de sentidos de la lucha de clases desde el campo cultural, de las relaciones sociales y la ideología.

Podríamos explicar esta construcción de sentidos, a partir no sólo de las condiciones materiales en las que surgieron sino, como lo mencionamos en párrafos anteriores, desde la función que cumplieron cada una como herramientas de propaganda y agitación comparativamente y desde el posicionamiento ideológico de sus creadores, que hizo que el partido marxista-leninista basara sus parámetros estratégicos y políticos, su táctica revolucionaria, en los principios de la Tercera Internacional⁴⁷ a partir del cual se configuró el ideal de un proceso revolucionario inminente, mientras que el trovador, desde su canto y su filosofía anarquista, representaba un cambio social desde la lucha del día a día, donde el conflicto económico adquiriría un segundo plano ante la determinante amenaza de la opresión del Estado y la autoridad, discurso que, en medio de altas condiciones represivas, pudo ser fácilmente asimilado por los grupos subalternos.

En el discurso de la prensa partidaria y la canción popular se representó, de modo convergente, al proyecto de cambio revolucionario como un proceso colectivo que implicaba la construcción de corredurías (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005) o vínculos sociales necesarios para la conformación de identidades políticas, pero dicha dinámica se plasmó en dos propuestas distintas de unidad: partido-pueblo y pueblo-pueblo como fuerzas contra-hegemónicas. En el primer caso, el partido, que se auto-representaba como la vanguardia que pretendía impulsar las transformaciones, asumía la responsabilidad de dirigir y organizar a las masas para la toma del poder político, mientras que desde el canto popular, el sentido que se construyó fue de autodirección, es decir, del pueblo que se auto-dirige para ejercer el poder.

La diferencia entre *tomar* el poder y *ejercerlo* es clave, puesto que no solo marca el sentido de un horizonte revolucionario, sino la vía para llegar a él y los llamados a construir ese camino. Cualquiera de las dos propuestas ubica al pueblo como protagonista de la lucha social por la abolición de la dominación capitalista o lo que en términos de Marx (1978) significa terminar con la *prehistoria de la sociedad humana*, pero con marcadas diferen-

47 Organización comunista fundada en 1919 por Lenin y el Partido Comunista de Rusia (Bolshevik) que agrupaba a los diversos partidos comunistas del mundo bajo los preceptos de lucha contra el sistema capitalista, implantación de la dictadura del proletariado y del socialismo para abolir las clases sociales.

cias; en el caso de la prensa partidaria la fuerza movilizadora es la militancia orgánica junto a los trabajadores, quienes conducen al pueblo hacia la toma del poder, de esta manera, se marca una diferencia entre los organizadores y dirigentes, es decir, el aspecto teórico en el nexo teoría-práctica (Gramsci, 1976), lo cual configura la imagen discursiva de un proletariado especialista cuyo principal ámbito de combate son la fábrica, los sindicatos y el partido. Es en estos escenarios en donde se proponen, desarrollan y construyen las tácticas de acción colectiva.

Mientras que el pueblo, en la canción popular, se representa desde la cotidianidad de múltiples actores, entre los que, además del proletariado (o deberíamos decir junto a él), se evidencian las amas de casa, las madres, los estudiantes, hombres, mujeres y niños, etc. para quienes los escenarios de lucha se fusionan con sus espacios de vida, es decir, los barrios, las calles, sus casas, la escuela, etc., en una propuesta de ejercicio del poder cuya fuerza movilizadora es extraída de la cultura popular, sus valores, identidad, creencias, costumbres y tradiciones configuradas como una fuerza moral contra el poder de la clase dominante. Desde esta propuesta discursiva, se construyen identidades políticas donde el vínculo teoría-práctica no se distingue claramente, nadie asume abiertamente el rol de vanguardia, como en el caso de la prensa, porque éste se difumina en el entrecruzamiento de fuerzas sociales.

De esta manera, mientras las clases dominantes imponían su poder mediante la coerción, las clases subalternas (aunque dentro límites estrechos) disputaban símbolos, se apropiaban de discursos y de sentidos para re-interpretarse y disputar la orientación ideológica del movimiento, crear una visión contrahegemónica o autoconciencia que le permitiera configurarse “una concepción de la realidad que supere el sentido común y se torne crítica” (Gramsci, 1984: 16) en el momento de movilizarse como fuerza combativa y desafiante, o de volverse víctimas, cuando las circunstancias obligaban a la retirada y la rearticulación de fuerzas.

Durante el desarrollo de este trabajo, hemos puesto énfasis en rescatar el carácter diverso de las clases subalternas, no sólo para intentar comprender la complejidad de sus formas de organización y de construcción de sentidos, sino para proponer una nueva forma de autoreconocimiento del ser social. En el pensamiento gramsciano, el cambio revo-

lucionario se concibe como un proceso organizado que depende de las voluntades de muchos (Gramsci, 1998) y donde la batalla ideológica es una lucha permanente, puesto que constituye una de las condiciones principales para lo que hemos identificado como *tomar y ejercer* el poder, es decir, para alcanzar la hegemonía (dominación-dirección). Desde la visión del teórico revolucionario, no se puede concebir de forma separada el conflicto económico-político del cultural-ideológico, puesto que ningún ámbito de la sociedad puede quedar excluido de la lucha de clases.

Comprender la contienda desde la lucha económica, política y de construcción de sentidos, de representaciones del mundo, nos lleva a pensar en el potencial de la cultura, entendida como una construcción social y humana, aquella que es capaz de constituirse en fuerza contrahegemónica y respuesta creadora de nuestras luchas y esfuerzos populares, en la medida en que funciona como elemento de correeduría, capaz de cohesionar, identificar e interpretar la acción colectiva desde la totalidad de sus ámbitos como lo plantea el pensamiento gramsciano.

Reconstruir dos de las formas de lucha de las clases subalternas de nuestro país, en situaciones particulares, a partir de la noción del marxismo gramsciano ha significado un reto fascinante, porque nos permitió realizar el ejercicio dialéctico de mirar al pasado para re-pensar el presente. En dicho proceso, no sólo hemos podido evidenciar las limitaciones de ciertas luchas inmediatistas de los grupos subalternos por la subsistencia económica, que obligaban a la construcción de un auto-reconocimiento homogéneo como fuerza colectiva frente a los adversarios, sino también el desarrollo de su insurgencia simbólica que ha sido el resultado de un acumulado social e histórico y del esfuerzo de seres humanos, entre militantes y activistas, que a partir de una conciencia sensible, teórica, práctica y a riesgo de sus vidas, enfrentaron el poder de la burguesía y sus gobiernos, con el fin de construir una sociedad donde la emancipación plena de todos los sentidos y potencialidades humanas sea alcanzable para todas y todos.

Bibliografía

- Acosta, Alberto (2001). *Breve Historia Económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Agee, Philip (1977). *Objetivo Ecuador: Diario de la CLA*. Quito: Asociación Escuela Politécnica – AEP.
- Albornoz, Osvaldo (1983). *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano. Breve Síntesis*. Quito. Editorial Era Nueva.
- Arboleda, María, Raúl Borja, Walter Spurrier Baquerizo, Diego Borja y Manuel Chiriboga (1986). *Los Placeres del Poder*. Quito: Editorial El Conejo.
- Boal, Augusto (1982). *Técnicas latinoamericanas de teatro popular*. México, Caracas, Buenos Aires: Editorial Nueva Imagen.
- Comisión de la Verdad Ecuador (2010). *Informe de la Comisión de la Verdad. Resumen Ejecutivo*. Quito: Ediecuatorial.
- Cueva, Agustín (1979). “Ecuador en su nueva Encrucijada Histórica”. Visita 15 de septiembre de 2009 en <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.27/CP27.7.AgustinCueva.pdf>
- Cueva, Agustín (1998). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Editorial Planeta.
- Engels, Federico (1970). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- España, Hugo (1996a). *El Testigo. El caso Restrepo y otros delitos de Estado*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

- (1996b). “SIC-10”. Entrevista de Rolando Panchana a Hugo España. *Revista Vistazo*. 7-18, agosto 29.
- Esquivada, Gabriela (2004). *El Diario Noticias. Los Montoneros en la Prensa Argentina*. Buenos Aires: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Fernández, Iván (1982). “Estado y clases sociales en la década del setenta”. En *Ecuador: El mito del desarrollo*, Sohel Riffka (Coord.): 61-88. Quito: Editorial El Conejo.
- Gramsci, Antonio (1967). *La formación de los Intelectuales*. México: Editorial Grijalbo.
- (1972). *Los Intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Edición Nueva Visión.
- (1972). *Maquiavelo y Lenin*. México: Editorial Diógenes S.A.
- (1976). *Introducción a la Filosofía de la Praxis*. Barcelona: Ediciones Península.
- (1984). *El materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- (1986). “Cuaderno 12 (XXIX) 1932 “Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales” en *Cuadernos de la cárcel. Tomo 4*. México D.F.: Ediciones Era.
- (1998). *Para la Reforma Moral e Intelectual*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- (1999). “Cuaderno 25 (XXIII) 1934 Al margen de la historia. (Historia de los grupos sociales subalternos)” en *Cuadernos de la Cárcel Tomo 6*. México D.F.: Ediciones Era.
- (2000). “Necesidad de una preparación ideológica de la masa”. Visita 11 de julio de 2010 en <http://www.marxists.org/espanol/gramsci/mayo1925.htm>
- Granda, Víctor (1979). *La masacre de AZTRA. El crimen más espantoso de la Dictadura del Triunvirato Militar*. Ecuador: Publicación de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Cuenca.
- Ibarra, Pedro (2005). “Prólogo”. En *Dinámica de la Contienda Política*, McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly. Barcelona: Editorial Hacer.
- Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil, (1977). *La situación económica, social y política del país en 1976 (Principales aspectos)*.

- Guayaquil: Departamento de Publicaciones.
- Lenin V. I. (1961). "Una gran iniciativa" en *Obras escogidas Tomo III*. Moscú: Editorial Progreso.
- (1980). *Acerca de la Prensa*. Moscú: Editorial Progreso.
- (1989). *El trabajo del Partido entre las masas. Artículos y discursos*. Colección XX Aniversario del PCMLE. Ecuador: Comité Provincial de Los Ríos del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE).
- (2000). *¿Qué hacer?, Problemas candentes de nuestro movimiento*. Edición Marxists Internet Archive, 2000-2001. [Versión electrónica] Visita 15 de mayo de 2011 en <http://marxists.architexturez.net/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/index.htm>
- (2006). *El Estado y la Revolución*, Madrid: Alianza Editorial.
- McAdam, Doug, John McCarthy y Mayer Zald (eds.) (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid, España: Ediciones Istmo S. A.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005). *Dinámica de la Contienda Política*. Barcelona: Editorial Hacer.
- Martínez Fissau, Vicente (1980). "De la crisis de representación política de 1975 al establecimiento de un nuevo régimen en el Ecuador: Análisis de Coyuntura 1976-1979". Tesis para la obtención del título de Máster en Ciencias Sociales con Mención en Estudios del Desarrollo Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Ecuador.
- Marx, Carlos (1978). "Prólogo". En *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- (1993). *Manifiesto del Partido Comunista*. Bogotá: Editorial Panamericana.
- Mata, María Cristina y Silvia Scarafía (1993). *Lo que dicen las radios: Una propuesta para analizar el discurso radiofónico*. Quito: Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica – ALER.
- Montúfar, César (2000). *La reconstrucción neoliberal. Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en el Ecuador 1984-1988*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Mukarovsky, Jan (2005). "Arte y semiología". En *Teorías literarias del siglo XX. Una antología*. José Manuel Cuesta Abad y Julián Jiménez Hefferman (eds.), 131-138. Madrid: Ediciones Akal, S.A.
- Páez, Alexei (1986). *El anarquismo en el Ecuador*. Quito: Corporación Edi-

tora Nacional.

- Paz y Miño, Juan (1988). *La CEDOC en la historia del movimiento obrero ecuatoriano: 50 años de lucha 1968-1988*. Quito: Editorial Voluntad.
- Peralta, Hernán (2003). “Nueva Canción: la crónica de las luchas del movimiento social”. Tesis de maestría del Programa de Comunicación de la Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.
- Portelli, Hugues (1978). *Gramsci y El Bloque Histórico*, México: Siglo XXI Editores S.A.
- Pozzi, Pablo (2004). *Por las Sendas Argentinas. El PRT-ERP, La Guerrilla Marxista*. Buenos Aires. Imago Mundi.
- Ruales, Juan (2007). *Los cantautores y la nueva canción*. Quito: UNAPE Ediciones.
- Tilly, Charles (2007). *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000*, Barcelona: Hacer Editorial.
- Vega, Néstor y Báez Gonzálo (1977). *Panorama de la situación económica del Ecuador en 1976*. Quito: Ediciones NADE (Nueva Asociación de Empresarios).
- Verón, Eliseo (1993). *La semiosis social: Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- (1995). *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A.
- (2004). *Fragmentos de un Tejido*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- Villamizar Herrera, Darío (1990). *Ecuador: 1960-1990 Insurgencia, democracia y dictadura*. Quito. Editorial El Conejo.
- Vinelli, Natalia (2002), *ANCLA. Una experiencia de comunicación clandestina*. Buenos Aires: Editorial La Rosa Blindada.
- Vinelli, Natalia y Carlos Rodríguez (2004). *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*. Buenos Aires. Editorial Lillo/Ediciones.
- Vinelli, Natalia (s/r). “Prensa piquetera. Una entrada al periodismo político desde los movimientos sociales”. Visita 26 de enero de 2010 en <http://www.dariovive.org/notas/vinelli1.html>
- Viteri, Galo (1998). *Las políticas de ajuste, Ecuador 1982-1996. Evaluación de resultados*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Williams, Raymond (1980). *Marxismo y Literatura*. Barcelona, España: Ediciones Península.

Ycaza Cortez, Patricio (1991). *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano (De la influencia de la táctica del frente popular a las luchas del FUT) Segunda Parte*. Quito: Edición CEDIME.

Entrevistas

César Muñoz Mantilla. Ibarra, 07 y 08 de noviembre de 2009.

René Gómez. Ibarra, 09 de noviembre de 2009.

Jaime Guevara. Quito, 15 de enero de 2010 y 09 de febrero de 2010.

Periódico En Marcha

En Marcha (1976). “El Poder para el Pueblo”. Sección Editorial, segunda semana de junio de 1976.

En Marcha (1976). “Ninguna negociación con la Gulf?”. Sección Editorial, quinta semana de septiembre de 1976.

En Marcha (1976). “Contra los decretos antiobreros, huelga nacional!”. Sección Editorial, segunda semana de noviembre de 1976.

En Marcha (1977) “La clase obrera consciente dijo no! al revisionismo”. Sección Editorial, cuarta semana de mayo de 1977.

En Marcha (1977) “Gloria a los mártires de AZTRA! Viva el derecho de Huelga! El pueblo vengará sus muertes!”. Sección Editorial, quinta semana de octubre de 1977.

Discografía y canciones de Jaime Guevara

In Fraganti (2009). Jaime Guevara en vivo: 1977-1999. Tercera Edición. Canciones citadas de *In Fraganti*: Apresador apresado (Taura), Basta de bestias, Coplas de la huelga nacional, Piedra para el león.

Palabras Frontales (2010).

Canciones citadas de *Palabras Frontales*: Crónicas de abril, Orden superior (conocida popularmente como Vida de perros) y ¡Vengan nomás, hijue... tales! (conocida popularmente como ¡Vengan nomás, hijuetanques!)

Canciones no editadas: Desaparecidos y Sargento herido.

Periódicos consultados

El Comercio. “Dr. Velasco depuesto por FFAA”. Sección A (Portada), 16

de febrero de 1972.

El Comercio. “Industria creció 8% anual en la década”. Sección A, 12 de junio de 1976.

El Comercio. “El gabinete rechaza acusaciones contra ministros por AZ-TRA”. Sección A (Portada), 26 de octubre de 1977.

Hoy. “Desconocen paradero de Pancho Jaime”. Sección A, 27 de noviembre de 1985.

Hoy. “Preocupa desaparición de personas”. Sección B, 25 de enero de 1986.

Hoy. “En el Ecuador no existe guerrilla, sino una escalada delictiva”. Sección A, 21 de enero de 1986.

Hoy. “Febres Cordero apoya ayuda a ‘contras’”. Sección A, 20 de marzo de 1986.

Hoy. “El presidente del Ecuador se conduce con rudeza”. Sección A, 29 de marzo de 1986.

Hoy. “Anti sandinistas dieron bienvenida a Febres Cordero”. Sección A, 11 de mayo de 1986.

Hoy. “Febres-Cordero dirige al país como si fuera su propia empresa”. Sección A, 6 de julio de 1986.

Hoy. “Exigen prisión de Torbay”. Sección A, 12 de septiembre de 1987.

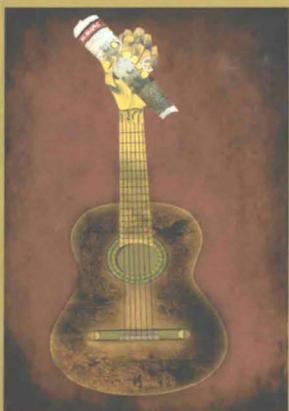
Hoy. “Informe favorable a Ecuador”. Sección A, 20 de noviembre de 1987.

Hoy. “Durante marzo, según informe de la CEDHU: aumentaron arrestos arbitrarios y maltratos”. Sección B, 22 de abril de 1988.

Hoy. “Estado de emergencia”. Sección A, 01 de junio de 1988.

Hoy. “Papa condecora a LFC. Recibió la Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno”. Sección A, 3 de agosto de 1988.

Hoy. “Cuarto día de protestas callejeras en Quito”. Sección B, 27 de noviembre de 1988.



En este libro se analizan los procesos de producción discursiva del órgano de prensa del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador durante la dictadura del triunvirato militar 1976-1977 y de la canción popular de Jaime Guevara entre 1984-1988 en el gobierno de León Febres Cordero, para reflexionar sobre el rol que cumplieron como herramientas políticas y productos culturales en los episodios de contienda política promovidos, en aquellos años, desde las clases subalternas.

El estudio está orientado por la teoría general del marxismo gramsciano y recoge dos expresiones de lucha política en torno a la hegemonía: la militancia orgánica y el activismo social de sujetos subalternos. Busca conocer cómo en la dinámica de los conflictos y contradicciones inherentes a las relaciones sociales de producción las clases subalternas, a través de la construcción de sentidos sobre sí mismos y sobre la lucha social, configuran una autoconciencia que intenta desafiar el orden dominante y disputar a través de la conformación de una voluntad colectiva, un proyecto político dirigente. La investigación propone una lectura de la contienda desde la lucha económica, política y de construcción de sentidos de actores que, a partir de elementos culturales, intentaron constituirse en fuerzas contrahegemónicas de movilización popular.

